

ANNA HUMPHREY

Love happens when you least expect it.

Rhymes with Cupid



Agradecimientos

Staff de traducción:

Moderadora:

œ Pimienta

Traductoras:

œ Pimienta

œ Paaau

œ Susanauribe

œ Aishliin

œ Xhessii

œ *ΣЖЗYosbeΣЖЗ*

œ Flochi

œ abril.

œ sooi.luuli

œ porcelaindreams

œ CyeLyDiviNNa

œ LizC

œ Rihano

œ majo2340

œ Masi

œ Sera

Staff de corrección:

œ V!an*

œ Majo2340

œ katty3

œ Nony_mo

œ Xhessii

œ Andrea

œ Aldebaran

œ Kuami

Revisión:

œ Majo2340

Diseño:

œ Emii_Gregori

Índice

Sinopsis	Pág. 5
Entrada	Pág. 6
Capítulo 1	Pág. 7
Capítulo 2	Pág. 14
Capítulo 3	Pág. 22
Capítulo 4	Pág. 30
Capítulo 5	Pág. 39
Capítulo 6	Pág. 47
Capítulo 7	Pág. 55
Capítulo 8	Pág. 66
Capítulo 9	Pág. 75
Capítulo 10	Pág. 82
Capítulo 11	Pág. 93
Capítulo 12	Pág. 101
Capítulo 13	Pág. 111
Capítulo 14	Pág. 117
Capítulo 15	Pág. 127
Capítulo 16	Pág. 134
Capítulo 17	Pág. 142
Capítulo 18	Pág. 150
Epílogo	Pág. 155

Sinopsis

Traducido por Pimienta

Corregido por majo2340

Regalos y papelerías Goodman.
14 de febrero
Cajero: Elyse

3 cajas de chocolate en forma de corazón... \$ 12.00

El chocolate es la única cosa buena en este día de fiesta nauseabundo.

4 cajas de los corazones de caramelo... \$ 5.00

Desde que mi ex me engañó, me he jurado no amar. Lástima que mi nuevo vecino Patrick no recibiera la noticia.

Una tarjeta de San Valentín... \$ 4.50

No estoy interesada. Aunque, es muy lindo. Y dulce. Y divertido.

Un muñeco cantante Cupido (tema promocional)... \$ 0.00

¡Estúpido Cupido! Apunta con tus flechas a otra persona...

Subtotal... \$ 21.50

Va a ser un complicado día de San Valentín.

Entrada

Traducido por Pimienta

Corregido por majo2340

Me había equivocado con respecto a él. No era un jugador. Él era dulce, cariñoso y auténtico. Tan diferente a Matt que los dos apenas pertenecían a la misma categoría de humanos. Pero, de todas formas, Patrick podría haber sido un santo en pleno derecho y no habría importado. Ya le había dicho que no tenía cita. Además, había dejado muy claro que su flechazo por mí era historia.

Lo cual me traía de vuelta a mi pregunta original: ¿Por qué estaba siendo tan amable conmigo? Tenía que averiguar lo que pasaba, y no podía esperar hasta el día de San Valentín para hacerlo.

Capítulo 1

Traducido por Paaau

*Corregido por V!an**

De acuerdo con “La pequeña Guía de Bolsillo” —Edición Secretos del Corazón—, Cupido era el dios del amor erótico. Es el hijo de Afrodita, la diosa del amor y la belleza, y de Ares, el dios de la guerra. Es hermoso y travieso y ágil como un ángel.

Pero en Mall del lado Sur de Middleford, Maine, Cupido estaba lejos, muy lejos de ser el dios de cabellos de oro que la guía de bolsillo —pasillo cuatro, justo en frente de los payasos de cerámica— describía. Él se puso de pie en el mostrador de Goodman Gifts & Stationery cerca de la caja registradora —una batería con sobrepeso— accionando un baby doll con corazones rojos brillantes en su pañal. Cuando presionabas su ombligo, él te guiñaba un horripilante y mecánico ojo y comenzaba a cantar al ritmo de una canción que salía de un alta voz en su trasero —el coro del clásico hit de Motown en 1960 “Do you love me” —.

Y el muñeco podía bailar, en cierta forma. Había que darle eso.

Cupido sacudió sus caderas con pañales obscenamente, sus articulaciones de plástico hacían un leve clic mientras se balanceaba de un lado a otro agitando un arco de peluche y una flecha en la otra mano mientras la música se intensificaba. Finalmente, cerraba la rutina con otro horrible guiño.

Si Ares y Afrodita pudieran ver en lo que se había convertido su hijo de cabello dorado, probablemente se sentirían como si vomitaran un rayo o dos —muy diferente a las masas de Mall que pensaban que los horribles muñecos mecánicos, eran adorables—. Muchas personas ya habían comprado tarjetas de felicitaciones para ganarse su propio estúpido Cupido cantante a través del programa de clientes leales de la tienda de regalos dónde trabajaba después de la escuela. Ya habíamos puesto nuestra tercera orden desde el almacén.

—Oh. Mi. Dios. —Una mujer se acercó al mostrador girando un mechón de su cabello, el cual estaba seriamente sostenido hacia atrás con una cinta que era mitad cebra, mitad leopardo.

¿Cómo llamarías a ese animal? Me pregunté ociosamente. ¿Un Ceopardo?

—Bueno, ¿no es, está la cosa más tierna que has visto? ¿No te dan ganas de apretarlo?

Le di mi mejor sonrisa neutral. Apretar a Cupido no estaba exactamente en mi lista de cosas por hacer. Ahora lanzarlo, eso podría pensarlo. Justo en frente del pasillo hacia Gap, quizás. O a uno de los contenedores de basura del personal de limpieza que pasaba alrededor a la hora del cierre.

Ella tomó el muñeco y lo abrazó contra su pecho antes de voltearlo y tener un vistazo de sus innombrables. —¿Ocupa pilas doble A? —preguntó.

—Cuatro D —le respondí. A demás de ser molesto, el muñeco gastaba alrededor de 20 dólares en baterías para funcionar. Dinero que podía ser mejor ocupado echándole bencina a su auto, o provisiones en su mesa, o incluso comprarse nuevas cintas de estilos de animales. *¿Jiradrilo quizás, o serpardo?*

—Oh, bien. Mira aquí. —Ella sostuvo el trasero del muñeco hacia mi cara.

—Tienes el interruptor puesto en modo silencioso. Apenas podemos oír su pequeña y tierna canción. Usando una rosada y larga uña, arregló la situación antes de poner a Cupido de vuelta en el mostrador y presionar su pancita. Guiñó y comenzó a cantar de nuevo 5 veces más fuerte. —Ten un buen día, ahora se escucha —dijo la mujer.

—Usted también. —Sonreí tan sinceramente como pude—. Gracias por comprar en Goodman. —Tan pronto como se dio la vuelta y camino lejos en el luminoso, y bullicioso Mall, deje que la sonrisa cayera de mi cara. Desafortunadamente, Cupido se mantuvo cantando—. Eso es todo —le grité a mi compañera de trabajo Dina unos segundos más tarde cuando salió del cuarto trasero llevando una caja de cartón—. Definitivamente necesitamos matar esta cosa. —Llegué hasta el cajón buscando las tijeras.

—¿Vas en serio, Elyse? —Me respondió, sus ojos agrandándose—. ¿Vas a apuñalar a Cupido?

El muñeco guiñó el ojo una vez más y finalmente se quedó en silencio. Me reí. —De hecho, estas eran para las cajas. Pero ahora que lo mencionas...

—Elyse, —dijo Dina suavemente, pestañeando con sus grandes ojos cafés hacia mí—. Probablemente no deberíamos bromear con dañar la mercancía. El Sr. Goodman estaría realmente molesto.

Debería haberlo sabido mejor, que jugar con algo así con Dina. Ella era probablemente la chica más dulce que había conocido. Tan tierna que, algunas veces, era un poco nauseabundo —al menos para alguien tan cínica como me sentía yo últimamente—. En los 3 meses que habíamos trabajado juntas, perdí la cuenta de las veces que la vi con los ojos llorosos por los poemas cliché de amor mientras dejábamos en las estanterías las tarjetas de boda.

—Estoy bromeando, Dina. Por supuesto. —Le di una mirada seria—. Jamás podría hacerle algo así a Cupido. —Le di palmaditas a su cabeza para demostrar que era sincera—. O a nada de la tienda. —Le indiqué que me pasara la caja.

—Oh, obviamente. —Se deslizó hacia abajo por el mostrador—. Sabía que estabas bromeando. Eres una persona con un gran corazón, Elyse. La verdad, eso es parte de por qué te quiero pedir un favor. —Buscó y sacó una carpeta de su bolso, el cual estaba escondido detrás de las cajas. Tomé un vistazo de un pequeño y triste bebé panda en la portada. Podía estar bastante segura de lo que venía.

—No sé si conoces esto... pero el panda gigante es una de las especies que más está en peligro de extinción, —comenzó Dina, su voz quebrándose un poco en simpatía por todos los osos amenazados que habitan los bosques de China.

—Los científicos creen que hay menos de 150 de ellos en la naturaleza. —Debe haber notado que estaba evitando el contacto visual porque rápidamente añadió. —Sólo para que sepas, no voy a pedirte dinero.

Solté un pequeño suspiro de alivio. No era que tuviera algo contra los pandas —*ahora que pienso en ello, si quieres hacer una cinta de pelo realmente elegante, podrías combinar un panda con un águila calva... sólo bromeaba*—. La cosa era, desde que mi mamá había perdido su trabajo 6 meses antes, parte de mi sueldo iba para ayudar con las cuentas de la casa. Incluso ahora que ella encontró un nuevo trabajo —el cual comenzaba esa tarde—, no había un montón de sobra aún. Además, hace sólo un mes atrás patrociné a Dina en una maratón de tejido para ayudar a detener la masacre de ovejas. Desde ahí, había tenido que evitar el especial de cordero al curry en el patio de comida de India House y era mi favorito.

—Estoy organizando una fiesta Panda —explicó—. Para el día de San Valentín. Todos vestiremos de negro y blanco, y cada invitado podrá hacer una donación para el rescate de los Panda. Espero que podamos recaudar 500 dólares para copatrocinar un panda por el año. Este es Oreó.

Sacó una foto de su carpeta. Traté de apartar mi mirada sin necesidad de ser arrastrada por la ternura inevitable del panda. —Sé que eres buena horneando, Elyse. Mi familia prácticamente inhaló esas galletas que nos diste. Así que, me estaba preguntando, ¿podrías hacer bocadillos blancos y negros para la fiesta?

Dudé. Después de todo, hacer comida para una fiesta panda daría un giro a mis grandes planes para el 14 de Febrero. Iba a comprar 5 cajas de chocolates con forma de corazón usando mi descuento de empleado y me los comería todos de una sentada para ahogar mis penas.

—No lo sé —le dije—. Probablemente estaré ocupada esa noche.

—¿Con un chico? —preguntó Dina con entusiasmo.

—No. Sólo, ya sabes, con mi mamá. No quiero que este sola en el día de San Valentín.
—Era verdad. Bueno, verdad en parte, de todas formas.

La verdad completa era esta: Había sido traicionada el pasado San Valentín por las dos ex personas más importantes en mi vida. Así que no era una sorpresa que estuviera esperando la fiesta del amor con la clase de temor que usualmente reservo para los empastes dentales y las clases de conducir. Todo lo que quería hacer era esconderme en mi casa y esperar que toda la unión feliz de la fiesta terminara —sin mencionar a que todos los Cupidos cantantes se callaran.

Y trabajar en Goodman no estaba ayudando. Cada vez que tomaba un oso de peluche rosado de mal gusto o archivaba una tarjeta con forma de corazón, mi mente viajaba hacia donde yo estaba a estas alturas el año pasado —tan feliz, tan enamorada—, luego lo comparaba con donde estaba este año —sola, y un poco más que con el corazón roto.

Vean, hace exactamente un año atrás, tenía un novio. Su nombre —bastante irónico— era Matt Love. Nos conocimos en la clase de química en Septiembre en décimo grado mientras hacíamos un laboratorio. Teníamos que calcular los moles de agua que acabamos de remover y los moles de Sulfato de Magnesio que quedaban en la solución. Él no tenía idea de lo que estaba haciendo.

—¿Hay moles en esa cubeta? —dijo él—. ¿Qué hicieron? ¿Cavaron por sus agujeros de magnitudes y se licuaron? Repugnante. —Al comienzo creí que estaba bromeando, así que me reí, pero entonces vi que él estaba hablando serio.

—Los moles son una unidad de medición en química —expliqué, observándolo con una mirada firme.

—¿Oh si?

—Sí.

—Huh. ¿Quién sabía? Eres lista, ¿verdad? Linda, también.

Siempre me había considerado alguien promedio. Era delgada de una forma varonil, con un cabello café y recto y ojos cafés con pequeñas manchas azules. Llevaba lentes. No era el tipo de chica con la que los chicos flirteaban, a menos que quisieran a alguien que revisara su ensayo de inglés o quién los ayudara con cálculo. No tenía idea de cómo responder al comentario de Matt, pero parecía no importar. Él ya había decidido que le gustaba, y estaba determinado a perseguirme con el entusiasmo de un pequeño cachorro hasta que él me comenzara a gustar.

—Estás loca, lo sabes, ¿verdad? —Me dijo en ese entonces mejor amiga Tabby cuando rechacé por tercera vez la invitación de Matt Love de ver una película el fin de semana—. Él es hermoso. Y popular, divertido, también. Además, tiene su propio auto. Sólo digo...

Si pudiera viajar atrás en el tiempo, le habría dicho a Tabby que si ella creía que él era tan genial, debería haber salido con él. Nos habría ahorrado un montón de problemas, y a mí un montón de angustia. Pero, en cambio, la versión corta de lo que había pasado es que, eventualmente, me llevo hacia abajo.

Comencé a notar su bufonesca marca de humor, y el fuego de su sonrisa, en vez de su bajo CI. Y sí salí con él.

Él era hermoso y popular tal como Tabby había dicho. Éramos una pareja extraña —la cautelosa, chica cerebrita y el bobo total chico popular—, pero funcionábamos. Me presentó las películas de Jackie Chan y me enseñó a escupir las pepitas de sandía realmente lejos. Me dio mi primer beso real, y luego mi segundo y mi tercero. Incluso me dejó conducir su auto una vez —lo que, créanme, fue una muy mala idea—. Y, mientras tanto, le ayudé a subir su nota de química de una D a una sólida B.

Pero todo terminó en San Valentín cuando caminé hacia mi cuarto, esperando encontrar ahí a Tabby. Matt y yo teníamos una cita —la nueva película de Jackie Chan seguida por una cena en Flapjack su restaurante de panqueques favorito—, y Tabby, que era buena en ese tipo de cosas, iba a ir a mi casa después de clases y escoger un traje para mí, mientras terminaba mi sesión de tutoría. Y, en cierto modo, ella no me defraudó.

Cuando llegué a casa, Tabby estaba en mi cuarto, como había dicho que estaría. Y había escogido un traje y lo había dejado sobre la cama, como prometió que haría. Sólo que ella resultó estar recostada sobre el traje, y Matt Love —quién obviamente había llegado antes a recogerme—, terminó acostado sobre ella. Y como siguió el resto de mi día de San Valentín, lo puedes adivinar.

Dina movió a un lado cuidadosamente el empaque de espuma de polietileno y sacó el marco de una foto. —Awww mira. —Me mostró. Era rosa y tenía imágenes de margaritas y girasoles en los costados. En la parte superior con letra cursiva se leía: “Al igual que un jardín bien cuidado...” Luego continuaba en la parte inferior: “... nuestro amor crecerá fuerte cada día.” Traté de no hacerla callar.

De pronto la expresión en la cara de Dina paso de efusiva a triste. Me preparé.

—¿Sabes para lo que hubiese sido perfecta? —preguntó, luego respondió su propia pregunta—. Esa foto que tengo de Damien y yo.

Asentí en lo que esperaba que pareciera una manera reconfortante pero, secretamente, estaba mirando al reloj. Aún faltaban dos horas para que la tienda cerrara. No estaba segura si podía soportar tanto tiempo de conversar sobre Damien.

—Le preguntamos a este hombre sin hogar en el jardín botánico, si nos sacaba una foto —explicó Dina—. Damien pensaba que él iba a salir corriendo con nuestra cámara, pero le dije. “Sólo porque él no tenga un lugar a donde ir, no significa que no

sea una buena persona.” Y estoy tan feliz de que le preguntáramos. Esa foto es una de mis favoritas. Te la traeré mañana para mostrártela.

—Genial, —dije—. Eso sería genial. —Ya había visto fotos de Damien parado en la acera. Fotos de Damien comiendo hamburguesas. Fotos de Damien tomándole fotos a Dina, que le estaba tomando una foto a él. Era bastante impresionante el número de fotos que Dina tenía de Damien, especialmente si considerabas que sólo habían salido por 3 semanas el verano pasado antes de que él la botara y se fuera a la Universidad.

—Amaría ver esa foto. Pero, Dina... —escogí mis siguientes palabras cuidadosamente—. ¿No crees que sea tiempo de que comiences a ver otras personas? O, al menos, ¿pensar en salir con otras personas? —Ella aferró el marco de fotos contra su pecho.

—Quiero decir, Damien está saliendo con alguien más.

La mera mención de la otra chica hacia que los ojos de Dina se llenaran de lágrimas, y me sentí horrible por hablar de eso. Si alguien sabía lo que era tener tu corazón roto por un chico, esa era yo.

—Él no está realmente saliendo con ella, —corrigió Dina—. Sólo se están viendo. Casualmente.

—Claro —dije—. Eso es lo que quería decir. Pero tú sabes, Dina —comencé—. No hay razón por que no puedas ver a alguien casualmente, también. —Saqué una pila de marcos fuera de la caja, contándolos, y marcándolos en la lista de empaque—. Al menos considéralo. Nunca sabes a quién puedes conocer.

Me las arreglé para decir las palabras con autoridad, pero así como he dado el consejo, sabía que estaba siendo una hipócrita. Justo esa mañana, en el desayuno, mi mamá me había sugerido que me presentara al chico de al lado.

Mi reacción fue menos que positiva.

—Él está afuera paleando la entrada para su abuelo ahora mismo. —Me dijo—. Incluso lo he visto poner sal en las manchas de hielo. Se ve como un chico bastante responsable. No estoy diciendo que salgas con él —mi mamá añadió rápidamente, cuando le di una mirada hastiada.

Ella sabía lo devastada que había estado luego del desastre Matt Love/Tabby. Apenas dejé la casa en semanas, y había estado demasiado emocionada acerca de cambiarme de escuela y dejar a mis compañeros atrás el septiembre pasado para prepararme e irme a una casa más pequeña y barata al otro lado del pueblo. Todo para mantenerme lejos de la imagen de mi ex y de mi ex mejor amiga tomados de la mano en los pasillos, haciéndose ojitos en Geografía, y besándose en la cafetería, mientras me sentaba con algunas chicas de la clase avanzada de matemáticas que apenas conocía, pretendiendo estar demasiado absorbida por los algoritmos.

—Al menos dile hola cuando salgas. Realmente no sabes —añadió mi madre con una mirada alentadora. Excepto que sí sabía. No me importaba cuanta sal pusiera en la entrada el chico de al lado. No me interesaba conocerlo —o a cualquier otro chico.

Deje que mi mamá hablara en casa y a Dina que hablara en el trabajo. En mi escuela nueva, me sentaba con Dina y algunas de sus amigas en el almuerzo, y además de eso me guardé en mi misma y estudié duro. Me gustaba de esa forma. Además, si quería ir a la Universidad, necesitaba una beca completa. Tenía metas importantes en las que concentrarme y no iba a dejar que otro corazón roto me tirara abajo. Habría mucho tiempo para salir cuando fuera mayor, de todas formas. ¿Por qué desperdiciar el tiempo con chicos de secundaria?

Pero Dina era otra historia. Ella estaba enfadada sobre Damien como si no fuera a haber otro chico que se le comparara. Era triste, a decir verdad. Lo que ella necesitaba era una distracción, y rápido.

—Eres una gran persona Dina. Mereces a un chico que te amé. Alguien que realmente este ahí para ti.

Sus ojos se suavizaron. —¿De verdad, Elyse? ¿Crees eso? Eso es una de las cosas más tiernas que alguien me ha dicho. Pero... —Se pausó, descansando sus codos en el mostrador—. Damien es el indicado para mí. De hecho, estaba pensando en llamarlo esta noche...

Me imaginé nuestro turno al día siguiente. Como ella llegaría con bolsas bajo sus ojos después de que hubiese estado en pie toda la noche llorando por algo que Damien le había dicho o no. Como, mientras reponíamos las estanterías, ella querría que la ayudara a analizar cada una de las frases, buscando significados secretos y esperando más allá de la esperanza de que él aún se preocupaba por ella cuando estaba claro, muy claro que no lo hacía.

—No —dije muy forzadamente. Ella miró hacia arriba—. No puedes llamar a Damien. Dina, tienes que dejarlo ir.

Y, justo así, a la solución a todos mis problemas camino dentro de la tienda, parando en el estante circular que mostraba la novedad de llaveros. Era alto y delgado, vestido con una camisa a cuadros que se veía suave. Usaba un par de gigantes audifonos tipo DJ alrededor de su cuello. Tenía la piel pecosa y su pelo negro era un desastre de rizos. Se apoyó cerca y, si no me equivocaba, miraba su reflejo en el borde de la estantería metálica buscando restos de comida entre sus dientes.

—Oh mi Dios —dije—. Es como una señal. —Dina miró alrededor, confundida—. Ese chico que acaba de entrar en la tienda —susurré—. Te estaba mirando.

Capítulo 2

Traducido por Susanauribe

*Corregido por V!an**

—¿E n serio? ¿Él me estaba mirando? —Dina miró nerviosamente al chico, que estaba usando su uña para sacarse un pedazo de lechuga, o algo, de entre sus dientes.

Él no la estaba mirando pero ella no necesitaba saber eso. Dina era una chica bonita, sin mencionar ridículamente amable. Cualquiera chico podía considerarse afortunado de conocerla. Estaba segura de eso.

—Él totalmente lo estaba haciendo. Deberías ir y hablarle.

Por medio segundo, Dina parecía como si lo estuviera pensando pero luego ella vaciló.
—No puedo. ¿Damien?

—¿A quién le importa Damien? —dijo rudamente, luego me recordé a mí misma que tenía que ser amable—. De todos modos, tú estarías haciendo tu trabajo. Ayudar a un cliente.

—Tienes razón —dijo, moviendo su cabeza un poco—. Él solamente es un cliente.

—Exacto. Solo un lindo cliente. Ve a ver que necesita. ¿Y por qué no le pides su teléfono mientras estás ahí?

—¿Qué?! —exclamó ella.

—Solamente pregúntale y ve que pasa. Mira, haremos un trato. Si tú le preguntas, yo hornearé galletas de molinete para tu fiesta de panda.

Ella parecía estar midiendo las opciones.

—Y un cheesecake de vainilla y chocolate. Y donaré veinticinco dólares en la puerta. Eso es, como, una vigésima parte de uno oso, todo a cambio de un miserable número telefónico. Vamos. —Bromeé—. Hazlo por los Oreo, además... —añadí en un momento de desesperación—. Damien estará celoso cuando oiga que tienes el número de otro chico.

Pero antes de que pudiera terminar mi súplica, mi cliente súper favorito, una mujer italiana, llamada Mrs. Conchetti entró en la tienda. Ella compraba en Goodman al menos una vez a la semana, compraba mini figurines de pegatina o placas para la pared cursis que decían cosas como: “El amor de una madre no conoce límites” y

“Casa es donde está el corazón”. Su casa entera debía parecer como una capilla para lo cursi. Pero ella era muy dulce y siempre se reía. Además, compartíamos el amor por los postres caseros. A veces ella me traía un fresco pannettone, solo porque ella sabía cuánto me gustaba.

—Oh, él es tan bonito que podría comérmelo. —Ella chilló mientras se dirigía al mostrador y se agachaba junto a mostrador de tarjetas de San Valentín.

Dina miró al chico de la revisión de dientes una segunda vez, sin darse cuenta que Mrs. Conchetti estaba realmente sonriéndole al estúpido Cupido.

—Lo haré —dijo valientemente—. Él es lindo. Además, si Damien puede ver a alguien más, yo puedo flirtear con un chico. ¿Por qué no? —Ella presionó el estómago de Cupido.

—Hey —añadió, cuando moví mis ojos y lo cogí para ajustar el volumen—. Una pequeña ayuda de Cupido nunca ha herido a nadie, ¿Cierto?

Dina cruzó confiadamente la tienda dirigiéndose directamente hacia al chico, que se había acercado a una de las muestras de tarjetas del Día de San Valentín. Tan pronto como ella se había ido, Mrs. Conchetti deslizó su tarjeta de cliente fiel hacia mí.

—¿Cuántas tengo ahora, Elyse, querida? —Ella preguntó mientras estampaba sus compras.

—Damos una estampilla por cada cinco. Así que necesitas comprar otras diez tarjetas para ganar el Cupido. —Ella miró su billetera, claramente decepcionada.

—Aunque, no tiene que ser de San Valentín —expliqué—. Tarjetas de cumpleaños también cuentan, o de aniversario, incluso de duelo.

Su cara se iluminó.

—Esa es una maravillosa noticia —dijo ella—. Volveré la próxima semana después que reciba mi cheque. Nunca duele planear para ocasiones especiales. —Ella contó con sus dedos—. Si compro cinco cada semana tendré ese muñeco justo a tiempo para el nacimiento de mi nieto. Es perfecto. Mi hija tendrá en El Día de San Valentín, tú sabes. Tendrá un niño.

Lo sabía. La Sra. Conchetti había comprado anuncios de talcos azules hace dos meses y ya había escogido tres figurines de “Momentos Preciosos” para el cuarto del bebe. Decir que ella estaba emocionada por el nacimiento de su primer nieto era un eufemismo, como decir que yo estaba irritada por Cupido.

—Esto sería treinta y dos dólares con cincuenta y siete centavos. —Traté de mirar alrededor de Mrs. Conchetti mientras ella contaba el dinero, esperando ver algo sobre Dina y el chico, pero ellos desaparecían por otro pasillo.

—Que tenga un buen día, Sra. Conchetti —dije, ofreciéndole su bolsa llena de tarjetas—. La veré pronto.

—¡Lo harás! —Ella extendió su mano para pellizcar el felpudo cachete de Cupido, luego presionó su barriga para iniciarlo una vez más.

Abrí el cajón para guardar las tijeras antes de que me viera tentada a herir al pequeño encantador querubín después de todo, luego me incliné para ver a Dina y al chico en la cámara de seguridad detrás del escritorio. Estaban en el pasillo de suministros de oficina ahora, donde Dina estaba inclinada hacia adelante, viéndose amable y cordial, genuinamente interesada en lo que el chico de la revisión de dientes estaba diciendo.

Ella tenía el pelo detrás de una oreja de una manera coqueta e inclinada para poder oír. Tenía que darle crédito por eso. Incluso si solamente lo hacía por los pandas, Dina era más valiente que el crédito que le había dado, mucho más valiente de lo que yo era, al menos, cuando se trataba de buscar amor. Sin embargo, ahora que lo pensaba, tal vez eso no decía mucho.

—No puedo creer lo amable que fue. —Dina dijo como por tercera vez en esa tarde mientras nos deslizábamos por debajo de la reja metálica para cerrar la tienda—. Y es tan lindo. ¿Cómo nunca antes lo había visto?

Parecía que el chico de la revisión de dientes —cuyo nombre resultó siendo Patrick— había trabajado en Keyhole, un kiosco para cortar llaves cerca del kiosco de yogurt congelado por los últimos seis meses. Él fue a Collingwood Tech, la secundaria para estudiantes que planeaban hacer oficios como carpintería o mecánica, eso explica porque no lo conocíamos del colegio.

—Dijo que deberíamos ir algún día, cuando estemos en vacaciones. Pienso ir. — Dina miró su reflejo en su compacto mientras yo sacaba las llaves de la tienda de mi bolso.

Afortunadamente para mí, Dina no había sido capaz de preguntarle al chico su número telefónico, salvándome de hacer una donación de \$25.

Igualmente no podía pagarlo.

—Creo que hasta lo invitaré a la fiesta Panda pero no le diré a Damien. Quiero decir, al menos no todavía. ¿Crees que está bien?

—Por supuesto, está bien. Acabas de conocer a un chico. Todo lo que haces es conocerlo. No es que sea incumbencia de Damien de todos modos. Él ya no es tu novio. Eres una mujer libre. —Ella asintió pero no lució completamente convencida.

Nos dirigimos a las puertas, saludando a las chicas que estaban cerrando Gap. —¿Y que estaba buscando él, de todos modos? —pregunté—. Es decir, ¿aparte de a ti? — Ella me sonrió ligeramente.

—Necesitaba un nuevo bolígrafo.

—Pero él nunca compró uno —señalé.

—Creo que sus vacaciones probablemente se están terminando. Oh no —dijo ella y se puso una mano sobre su boca. —Le hablé tanto que nunca compró su bolígrafo. ¿Qué si en verdad lo necesitaba?

—Él estará bien —dije—. El mundo está lleno de bolígrafos. Y, de todos modos, eso le da una excusa para volver otra vez mañana.

Ella sonrió. —¿Estás segura de que no quieres que te lleve? —Me preguntó mientras alcanzábamos las puertas—. Esta como menos 20 ahí afuera. Y eso era antes de la ventisca.

—Estoy segura. —Le reafirmé—. Tú vives en la dirección opuesta. De todos modos, el bus va directo hacia mi casa.

Ella asintió. —Si estás segura. Nos vemos mañana, ¿okay? Y gracias por alentarme a hablar con ese chico. Eres una muy buena amiga, Elyse.

—Y tú también —dije mientras me despedía con la mano, y lo decía enserio. Desde que había cambiado de escuela en septiembre, no había conocido mucha gente. En cierta parte, creo que no había querido. Gracias al desastroso mencionado 14 de febrero del año pasado, como que había dejado las amistades íntimas, chicos y confiar en la gente en general.

—¡Demonios! —Suspiré, apresurándome para cruzar el estacionamiento del centro comercial. El aire frío picaba mis ojos mientras veía pasar el bus número cuatro rugiendo, esparciendo nieve gris lodosa en todas las direcciones. Me subí las mangas de mi abrigo para ver mi reloj. El número cuatro salía cada media hora. Eran las siete y quince. Eso significa que no llegaría a casa antes de las ocho, y ya estaba oscuro.

El guardia de seguridad cerraba las puertas del centro comercial por dentro a las siete en punto cada noche de la semana, también, así que no había forma de volver adentro donde estaba caliente. Debí haber tomado la muy amigable oferta de Dina de llevarme a casa, después de todo.

Me resigné para una larga y fría espera, metí mis manos enguantadas en los bolsillos de mi abrigo y crucé la calle hacia la parada de bus donde me senté en el pequeño banco metálico. Había un póster encerrado en el vidrio, que anunciaba vacaciones Mexicanas y miré nostálgicamente mientras esperaba, odiando a la feliz pareja disfrutando sus ponches de frutas en sus trajes de baños. Enserio ¿De quién había sido la cruel broma de poner eso, en un paradero de bus en medio del invierno?

—¿Tienes un cigarrillo? —Salté con el sonido de la voz y miré hacia arriba para ver a un hombre en chaqueta marrón con dos agujeros rotos a los lados. Parte del relleno se

estaba saliendo, y uno de sus cordones estaba roto, dejando su bota abierta. Su pie debía estar congelándose, sin mencionar mojado.

—Lo siento —dije—, no fumo.

Él hizo casi un gruñido. —¿Tienes cambio?

Negué con mi cabeza. Lo único que tenía era mi pasaje de bus.

—Vamos —él dijo con prisa—. Al menos unos cuantos centavos. Tengo hambre. — Para este momento él había entrado al paradero de bus y estaba frente a mí. Estaba tan cerca que podía oler el alcohol en su aliento. Traté de lucir calmada. No era que nunca había visto un indigente antes, era solamente que nunca había visto uno tan cerca. El viejo centro donde mi mamá y yo vivíamos hasta hace una semana, era pintoresco y turístico. Los mendigos eran espantados por los comerciantes y la policía muy rápidamente.

Mi corazón latía con miedo pero traté de recordar lo que Dina había dicho sobre su fotografía sin techo. Solamente porque este chico parecía como si no tuviera un lugar donde vivir, no significaba que era una mala persona. Tomé una respiración profunda, determinada a ser valiente.

—Lo siento mucho —dije otra vez.

—Seguro que lo sientes —respondió el hombre, miré hacia arriba y abajo por la desierta calle, con la esperanza de ver al bus viniendo en la distancia, o al menos alguna otra persona que me oyera si gritara por ayuda.

—Un billete, entonces. ¿Tienes varios billetes? —Negué con mi cabeza otra vez. Mi pulso se disparó a otro nivel mientras el hombre empezó a patear el suelo enojadamente, despegando pedacitos de hielo con la punta de su bota enviándolos en mi dirección.

—Lo siento —dije otra vez—. Si tuviera dinero extra, te lo daría. Lo juro. —Un pedazo de hielo golpeó mi barbilla y aullé, más por pánico que por dolor—. Ok, bueno. Aquí tienes. —Me quité mis guantes y deslicé mi mano dentro del bolsillo de mi abrigo, a punto de sacar mi pasaje de bus y entregárselo. No sabría qué le diría a mi mamá cuando la llamara para que me recogiera en su primer día de trabajo, pero todo lo que quería era que el hombre me dejara sola. Me preocuparía de eso después.

—¡Jack! —oí a alguien llamar mientras cerraba mi mano alrededor de las monedas. Un carro rojo se detuvo, disminuyendo la velocidad, y un hombre bajó la ventana—. ¿Cuál es el problema? ¿La estás molestando?

No fue hasta que el indigente se volteó que pude tener una clara visión de la persona en el carro —Patrick, el chico de Dina, el de la revisión de dientes, el chico comprador del bolígrafo—, sus rizos salían por debajo de un gorro de lana azul y blanco

—Solamente estaba preguntando por un poco de cambio. —El hombre refunfuñó—. Para comer algo. Ella tiene dinero. Lo escuché en su bolsillo.

—Vamos —dijo Patrick—. Déjala en paz. Mira. —Él saco de su billetera—. Tengo cinco. Te doy estoy para comprarte una hamburguesa, y tú la dejas en paz. ¿Trato?

El indigente caminó hacia la ventana del carro, tomó el billete y farfulló las gracias antes de irse calle abajo.

—¿Estás bien? —preguntó Patrick, inclinándose sobre la ventana otra vez. El pom-pom blanco de su sombrero se balanceó cuando el inclinó su cabeza.

—Claro —dije tratando de mantener mi voz equilibrada. Después de todo, no es que alguien se haya muerto por que les hayan pateado chips de hielo. No había estado en ningún peligro—. Él no me estaba molestando realmente.

—Okay —dijo pero podía darme cuenta de que no me creía—. ¿Quieres que te lleve a alguna parte? Está bastante frío como para esperar el bus. Aparte voy en tu dirección.

¿Cómo sabía en qué dirección iba? Me pregunté. Pero luego, sintiéndome como una idiota, me di cuenta que estaba esperando el bus del sur. Obviamente, iba al sur. Negué con mi cabeza. Sabía muy bien que meterme en un carro con un chico desconocido no era correcto, incluso si Dina pensaba que él era amable, incluso si la alternativa era esperar en la oscuridad, en el Ártico frío sola.

—Gracias. Estoy bien. El bus estará aquí en veinte minutos.

—¿Quieres que espere contigo? —ofreció—. En caso de que Jack vuelva. Él es inofensivo pero a veces es un poco temperamental cuando tiene hambre. Como te has podido dar cuenta.

—No. Gracias —dije, deseando solamente que se fuera. Era embarazoso que él hubiera visto claramente cuan asustada estaba—. Honestamente, estoy bien.

—Okay. —Él vaciló—. ¿Estás segura? —preguntó.

—Ya te lo dije —dije tratando de ocultar mi molestia—. Estoy segura.

—Okay entonces... si estás realmente segura. Te veré por ahí. Mañana en el trabajo, si tú y Dina tienen turno.

Estaba sorprendida de que él me hubiera reconocido de la tienda. Después de todo, pasó todo el tiempo hablando con Dina y no había venido a la registradora.

—Sí. —Me encogí de hombros antes de meter las manos en mis bolsillos. El subió su ventana y se alejó lentamente.

Okay, eso fue raro, pensé. Pero de nuevo, al menos tenía varias cosas que contarle a Dina sobre el chico al día siguiente... como que era amable hasta al punto de ser irritante, y que tenía una debilidad por las personas sin hogar. Honestamente, él y Dina serían perfectos el uno para el otro. Lo miré mientras manejaba calle abajo antes de hacer un giro en U y dar la vuelta en el estacionamiento del centro comercial.

Se aparcó en un espacio frente a la carretera y apagó las luces. Al principio pensé que se debía haber olvidado algo en Keyhole, pero Dina dijo que él había trabajado por seis meses nada más. ¿No sabía que las entradas principales del centro comercial estarían cerradas?

Pasaron cinco minutos. Luego diez. ¿Por qué no salía del carro? Y luego fue cuando me di cuenta. Estaba esperando para asegurarse de que me subiera al bus segura. No puede evitarlo; apreté mis dientes. ¿No le había dicho que estaba bien? No es como si necesitara una especie de caballero en una armadura brillante para lanzarse en picada y salvarme. Yo era inteligente, una chica independiente de diez y siete años perfectamente capaz de cuidarme a mí misma.

Me paré y caminé hacia la acera, tratando de llamar su atención. Era difícil ver a través de la calle y dentro de su vidrio tintando pero vi su pom-pom blanco. Un segundo después, miró hacia arriba y lo saludé para obtener su atención. Cuando el devolvió el saludo lo miré, haciéndole un movimiento con mi mano de espantar.

—Vete a casa, idiota. —Dije, aunque sabía que obviamente no me entendía—. Estoy bien. Vete. —Él se encogió de hombros como si no entendiera—. ¡¡Vete a casa!! —dije echándolo otra vez.

Él bajo la ventanilla y se inclinó fuera.

—¿Qué? —gritó él.

—Dije que estoy realmente bien. Puedes irte —grité en respuesta.

—Lo siento, no entendí. —Él respondió, poniendo una mano alrededor de su oreja.

Puse mis ojos en blanco.

—¡Vete! —grité tan fuerte como pude—. ¡Vete, vete, vete!

—¿Nieve? ¡Oh! ¡Nieve! —Él gritó en respuesta. Yo podría jurar que él estaba sonriendo—. Nieve, nieve, nieve. Sí. Hay mucha. Pasa cada invierno. —Él se despidió—. Te veo mañana —dijo antes de subir su ventana y continuar sentado en su carro, yendo a ninguna parte.

Estampé mis pies en la acera, en parte para mantenerlos caliente pero principalmente por frustración. No pude haber gritado más duro o ser más clara con mis gestos manuales. Él estaba ignorándome a propósito, lo que era más grosero de lo que creía. Estaba considerando realmente cruzar la calle e ir a gritarle en su ventana cuando vi

las luces del bus en la distancia. Estaba llegando cinco minutos antes, pero no estaba como para quejarme.

—Está haciendo frío ahí afuera —bromeó el conductor mientras me subía.

—Definitivamente frío —respondí, sacando la nieve de mis botas y dejando mi cambio en el lugar antes de mirar por el hombro del conductor. En el estacionamiento, las luces de Patrick —el niño bolígrafo—, se encendieron. Miré en su dirección mientras él salía del estacionamiento, sus llantas rodaban contra la nieve. Espero que se quede atrapado.

—Frío está bien. —Se rió el conductor—. Hasta yo diría que helado. —El bus se tambaleó hacia adelante y quité mi mirada de la luces del carro rojo, tropezando por el pasillo para encontrar un asiento.

Capítulo 3

Traducido por Paaau

Corregido por Andrea

—¿Dónde estabas? —Mi madre me saludó en la puerta. Presionó ambas manos en mis mejillas—. ¿Estás bien? Estás congelada. Ven adentro. ¿Tuviste que esperar mucho por el bus?

—Estoy bien, mamá —dije mientras dejaba que me ayudara con el abrigo. Me saqué mis gafas empañadas, limpiándolas con la parte delantera de mi camisa—. ¿Cómo estuvo tu primer día de trabajo?

—Oh, bueno. —Sacudió la nieve de mi chaqueta y la colgó—. Fue revelador. Elyse, no te imaginas las cosas por las que la gente paga un buen precio. ¿Has escuchado alguna vez sobre la envoltura de mostaza?

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco —suspiró—. Una mujer vino preguntando por uno. Pensé que era una especie de sándwich y le dije que no servíamos comida. Bueno, jamás estuve tan avergonzada en mi vida.

Después de dedicar diez años de servicio, mi madre fue despedida de su trabajo como empleada de presentación de una compañía de seguros de coches antes de mayo. Había pasado los últimos ocho meses buscando trabajo. Sin que sea necesario decir, que cuando le ofrecieron el puesto de recepcionista en un lujoso spa del centro, ella saltó por la oportunidad, a pesar de que pagaban menos, y a pesar de que nunca antes puso un pie en un lugar como ese en su vida.

Desde que yo tenía cinco años y mi padre se había enamorado de su dentista y se mudó a Calgary, mi madre tuvo que trabajar duro para mantenernos. Y a pesar de que mi padre mandaba el dinero por mi manutención, mi madre dedicó muchas horas para asegurarse de que me podría darme todo lo demás que yo necesitara. Nuestra vida no había estado exactamente llena de lujos.

—Algunos de los clientes son muy exigentes, por supuesto, pero eso no es nada a lo que no esté acostumbrada. Uno de ellos se quejó de que su bata no era lo suficientemente suave y pidió hablar con el encargado —mi madre se rió—. Pero el personal parece bueno. Suficiente para un día —ella terminó—. Te ves cansada, cariño. Ven a la cocina. Hice tacos. Te esperaba antes, así que están un poco helados. Voy a ponerlos en el microondas.

Me hundí en la mesa agradecida.

—¿Cómo estuvo el viaje en bus? —preguntó mi madre mientras deslizaba un plato en el microondas—. ¿Duró mucho? Odio pensar en ti esperando en la oscuridad y en el frío.

—Estuvo bien —mentí, no queriéndole decir que aún no podía sentir mis pies, o que me había congelado de miedo por culpa de un vagabundo. Sólo la habría preocupado y la haría sentir culpable de que ya no pudiera llegar a tiempo para recogerme a la tienda—. Perdí el primer bus, así que tuve que esperar un poco más.

—Bueno, no tendrás que esperar el bus mucho más tiempo. Te reservé otra prueba de conducir. Dos semanas a partir de mañana —dijo mientras dejaba un plato frente a mí.

—¡Mamá! —Comencé a llorar.

—Una cosa era cuando vivíamos en Middleford y todo estaba cerca, pero aquí necesitas tu carné, Elyse. Así puedes agarrar el coche por el día y yo puedo tomar el bus. De todas formas es un viaje corto.

Suspiré. No se trataba únicamente de que me sintiera culpable de conducir mientras mi madre tomaba el transporte público. También se trataba de mi dificultad para aparcar en paralelo, sin mencionar que era una total amenaza para la seguridad pública. La última vez que estuve en DMV¹, estaba tan nerviosa que accidentalmente presioné el acelerador en vez del freno y conduje derecha hacia unas barreras de la construcción.

—Creo que hay un límite, mamá. Sólo te dejan repetir esa prueba tantas veces antes de que el oficial te prohíba estar en las calles. —Tomé un trozo de lechuga de mi taco.

—Oh, tengo un buen presentimiento. Esta vez pasarás. —Sonríó con picardía—. Arreglé una ayuda extra.

—¡Mamá! —lloré de nuevo.

Ya había tomado el curso de conductor defensivo dos veces —\$500 dólares por vez—, además, había repetido la prueba de conducir 3 veces —otros \$300 dólares—. Nosotras literalmente, no podíamos permitirnos gastar más dinero tratando de enseñarme a conducir, especialmente cuando claramente era una causa perdida.

—Estuve hablando con el Sr. Connor esta mañana. Su nieto pasó la prueba al primer intento. Y tiene 18, lo que significa que tiene dos años de experiencia. —Hice una mueca, anticipando a donde nos llevaba esto—. El Sr. Connor habló con su nieto, y resulta que él está encantado de ayudarte a preparar tu prueba en las próximas semanas. Sin cargo.

¹ Departamento de Vehículos Motorizados.

—Mamá. Estoy segura que el nieto del Sr. Connor, tiene otras cosas que preferiría estar haciendo.

—Oh, lo dudo —dijo mi madre, levantando su taco. El depósito del recalentado había empapado el microondas y la mayoría del relleno se derramó, aterrizando en su plato. Lo recogió de nuevo, sin inmutarse—. Creo que cualquier hombre joven estaría agradecido por una excusa para conocer a la chica linda que se ha mudado al lado.

Le di una mirada dudosa.

—Además, sería bueno para ti hacer algunos amigos nuevos, Elyse. Estoy preocupada por ti. Apenas sales con gente de tu misma edad.

—Estoy bien, mamá. Sólo estoy ocupada. Con el trabajo. Y la escuela. Hablando de eso... —Me paré, poniendo mi plato en la mesada—. Tengo una prueba de cálculo para la cual debería estudiar.

—Está bien —dijo—. Bueno, voy a limpiar esto. Luego tengo que instalar esos ganchos en el baño y voy a empezar a lijar ese armario del sótano para que podamos desempacar el resto de nuestra ropa de invierno.

Se frotó los ojos cuando pensó que no la estaba mirando, luego sonrió cuando se dio cuenta que aún la miraba.

Olvídese de estar preocupada por mí. Mi madre era la que en verdad necesitaba alguien que se preocupara por ella. El estrés de buscar un nuevo trabajo, vender la casa y arreglar la mudanza, le había pasado factura. Se veía cansada y muy delgada. Miré abajo hacia la mesa. Apenas tomó dos mordidas de su taco y ya había puesto a funcionar el grifo para llenar el lavabo. Mientras se ocupaba de guardar las sobras de los tomates picados.

—Te ayudaré a lijar el armario cuando no esté estudiando, ¿ok? —le dije.

—Suena bien —sonríó—. Oh, y ¿Elyse?

Me volví.

—Antes de que olvide decírtelo, el nieto del Sr. Connor, vendrá mañana alrededor de las seis de la tarde para tu lección. Estaré en el trabajo, pero dijo que podías usar su coche. —Mi madre se veía tan optimista que no tuve la fuerza para discutir más con ella.

—¿Qué póliza de seguro tiene? —pregunté.

—Está con Slate Auto —respondió mi madre—, a todo riesgo. —De alguna manera, sabía que había preguntado. En un millón de pequeñas formas, mi madre estaba siempre, siempre cuidándose.

Pasé gran parte del día siguiente soñando despierta —o quizás debería decir, teniendo pesadillas despierta—, acerca de las diferentes maneras en las que estrellaba el coche de mi vecino en los árboles, o en la dirección contraria al tráfico, o a peatones inocentes. Claramente, el pobre chico no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo cuando dejó que su abuelo lo ofreciera para este trabajo, pero lo iba a descubrir pronto.

—Ah, chicas. Justo a tiempo como siempre —dijo el Sr. Goodman, mirando por encima de sus gafas de lectura mientras Dina y yo entrábamos ese día a la tienda para nuestro turno.

Se paró detrás del mostrador, sacándose su tarjeta de identificación. La esposa del Sr. Goodman, siempre tenía una comida esperando para él, así que nunca se quedaba mucho después de que nosotras llegáramos.

—Llegaron los nuevos embalajes de Cupido —nos dijo. Traté de no saltar de alegría—. Y el resto del pedido de tarjetas de San Valentín. Nuestras ventas están cayendo este año, así que necesito que ustedes, presionen el programa de fidelidad de clientes. Asegúrense de que todo aquel que entre por esas puertas sepa lo fácil que es llevarse uno de estos chicos. —Palmeó la cabeza de Cupido—. ¿Puedo contar con ustedes?

Las dos asentimos. No estaba buscando empujar los muñecos pero, por otro lado, al menos si los vendíamos todos, se habrían ido.

Nos pusimos a trabajar. Dina comenzó en la caja mientras yo reponía mercadería. Era un trabajo aburrido, pero un poco calmante de alguna manera. Combinar tarjetas y sobres y deslizarlas en sus ranuras perfectamente organizadas. Comencé con las de cumpleaños y felicitaciones, estaba en el último lote con las de San Valentín, cuando oí una voz detrás de mí.

—Hola. ¿Puedes ayudarme? Estoy buscando un lápiz nuevo. —Me giré y ahí estaba Patrick, el chico de Dina.

Tenía su pulgar enganchado en un bolsillo de sus vaqueros oscuros, inclinando su cabeza hacia un lado, sus rizos cayendo sobre sus ojos de una manera que, ilógicamente, hizo que mi corazón se saltara al más mínimo latido. Sus ojos verdes brillaban con amabilidad. Pero luego sonrío, y había algo acerca de esa sonrisa confiada que me hacía recordar la noche pasada en el estacionamiento.

—Estaré feliz de hablarte acerca de nuestra selección de lápices —le respondí con una voz agradable, luego le di una sonrisa apretada—, pero tengo la sensación de que no estás escuchando una palabra de lo que estoy diciendo.

La sonrisa cayó de su cara dejando una expresión de shock.

—Estoy hablando de anoche —lo atacé amablemente, en caso de que hubiese alguna confusión—, cuando dije que estaba bien, pero tú de todas formas te sentaste en el estacionamiento a mirarme.

—¿Qué te hace creer que te estaba viendo? —respondió, boquiabierto.

—El hecho de que estabas sentado en tu coche, en el estacionamiento vacío, mirándome.

Hizo una pausa.

—Okay. Estaba sentado en mi coche en el estacionamiento vacío —respondió—, pero era porque quería escribir algo antes de que se me olvidara. Si tú estabas frente a mí y miré hacia arriba, fue solamente coincidencia.

—Claro —dije, poniendo en los estantes una tarjeta brillante de corazones, luego sacudí mis manos para sacarme la brillantina—. Y creo totalmente que estabas sentado en tu coche, en el frío, escribiendo en la oscuridad... excepto que sé por hechos que tú no tenías un lápiz.

Él sonríe de nuevo, una pequeña y rápida expresión que se borró de su cara en el segundo que vio que me di la vuelta. Sonreí disfrutando haberlo descubierto en su mentira obvia.

—Estás en lo cierto —admitió—. No tenía un lápiz. Es por eso que siempre llevo esto. —Deslizó algo pequeño y negro de su bolsillo y lo sostuvo en alto—. Un mini grabador. Así que, no estaba escribiendo, técnicamente, supongo.

Levanté mis cejas. —¿Qué eres? ¿Un reportero encubierto o algo así?

—No —respondió, pero no siguió.

—¿Un espía internacional? —traté.

—Tienes una buena imaginación —dijo.

Debía de estar viéndolo aún de manera extraña.

—Soy compositor —explicó, luego miró incómodo hacia abajo—. O, quiero ser uno algún día. Estoy en una banda “The Duotangs”, con mi amigo Jax, pero no somos tan buenos, o algo parecido. Recién empezamos. Como sea, uso esto para grabar tonos y letras que saltan a mi cabeza.

—Oh. Okay —dije, sintiéndome como la más grande, sin mencionar la más ególatra idiota del mundo—. Eso es genial. Quiero decir, lo siento.

—No es que no hubiera esperado a que tomaras el autobús a salvo, si querías que lo hiciera —añadió, dándome una mirada que parecía casi de flirteo, pero sólo hasta que volví a mis cabales.

No estaba coqueteando conmigo, obviamente, como ayer, cuando no trataba de actuar como una especie de caballero de brillante armadura. Sólo era un chico, que escribía

canciones. Un chico muy avergonzado también, juzgando por lo rojas que sus mejillas pecosas se habían puesto.

—De verdad —dije—, de verdad lo siento.

Un silencio extraño cayó entre nosotros.

—Acerca de ese lápiz que necesitas. —Le hice un gesto hacia el pasillo de cosas de escritorio. Terminó llevándose el primero que le sugerí, el de agarre fácil en negro, definitivamente, uno de los lápices más caros.

—Dina te puede ayudar con eso en la caja —dije, agradecida de que casi hubiese terminado. Apenas podía mirarlo a los ojos—. Y asegúrate de preguntarle sobre el programa de fidelidad de clientes, ¿ok? —Añadí, recordando la sugerencia del Sr. Goodman.

—Seguro —dijo y luego levantó el lápiz—. Gracias. Nos vemos pronto.

Al momento en que se dio la vuelta, hice un inventario del almacén, donde planeaba reorganizar algunos de los estantes hasta que él estuviera a fuera de la tienda.

—¡Me acobardé! —dijo Dina diez minutos después, cuando fui a la caja—. Patrick volvió para llevarse un lápiz e iba a invitarlo a la fiesta Panda. Lo juro, Elyse, estaba así de cerca y luego salió esa canción en la radio “*Against All Odds*”. Damien y yo la bailamos como un lento una vez en mi cuarto, y luego, no pude decir las palabras.

—Está bien, Dina —dije, tranquilizándola—. Sabes, quizás es lo mejor. Quizás aún no estás lista.

La verdad era, que me conocía lo suficientemente para saber que probablemente terminaría haciendo los bocadillos blancos y negros y terminaría yendo a la fiesta de Dina. Lo último que necesitaba después de haber actuado como una perdedora, era estar en un espacio pequeño con el chico bonito del lápiz, celebrando a los osos Pandas que estaban en peligro de extinción en el día de San Valentín. De hecho, estaba planeando en sacar el yogurt congelado de mi dieta y tomar el camino largo hacia los baños, así no tenía que pasar por Keyhole y correr el riesgo de verlo de nuevo.

—Quizás tengas razón. Quizás no estoy lista —reflexionó Dina—, excepto que es realmente guapo. Tienes que admitirlo.

La verdad, no tenía que admitirlo. No tenía que admitirlo en absoluto porque literalmente no habría consecuencias. Él ya tenía su lápiz. No había razón para que volviera.

—Oh —dijo Dina de repente—. Creo que esa mujer con el anorak necesita ayuda. Además, tengo que decirle acerca de Cupido. Te veo en un segundo.

Salió corriendo, dejándome en la caja registradora, donde comencé a anillar venta tras venta. De hecho, la tienda estaba tan ocupada que casi —pero no tanto— olvido el embarazoso incidente en mi cabeza o el miedo a mi próxima clase de conducir hasta que levanté mi vista y vi a Sue, una de las chicas del turno de los viernes a la noche, caminando hacia la tienda.

Esta vez conseguí tomar el primer bus, llegando a la parada con tiempo de sobra. Llegué a casa a tiempo para hacerme un omelett y desempacar algunas cajas de libros antes de que el timbre sonara.

—Voy —grité mientras agarraba mi abrigo. Tomé un profundo respiro para infundirme el coraje que necesitaba para la peligrosa lección que venía y abrí la puerta.

Mi nuevo vecino estaba parado en la entrada, limpiando el parabrisas de su coche rojo, de espaldas a mí. —Tú debes ser el nieto del Sr. Connor —dije, luego traté de hacer una broma—. Espero que estés preparado para un viaje salvaje.

Se dio la vuelta.

Me congelé, y no por la temperatura que enfriaba los huesos —25 de sensación térmica. —¿Tú eres el nieto del Sr. Connor? —dije.

—Y tú eres Elyse —dijo Patrick simplemente, como si no estuviese sorprendido. Debí haber notado la mirada de shock en mi cara porque comenzó a explicar—. Como que nos conocimos la noche en que te mudaste, ¿recuerdas? Me viste a través de las ventanas.

Sacudí mi cabeza.

—¿Saludé? ¿Estabas ayudando a tu madre a colgar las cortinas? ¿Y cómo bailando en una silla con la música?

La parte del baile sonaba correcta. La primera noche en la casa nueva, mi madre y yo, habíamos subido mucho el volumen de la radio mientras desempacábamos... y teníamos las ventanas abiertas para que el aire sacara los gases de la pintura. Pero para entonces, ya estaba oscuro y no había visto a Patrick en absoluto, o siquiera pensé en el hecho de que cualquiera que pasara caminando por la acera podría verme bailando sobre una silla como una idiota.

—Hiciste este movimiento como el de un buceador.

Okay, ahora realmente quería morir. Sabía exactamente de lo que estaba hablando. Era este paso de baile cursi que solía hacer con mi mejor amiga en primer curso. Como que pinchabas tu nariz con una mano y meneabas tu cuerpo como si estuvieses bajo el agua. Mi madre y yo habíamos estado escuchado “*Yellow Submarine*” de los Beatles en ese momento.

—Sonreíste, y estuve bastante seguro que saludaste, así que creí que me habías reconocido ayer en la tienda. Podría haber jurado que lo hiciste.

Sacudí mi cabeza.

—¡Lo siento! Probablemente debería haber venido a decir hola y presentarme como tu vecino, sólo por si acaso, pero mi descanso casi terminaba. —Lucía un poco más que incómodo, como si de verdad quisiera hablarme en la tienda ayer, pero no había podido manejar los nervios—. Como sea... es bueno conocerte formalmente. —Extendió una mano con mitones—. Pequeño mundo, ¿verdad?

Me mordí el labio, devolviendo su apretón de manos. Desafortunadamente, hasta donde le concernía a Patrick, el mundo debía ser muy, muy, muy pequeño. Y luego, en parte porque mis ojos estaban congelándose abiertos, si seguía mirándolo incrédulamente en parte porque no sabía que más hacer, caminé alrededor hacia el asiento del copiloto del coche y entré.

Capítulo 4

Traducido por Aishliin y Sera

Corregido por Nony_mo

—¿Dónde vamos exactamente? —pregunté por tercera vez mientras giraba mi cabeza hacia la izquierda y derecha, y luego comprobaba en el espejo retrovisor antes de ejecutar un cauteloso giro a la derecha en una intersección totalmente vacía.

—Solamente sigue derecho un tiempo —contestó Patrick—. Lo sabré cuando lo vea. —Miró fijamente hacia fuera por la ventanilla del pasajero, apenas parecía afectado sobre el hecho de que su vida estaba en grave peligro. Pensado en ello, ni siquiera había actuado preocupado cuando, después de ayudarme a ajustar los espejos reflectantes y el retrovisor, le había preguntado cuál era el pedal del freno y cuál el del gas. Quiero decir, obviamente sabía que el gas estaba en el lado derecho en nuestro coche, pero cuando conduces un vehículo desconocido, nunca puedes ser demasiado cuidadoso con estas cosas.

—Gira a la izquierda en la siguiente señal de stop —indicó Patrick—. Lo estás haciendo muy bien.

En realidad, no lo hacía. Casi nos lanzó hacia delante cuando pisé de golpe los frenos a mitad del camino bajando por nuestra calle. Los estaba probando para asegurarme que trabajaban bien sobre las condiciones heladas del camino —lo hicieron—, pero en retrospectiva probablemente debería haber advertido a Patrick primero.

—Así que —comencé, esperando que alguna charla me calmara. Agarraba el volante tan fuerte que mis nudillos estaban blancos: primero porque estaba conduciendo, pero también porque estaba todavía en estado de shock por la compra del bolígrafo, la limpieza de dientes, y el tipo que abrumó a Dina, era mi nuevo instructor de manejo y vecino. Así que mi plan era evitarlo—. ¿Cuánto tiempo han estado viviendo tú y tus abuelos en la Avenida Gamble?

—Sólo mi abuelo y yo ahora —respondió Patrick—. Él ha estado ahí siempre. Mis bisabuelos eran los dueños originales de la casa. Es una de las más antiguas de la zona. La construyeron ellos mismos en 1910, mucho antes de que todas las casas prefabricadas comenzaran a aparecer alrededor de ella, o que cualquier centro comercial se encontrara cerca. Mi bisabuelo construyó la casa que tú y tu madre acaban de comprar. —Mis oídos se animaron. Eso explicaba por qué nuestra casa se parecía tanto a la del señor Connor y por qué son sólo dos de las más viejas en un bloque completo de casas producidas en serie con garaje para dos autos—. Luego mis abuelos finalmente dividieron la tierra y la vendieron. Pero te estoy diciendo un millón

de cosas que probablemente no te importan —se disculpó—. A veces hablo demasiado. Lo siento. —En realidad no me había dado cuenta, sobre todo porque cuanto más hablaba, menos tenía que participar yo en la conversación... lo que era algo bueno, ya que era muy difícil concentrarse en conseguir que no nos matáramos—. Querías saber cuándo me mudé aquí —añadió—. Mi abuela murió en noviembre de un derrame cerebral. Me acabo de mudar de Toronto para ayudar a mi abuelo en la casa. Estoy terminando la escuela secundaria aquí.

—¿En serio? ¿Dejaste a todos tus amigos atrás y todo? Eso dice cosas buenas de ti.

Se encogió de hombros como si no fuera gran cosa.

—En realidad no. Quiero decir, sólo he dejado un semestre de la escuela secundaria. Pensé que todo el mundo iría por caminos separados, de todos modos. Sigo en contacto con un grupo de amigos de mi casa. Además, haría cualquier cosa por mi abuelo. Me gusta echarle una mano y hacerle compañía. Pero tengo motivos egoístas, también. —Tomó sus guantes y se frotó las manos para calentarlas. A pesar de que se sentía como que había estado conduciendo toda la eternidad, el calentador no había funcionado lo suficiente todavía—. Él tiene todos los canales por cable buenos. Y en vez de quejarse de que pongo mi música demasiado alta, sólo apaga su aparato auditivo. Nunca se molesta por nada. —Patrick comenzó a jugar con la rejilla de salida del aire caliente, girando para que soplara en mi dirección—. ¡Para! —Dijo, mirando hacia arriba, de repente. Mi corazón dio un brinco y pisé los frenos, empujándonos hacia adelante.

—Oof. —Él se frotó el pecho.

—Lo siento —chillé, haciendo una mueca de dolor. En primer lugar lo había acusado de acecharme en el estacionamiento, y ahora casi le había dado un azote cervical, por segunda vez en media hora. Estaba dándole claramente una mala primera impresión.

—No. Fue mi culpa. —Se disculpó—. Estaba tan ocupado hablando, que me olvidó que te pones nerviosa en las carreteras. Debería haber usado una voz más tranquila. Debería haber dicho “Puedes parar ahora. Estamos aquí”.

—¿Dónde estamos?

—Aquí. El lugar a donde veníamos.

Miré a mí alrededor, sintiendo los fuertes golpes de mi corazón contra mis costillas. Estábamos en el viejo Middleford, en Carlton, a seis cuadras de donde solía vivir. Era una calle llena de árboles viejos y caras casas históricas de tres pisos.

—¿Ves ese coche? —preguntó Patrick. Era un descapotable rojo estacionado a un lado de la carretera—. Muy bonito, ¿verdad? —asentí con la cabeza, aun tratando de recuperar el aliento—. Eso es un Audi A4. Andar en él cuesta alrededor de cuarenta

mil dólares. Por qué alguien conduciría un descapotable en invierno, no tengo ni idea, pero algunas personas son idiotas.

Le dirigí una mirada extraña. Definitivamente yo no tenía cuarenta mil dólares. Y no tenía necesidad de aprender sobre la compra de coches de lujo. Sólo tenía que aprender sobre la conducción de uno regular.

—¿Y ves ese otro? —señaló el que estaba enfrente—. Es un BMW Serie 7. Necesitarías unos ochenta mil, mínimo.

—Eso está bien —dije.

—¿Eso crees? —preguntó—. Siempre pensé que tenían una especie de aspecto aplastado. Y un amigo de mi papá en Canadá tiene uno. Dice que traga la gasolina. Personalmente, cuando me gradúe y consiga un trabajo decente, me voy a comprar un híbrido. —Nos sentamos en silencio durante unos segundos.

—Bueno, ¿y ahora qué? —Le pregunté.

—Ahora estaciona en paralelo entre los dos coches. —Debí haberlo mirado como si tuviera bananas creciendo en sus orejas, porque se echó a reír.

—No puedes estar hablando en serio —le dije—. ¿No deberíamos practicar esto, por ejemplo, en un estacionamiento abandonado en alguna parte? Además, acabas de decirme que los dos coches combinados costarían por lo menos ciento veinte mil dólares. Te das cuenta de que mi mamá y yo no tenemos esa cantidad de dinero. ¿Cómo quieres que los pague cuando los abollé?

—No los vas a abollar

Dejé que mi cabeza cayera hacia adelante contra el volante y cerré los ojos.

—Está bien, Patrick, es obvio que nunca has conducido conmigo antes. Si lo hubieras hecho, sabrías que no tiene sentido estar aquí discutiendo esto. No puedo hacerlo.

—He estado conduciendo contigo durante la última media hora —respondió—. De manera que sé que puedes. —Obviamente no parecía convencido—. No habrá ningún rasguño en los coches cuando hayamos terminado. Te lo prometo. Voy a estar aquí a tu lado, ayudándote. —Suspiré—. Estacionar en paralelo es como andar en bicicleta... —comenzó.

Le interrumpí.

—La última vez que monté una bicicleta me rompí el tobillo y estuve muy cerca de matar al gato de una señora.

—Está bien. —Hizo una pausa—. Es como aprender a nadar.

—Me hundo.

—Está bien. ¿Qué puedes hacer?

Suspiré de nuevo.

—Leo. Horneo galletas y pasteles. Estudio. Sobresalgo en todas las cosas seguras y aburridas que implican estar sentada en casa y no estacionar en paralelo entre ciento veinte mil dólares.

—Hornear —dijo—. Estacionar en paralelo es exactamente como hornear. —No iba estacionar en paralelo en ese lugar. De ninguna manera, no sé cómo. Pero tenía que escuchar esto—. Tienes tus ingredientes, ¿no? —Me di cuenta de que su mente estaba corriendo—. El coche y el lugar. Y tienes tu receta. Aquí. Muévete hacia adelante al lado del BMW. No demasiado cerca. Alrededor de dos pies de distancia. Alinea los parachoques, y entonces enciende el intermitente de giro.

—Patrick. Esta es una idea realmente mala. No creo que entiendas...

—Aquí —dijo, haciendo caso omiso de mí—. Acelera un poco.

—De ninguna manera.

—Inténtalo. —Contra mi mejor juicio, me di por vencida y Patrick guió el volante mientras presioné suavemente el acelerador. Nos detuvimos junto al BMW —. Está bien. Así que ahora lleva el coche. —Señaló el volante—. ¡Verificalo! —Yo estaba tratando de no hiperventilar—. Tienes que tener dos pies de espacio. —Bajó la ventanilla y se asomó, dejando pasar una corriente de aire frío—. ¡Compruébalo! —Me indicó que tomara el volante de nuevo —. Pon la marcha atrás. —Él ajustó la palanca de cambios hacia mí—. A continuación, acelera soooooo un poco, y métete en el camino a la derecha. Métete —dijo, y yo giré el volante, sintiendo como si estuviera a punto de vomitar. El coche avanzó hacia atrás—. Métete, métete, métete, métete. Bien. Muy bien. Frena. —Pisé el pedal. Duramente. Los dos nos tambaleamos hacia adelante. Una vez más—. Está bien. Bien. Vamos a trabajar el frenado suave más tarde.

Me quité el sombrero y lo metí entre los asientos. Podía sentir el sudor de mi frente, y estaba segura de que el sombrero estaba brutalmente sudado, pero no me importaba. Estaba muy enojada con Patrick por hacerme hacer esto. No tenía nada que demostrarle, y no me importaba lo mal que le parecería.

—Bien, ahora acelera un poco y métete de nuevo hacia la izquierda. Sigue mirando sobre tu hombro para ver a dónde vas. —Giré el volante bruscamente jurando en voz baja—. Está bien, los frenos. —Lo hice, más suavemente esta vez—. Ahí. Ahora sólo tienes que moverte hacia adelante y en medio de los coches, como si estuvieras deslizando una bandeja para hornear galletas en el horno. Debes tener al menos dos pies de espacio en la parte delantera y trasera, y aproximadamente la mitad de un pie

con la acera. —Me moví hacia delante, pisé el freno de nuevo, aparqué el coche, y apagué el motor.

—¿Ves? —dijo, sonriendo—. Sabía que podías hacerlo. Y eso era como estacionar en paralelo extremo. Ahora que has aparcado entre dos coches que cuestan más que tu educación universitaria, nunca tengas miedo de nuevo. —Él levantó la mano para chocar los cinco.

No le choqué los cinco. En cambio, me desabroché el cinturón de seguridad y salí, cerrando la puerta detrás de mí. Patrick se bajó también.

—Compruébalo tú misma. —Caminó alrededor del coche—. Está exactamente a medio pie de la acera. Exactamente. Honestamente, siento la necesidad de tomar una foto a este paralelo y enmarcarlo, de lo perfecto que está. Es como la Mona Lisa de los aparcamientos en paralelo, o algo así.

Estaba demasiado furiosa para escuchar. Era un milagro que lo hubiera hecho en el espacio sin dañar dos coches de lujo con el valor de ciento veinte mil dólares. Él era un idiota si creía que había alguna otra explicación. Y yo era un idiota por dejar que me convenciera de hacer algo tan arriesgado. Si hubiera golpeado los coches, nunca habría sido capaz de pagar por los daños y perjuicios, incluso con la cobertura de seguro de Patrick. Mi mamá y yo probablemente habríamos tenido que vender nuestra casa nueva, más barata. Estaríamos en las calles, durmiendo al lado de Jack, el hombre sin hogar, y dando patadas a trozos de hielo hacia extraños que no nos dieran el dinero del autobús. Caminé junto a él, abrí la puerta del lado del pasajero, entré, y la cerré de golpe.

—¡Hey! —llamó Patrick desde la ventana, pero me negué a mirarlo. Me temblaban las manos en mi regazo. Me limpié un poco el sudor de mi frente y parpadeé para contener las lágrimas. Llamó de nuevo. Esta vez bajé un poco la ventanilla—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Tú conduces —dije, luego miré hacia delante de nuevo. Él vino hacia el puesto de conductor y se metió. Ninguno de nosotros dijo una sola palabra en todo el camino a casa.

—¿Trabajas mañana? —preguntó Patrick finalmente mientras que sin esfuerzo daba marcha atrás al coche hacia el camino de la casa de su abuelo.

—Desde el mediodía hasta las cuatro —contesté, desabrochándome el cinturón de seguridad.

—Yo salgo a las 3 y media —dijo—. Te esperaré. Puedes practicar conduciendo a casa. Vamos por el mismo camino, de todos modos. Tiene sentido, ¿verdad? —Lo tenía. Pero solo porque tenía sentido, no significa que quisiera hacerlo—. ¿Qué nos queda? ¿Trece días antes de tu examen de conducir? De ninguna forma vas a

desaprobar esta vez. Eres una conductora increíble, Elyse. Sólo necesitas trabajar en tu confianza.

Sabía que estaba intentando ayudar, que estaba intentando ser agradable. Así que ¿por qué yo no podía dejar fuera el tono sarcástico en mi voz?

—Bien —dije, cerrando la puerta del coche y alejándome—. Porque soy Leonardo da Vinci con dos manos izquierdas. —No miré hacia atrás, pero juro que lo oí reírse de mí suavemente mientras caminé penosamente el camino hasta la puerta principal.

Me quite las botas y le eché un vistazo al reloj del reproductor de DVD. Eran las 7:10, además nuestro coche estaba aparcado, así que sabía que mi madre estaba en casa.

—¿Hola? —llamé. Nadie contestó. No había ningún olor de cocción que viniera desde la cocina—. No creerás lo que el vecino me hizo hacer.

Empecé a contar la historia, imaginando que mi madre estaba solo en el baño y me oiría a través de la puerta.

—En serio creo que deberían cancelar esas clases de conducir antes de que algo salga horriblemente mal. —Todavía ninguna respuesta—. ¿Hola? —Metí la cabeza en el hueco de la escalera. Y ahí fue cuando lo escuché: un débil ruido de golpes. Se hacía más alto conforme caminaba hacia la cocina, pero no había nadie allí. Abrí la puerta al sótano.

—¿Elyse? —Los golpes se reanudaron—. ¿Elyse? —La voz de mi madre era apagada, pero no perdí el hilo de pánico en ella—. Elyse, ven a ayudarme. —Bajé corriendo las escaleras, bajándolas de dos en dos a la vez. Me llevó unos pocos segundos que mis ojos se ajustaran a la luz oscurecida, pero cuando lo hicieron jadeé. El gran y pesado armario de madera que mi mamá había estado lijando para guardar nuestros abrigos estaba hacia abajo en el suelo de cemento —sus puertas abiertas. Una sola mano —la de mi madre— salía por debajo de un pequeño hueco entre el suelo y el armario, agitándola frenéticamente para llamar mi atención. Me arrodillé en el suelo.

—Oh dios mío. ¿Estás bien? ¿Estás aplastada? ¿Necesitas una ambulancia? Mamá, ¿puedes respirar? Voy a llamar al 911. —Subí corriendo las escaleras, con mis rodillas temblando.

—Elyse, estoy bien. —¿Mi madre estaba riendo o llorando? No podía asegurarlo sin ver su cara. Me hizo gestos con su única mano visible, contándome la historia justo como lo hubiera hecho si no estuviera debajo de un armario de 200 libras—. Tenía unos pocos minutos cuando llegué a casa, así que pensé que lijaría el interior de las puertas antes de hacer la cena. Me puse de pie en la repisa para alcanzar la parte de arriba y toda la cosa se me cayó encima. He estado intentando hacerme camino a través del panel trasero, pero no sirvió de nada. ¿Puedes levantar el armario, cariño? ¿Sólo un poco? Toma ese bloque de cemento que está en la esquina debajo de la bolsa de compost. Ponla por debajo y podría salir gateando.

Agarré el bloque de cemento del que estaba hablando y de alguna forma me las arreglé para levantar el armario varias pulgadas. Empujé el gran bloque de cemento debajo con mi pie, luchando contra las lágrimas todo el tiempo. Un segundo después, mi madre salió de debajo, se puso de pie y cepilló el polvo y el aserrín de su pelo. Se agachó para examinar el armario. Una de las puertas se había quebrado un poco en la caída e, incluso las dos tratando de levantarlo, no hubo forma de hacerlo. La cosa pesaba una tonelada.

—Bueno, quizás podríamos almacenar nuestros abrigos extra de invierno en recipientes de plástico debajo de las escaleras —dijo ella, y fue cuando mi madre se dio cuenta de las lágrimas que caían por mi cara. Lo entendió inmediatamente—. Oh, Elyse. Oh, cariño. Estoy perfectamente. —Se paró y me ofreció sus brazos para mostrármelos—. Ni un rasguño. Estoy bien.

—¿Pero y si no lo hubieras estado? Mamá, esa cosa podría haberte aplastado.

—Pero no lo ha hecho. —Puso sus brazos a mí alrededor, luego me apartó para enjuagar las lágrimas de mis mejillas con sus dedos.

—Y estabas sola ahí abajo. ¿Y si no hubiera venido directa a casa por alguna razón?

—Pero lo hiciste.

—Se suponía que te ayudaría a lijar anoche —sollocé, mirando al armario—, cuando terminara de estudiar. Lo olvidé. Si no lo hubiera olvidado, no hubieras estado haciéndolo sola.

—Eso está bien, Elyse. Es mi responsabilidad hacer estas cosas. Soy la adulta en esta familia. —Odiaba cuando decía cosas como esa. Quizás era cierto cuando era una niña, pero ahora tenía diecisiete años. No debería tener que cuidar de todo sola nunca más. Era lo suficientemente malo que mi padre la hubiera abandonado; ella debería ser capaz de contar conmigo al menos—. A partir de ahora seré más cuidadosa cuando esté arreglando cosas por la casa. Lo prometo —dijo.

—Pídeme ayuda —dije, dándole mi mejor mirada de “estoy siendo sería ahora mismo”, la cual ignoró totalmente.

—Venga —dijo ella en su lugar—. Sube. Pediremos una pizza. Te sentirás mejor después de que hayas tenido algo en el estómago. Entonces puedes ayudarme con las tareas de la casa.

Las “tareas de la casa” de mi madre resultaron ser escribir a mano cuarenta y cinco tarjetas usando tinta dorada y una pluma estilográfica. Después de una tarde de aparcar en paralelo, seguida de la casi muerte por aplastamiento de mi madre por un armario, mi mano no estaba exactamente firme, por decir lo mínimo. Escribí cinco tarjetas diferentes antes de que finalmente hiciera una que estuviera lo suficientemente bien para guardarla.

—Tienen el salón de baile Brandfor reservado para comer, y van a cerrar el spa entero durante la tarde —explicó mi mamá—. Toda la cosa está siendo abastecida por Chez Pierre, y están regalando todo tipo de premios de rifa. —Apiló otra tarjeta pulcramente escrita en su montón—. Todavía echo de menos los Seguros de Coche Chudleigh, pero tengo que decir que nunca tuvieron días de agradecimiento al personal como este.

Di un mordisco a mi trozo de pizza Hawaiana y la tragué con algo de té helado mientras veía a mi madre trabajar. Las bolsas bajo sus ojos eran enormes y oscuras, pero aparte de eso, se veía bien. Ha estado trabajando hasta las 6 de la mañana los últimos dos días así que tendría tiempo para secarse el pelo y maquillarse. Aparentemente uno de los requerimientos de trabajar en la recepción de un spa era verse bien. Incluso tenía esmalte rosa sobre sus uñas —algo que nunca antes la había visto llevar. Se dio cuenta de que me estaba dando cuenta.

—Oh, Claire, una de las esteticistas, me hizo esto en el descanso. No se ve demasiado deslumbrante, ¿verdad?

Sonreí, dejando la corteza de mi pizza.

—Es bonito —dije. Me limpié las manos en mi servilleta y cogí otra tarjeta para escribir—. ¿En serio? —Miré hacia abajo a la lista de nombres que mi madre me había dado—. ¿Este es el nombre verdadero de alguien? —Mi madre terminó de lavar los platos, luego se asomó por encima de mi hombro.

—Oh. Valter. Es el masajista sueco del spa.

—¿Y su apellido es Bigaskis?

—Sí.

—¿Pronunciado como “big-ass-kiss”²? —pregunté, enunciando la palabra en mi mejor imitación del acento sueco—. ¿Cómo, “Val-ter Big-ass-kiss”?

—Elyse —me regañó mi madre en el mismo tono que solía usar cuando escarbaba en mi nariz o hacia sonidos de pedos con mis primos cuando era una niña.

—No tiene gracia.

—Sí la tiene —dije—. Más o menos, al menos. Tienes que admitirlo. —Pero mi madre no parecía que estuviera a punto de admitir nada—. Val-ter Big-ass-kiss, —dije de nuevo, soltando una risita para mí misma mientras escribía la tarjeta. Mi madre no había hecho una sonrisa, así que intenté dejar de reír.

—Oh. —Se sentó y cogió otra tarjeta, cambiando de tema—. Dina te llamó antes. Supongo que no le contaste que tenías clase de conducir. Se preguntaba si podía

² Big ass kiss: traducción literal al español como “gran beso de culo”.

confirmarte para el cheesecake de chocolate y vainilla. Suena como una fiesta divertida.

Gemí. Había sido un día largo. Lo último en lo que quería pensar era en el día de San Valentín, o la fiesta ridícula de Dina, pero ahora que esta le había contado a mi madre sobre eso, sabía que no había escapatoria —tendría que ir.

—Le dije que no hay problema. Te ayudaré a cocinar si quieres. Todavía tenemos tu colección de peluches de osos panda, también. Los empaqueté en una de esas cajas para la mudanza. Están en algún sitio en el sótano. Dije que veríamos si podíamos desempolvarlos. Serían una gran decoración.

—¡Mamá! —grité. Ya era bastante malo que estuviera siendo forzada a ir a la fiesta en San Valentín, cuando todo lo que quería hacer era estar deprimida. No quería arrastrar un montón de estúpidos animales de peluche para niños.

—Te divertirás, Elyse. Es bueno que salgas. —Suspiré—. Y es dentro de dos semanas, también. Sabes lo que eso significa, ¿no? —Puse los ojos en blanco—. Habrás aprobado tu examen de conducir para entonces. Puedes ir a casa de Dina por ti misma.

Dejé la tarjeta con el nombre de Valter Bigaskis terminada y tomé otra. Drew Hulse. Nada de gracioso en ese. De hecho, era uno de los nombres más deprimentes que había oído nunca, lo cual era conveniente, porque de repente me sentía triste —sin mencionar muy, muy cansada.

Capítulo 5

Traducido por masi

Corregido por Nony_mo

El sábado por la mañana mi cordón se desató justo cuando estaba corriendo por las escaleras. Me detuve para atarlo y, como resultado, perdí el estúpido autobús número cuatro, de nuevo. Ya que mi madre se había ido para la tienda de comestibles, no tenía más remedio que esperar. Acabé llegando quince minutos tarde al trabajo. Cuando llegué allí, Dina estaba luchando con un montón de globos de helio rebeldes mientras trataba de venderle a una madre, que parecía agotada, por ser cliente fiel la promoción de Cupido.

—Gracias —decía la madre distraída, vigilando a sus dos hijos, que estaban jugando al escondite peligrosamente cerca de las estatuillas de delfines de cristal—. Pero hoy es la fiesta del sexto cumpleaños de mi hijo. Seremos bastante ruidosos, con juguetes que funcionan con pilas como esos.

El día anterior, cuando alguien había compartido una preocupación similar, yo había oído a Dina tratando de convencerlos de que —si las pilas se agotaban— Cupido también podría hacer una adorable pieza central en una mesa para la cena del Día de San Valentín, pero por alguna razón, ella ni siquiera se molestó.

—Maldita sea —dijo en cambio, en voz baja, cuando un globo con forma de robot se salía en busca de la libertad y flotaba hacia el techo.

—Traeré la escalera —me ofrecí, soltando mi bolso detrás del mostrador y dirigiéndome a la habitación trasera. Tan pronto como la madre se había ido con sus hijos malcriados y su manojito de globos, me dirigí hacia Dina—. No te ves muy bien. ¿Todo está bien?

Ella se dejó caer estrepitosamente en el taburete detrás del mostrador.

—Elyse, si llamas a alguien, y te dijeran que te llamaran enseguida, ¿cuándo esperarías para tener noticias de ello?

—No lo sé —dije—. Quizás un par de minutos. —Me di cuenta por la mirada de su rostro que no le había dado la respuesta que había estado esperando.

—O bien, depende. Si está muy ocupado con algo, podría ser más tiempo.

—¿Cuánto tiempo más?

—¿Una hora, tal vez? O dos horas.

—¿No dieciséis?

No estaba segura al cien por cien de lo que estábamos hablando, a pesar de que tenía una conjetura bastante buena.

—No. Probablemente no dieciséis. —Vacilé—. A menos que algo realmente importante ocurriera. O hubiera una emergencia.

—Oh, Dios mío. Pensé en eso, pero entonces intenté hablarlo conmigo misma. Pero ¿qué pasa si tienes razón? Ayer llamé a Damien justo después del trabajo. A las seis y diez. Él acababa de salir y su voz sonaba realmente fatigada. Dijo que me volvería a llamar pero no he recibido ninguna llamada. Y le he escrito dos mensajes desde entonces. Oh, Dios mío. Sin embargo, todo tiene sentido. ¿Qué pasa si uno de sus padres se cayó por las escaleras o ha tenido un ataque al corazón o algo así? ¿Y luego tuvo que llegar rápidamente a casa? ¿Quizás está en el Middleford General en este momento? ¿Debería mandarle otro mensaje? No, espera. No puedes utilizar los teléfonos móviles en un hospital, ¿verdad? A causa de los monitores de corazón. Elyse, ¿crees que debo llamar a casa de sus padres para asegurarme de que todo está bien?

—Estoy segura de que todo está bien, Dina —dije—. Y si no es así, entonces es probablemente que esté demasiado ocupado para llamar ahora mismo.

—Tienes razón —dijo, para nada convencida, pero parecía que quería creerme—. Voy a esperar. Se pondrá en contacto si me necesita, ¿no?

—Por supuesto que lo hará.

Ella sacó su teléfono móvil de su bolsillo trasero y lo abrió, sólo para asegurarse de que seguía encendido, y luego se lo guardó antes de caminar hacia el pasillo de las tarjetas para ayudar a una anciana con un bastón. Mientras yo estaba cobrando la tarjeta de aniversario de la anciana, vi a Dina comprobar su teléfono otra vez.

De repente, pensé en la manera perfecta para distraerla.

—Tengo algo que decirte —dije, tan pronto como la tienda se quedó tranquila otra vez—. No vas a creerlo, pero supongo que mi nuevo instructor de conducción y vecino es...

—¿Estás bromeando! —dijo Dina, una vez que le había contado toda la historia—. Eso es una coincidencia. Parecía muy amable. ¿Es un buen maestro? —preguntó.

—El peor. —Le conté mi horrible historia de aparcar en paralelo de la noche anterior. Ella fue, apropiadamente, simpática. Estaba a punto de decirle las cosas que había descubierto acerca de él mudándose aquí para cuidar de su abuelo —lo cual sabía que ella examinaría con detalle—, pero el bolsillo trasero de Dina comenzó a zumbar.

—Es Damien —dijo. Sacó su teléfono, lo abrió y leyó el mensaje de texto.

—¿Todo bien?

—Sí. —Volvió a leer el mensaje una segunda vez—. Eso es un alivio —añadió, pero parecía decepcionada—. Estaba en una fiesta con unos amigos, se emborrachó, y quedó tirado allí, se acaba de despertar. Se olvidó de que llamé.

Ella comenzó a presionar las teclas.

—Por favor, dime que no le vas a responder el mensaje justo ahora. —Levantó la vista—. El tipo ni siquiera se disculpó por tardar dieciséis horas en ponerse en contacto contigo. Ni siquiera se le cruzó por la mente que pudieras haber estado molesta o preocupada.

Hizo una pausa, bajando el teléfono.

—¿Crees que debería esperar?

—Sí —dije—. Y, de todos modos, acabas de mirar el teléfono mientras yo estaba hablando contigo y groseramente has interrumpido mi historia acerca del chico que compró el bolígrafo, quiero decir, Patrick. —Ella levantó la mirada—. Iba a decirte cómo estuvo preguntando por ti en el coche. —No era que tuviera la intención de ser deshonesto con ella... pero la mentira simplemente se deslizó en mi boca.

—De ninguna manera —dijo—. ¡Él no estaba haciendo eso! ¿Qué es lo que quería saber?

—Bueno... —Busqué evasivas durante un momento mientras trataba de pensar en algo que sonara lo suficientemente casual como para que no me pillara, pero lo adecuadamente específico como para parecer verdad—. Quería saber cuánto tiempo llevabas trabajando aquí y, bueno... cuáles era tus aficiones.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que habías estado trabajando para el señor Goodman desde el verano, y que realmente te concentrabas en apoyar causas importantes en tu tiempo libre. Y resulta que a él le interesa todo lo que se trata de ayudar a la gente y poner a otros primero, también. —Tranquilité mi conciencia, añadiendo la última parte, porque él, definitivamente, había dicho algo sobre ayudar a su abuelo en la casa, de todos modos. Cerró su teléfono—. También mencioné la fiesta panda —continué, improvisando.

—¿Qué dijo él?

—No mucho, pero creo que es sólo porque es demasiado bueno para pedir una invitación. Estoy bastante segura de que diría que sí, si se lo preguntas tú misma.

—¿En serio? ¿Es soltero?

—No lo sé. —No había mencionado a ninguna novia, pero, luego otra vez pensé, que habíamos pasado una hora juntos, y en los últimos veinte minutos, había estado demasiado furiosa para hablar con él. Era posible que él tuviera una, ya fuera aquí o en Toronto.

—¿Puedes averiguarlo?

—Tengo otra lección esta tarde. Veré lo que puedo hacer.

—Oh, Dios mío —dijo Dina—. Tal vez esto es, como dicen, “el destino”. Quiero decir, él entra en la tienda y nos encontramos, y luego termina siendo tu vecino y tu instructor de manejo, así que estoy totalmente dentro. —Ella deslizó su teléfono en su bolsillo trasero.

Misión cumplida.

—¿Así que no vas a responder al mensaje de Damien ahora?

—No —sonrió, y luego agregó desafiante—: Estoy ocupada en el trabajo. Puede esperar un poco, ¿verdad?

Salí de detrás de la caja para que pudiera tomar el relevo.

—Dina, por lo que a mí respecta, ese idiota puede esperar para siempre.

—¡Elyse! —dijo, cubriendo las orejas de Cupido con sus manos—. ¡Cuida tu lenguaje frente al bebé! —Pero estaba sonriendo, así que no había ninguna duda de que había hecho lo correcto. A pesar de que había tenido que contar unas cuantas mentiras pequeñas y honorables, el final totalmente justificaba los medios.

O, al menos, eso es lo que pensaba hasta las tres y media, cuando Patrick entró en la tienda. Estaba ocupada con un cliente que quería saber cada pequeña diferencia entre las cuatro marcas de papel blanco para fotocopias, pero Dina le hizo señales con la mano. En el momento en que me las arreglé para arrastrar mi trasero hacia la caja, ya estaban hablando de los pandas. Las cosas estaban a punto de volverse un poco complicadas.

—Así que creo que es importante —estaba diciendo Dina—. Si podemos recaudar simplemente quinientos dólares haremos una pequeña diferencia, pero real, para ayudar a preservar la población de pandas gigantes. Y, como estoy segura de que Elyse te dijo, toda la temática va a ser en blanco y negro, así que será muy divertido. Patrick me lanzó una mirada extraña, pero para darle crédito, no mencionó que se trataba de la primera vez que había oído hablar de la fiesta panda—. Elyse horneará algunos bocadillos. Y, créeme, no quieres perderte su tarta de queso. Por lo tanto, si estás libre... —Dijo.

—Claro —dijo él, dirigiéndome una extraña mirada de nuevo—. Creo que podría ir.

—Genial. —Sus ojos se iluminaron—. Espera. Sólo déjame cobrar esto y luego te lo contaré todo sobre Oreo, el panda que estamos adoptando. Incluso puedo mostrarte una foto. ¡Ya verás que lindo! —Patrick cortésmente se hizo a un lado mientras el tipo del papel para fotocopias apiló el de la marca EverTree en la caja.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —Le pregunté, mientras Dina cobraba la compra y embolsaba el papel. Mi irritación debido a la lección de conducir aún estaba bastante presente—. No termino hasta las cuatro. Y simplemente no puedo salir de aquí. A veces el señor Goodman se pasa los fines de semana.

—¿Quién dijo que ibas a salir? Voy de compras. —Cogió un conejo Beanie Baby y sacudió su cabeza, cayéndose las orejas hacia abajo.

—Oh, ¿sí? ¿Por un conejo?

—No —dijo, bajando el conejito Beanie—. Nada de conejos hoy. Necesito un bolígrafo.

—Ayer te llevaste uno.

—Sí. ¿Sobre ése? —Él pasó sus dedos a través de sus rizos—. Es un poco demasiado grumoso.

—¿Grumoso? —Levanté mis cejas.

—Sí. Al como cuando se presiona hacia abajo la punta, la tinta se desparrama fuera. ¿Tienes algo que escriba realmente cool?

—De acuerdo —dije, tratando de evitar el tono burlón de mi voz—. Algo cool, no grumoso. Sígueme.

Patrick tardó siglos en el pasillo de bolígrafos, haciendo garabatos con diferentes bolígrafos en los pedazos de papel que el señor Goodman había dejado para ese fin.

—Este es muy bueno —dijo finalmente, levantando un bolígrafo WriteSmart—. Pero, ¿lo tienes en negro? —Busqué en el expositor y le di un bolígrafo negro.

—Toma.

—Whoa —dijo, saltando hacia atrás un poco—. Siendo hostil con los instrumentos de escritura. No estarás todavía furiosa por lo que aparcar en paralelo, ¿verdad? —Preguntó, tomando el bolígrafo con cuidado, como si pudiera haberlo mezclado con explosivos.

—¿Furiosa? ¿Por qué habría de estar furiosa? —repliqué.

—No lo sé —dijo—. Tal vez porque fui un poco imbécil al respecto. —Eso me tomó por sorpresa. Metió su nuevo bolígrafo detrás de la oreja—. He estado pensando en

ello, y mira, sabía que no ibas a golpear esos coches. Pero, supongo, eso no quiere decir que estés lista. Como dijiste, probablemente deberíamos haber practicado en un aparcamiento o algo parecido, primero. Lo siento. ¿De acuerdo? No haré algo como eso otra vez.

—De acuerdo —dije, mi ira se desvaneció tan rápido que no sabía qué decir ni qué hacer a continuación. ¿Por qué había estado tan enojada, en primer lugar? Ya casi no podía recordarlo—. Um. De todos modos —tartamudeé—, tengo que terminar la estantería, pero Dina puede cobrarte eso en la caja.

—Está bien. Pero, espera. —Él me detuvo—. ¿Me puedes antes ayudar con una cosa más?

—¿Sí?

—Tengo que comprar una tarjeta de San Valentín. —Ahora le llegó el turno a él de parecer avergonzado.

—¿Para tu novia? —Tal vez podría conseguir la información que Dina estaba buscando.

—No exactamente. —Sus mejillas se volvieron de una clase de color rojo, haciendo que sus pecas destacaran—. Todavía no, de todos modos. Simplemente una chica que conocí. —Miré, incluso demasiado rápido, en la dirección de Dina para ver si él había seguido mi mirada, pero él estaba ocupado mirando al suelo.

—Bueno —comencé—, tenemos una gran selección. —Le llevé a la sección de San Valentín, que estaba marcada por unas figuras absolutamente gigantes, y obscenamente brillantes en forma de corazón colgando del techo. “EL AMOR ESTÁ EN EL AIRE”. —Aquí es donde el romance ocurre. —Señalé las figuras, poniendo los ojos en blanco—. En mi opinión personal, casi todo en esta sección es nauseabundo, pero a muchas chicas les gusta este tipo de cosas.

Cogí una tarjeta con Tweetie bird³ en la portada. La abrí y leí:

—Tengo la suerte de tener un tweetheart⁴, que es atenta, adorable y maravillosa, también. —La metí de nuevo en la ranura—. Tweetheart no es ni siquiera una palabra real.

Cogí otra con una pintura de color pastel de una pareja bailando en la portada. La mujer llevaba un vestido rojo que caía fluidamente.

—“Mi querida, mi corazón, mi dama de rojo. Cuando estoy contigo, me siento inspirado. Feliz San Valentín.” —Cerré la tarjeta e hice una mueca—. ¿En serio?

³ Piolín

⁴ Novio/a, chica, nena, amor, amorcito, querido, corazón, corazoncito, enamorado/a...

¿Desde cuándo la palabra “rojo” rima con la palabra “inspirado”? Desde nunca. Pero eso es lo que encontrarás en la mitad de estas tarjetas. Es como si las empresas no pudieran permitirse el lujo de contratar a poetas que sepan rimar. Triste.

Patrick estaba sonriendo.

—Bueno, ¿qué pasa con esta? Las chicas piensan que esto es lindo, ¿verdad? —Me entregó una tarjeta con una foto de un bebé en una motocicleta.

—Cariño, enciendes mi motor. —Se la devolví—. Bueno, en primer lugar. Intolerable. No es lindo. Y, en segundo lugar, la tarjeta de broma es una salida fácil. Es como si estuvieras diciendo: “Me gustas mucho, pero soy demasiado gallina para, realmente, salir y decirlo, así que te estoy dando esta imagen de un bebé con un casco de moto en su lugar”. Una vez más, un poco triste.

—Sabes que no eres la mejor vendedora del mundo, ¿no? —bromeó, poniendo la tarjeta en su lugar.

—Oye —repliqué—, estoy tratando de hacerte un favor aquí. —Saqué una tarjeta con un sencillo corazón rojo en la portada, sobre un fondo de plata—. Este es la menos mala de las que tenemos. —Se la entregué y lo observé abrirlo.

—Está en blanco —observó.

—Exactamente —dije—. Si te gusta alguien, deberías preocuparte lo suficiente como para escribir tu propio mensaje. O, al menos, eso es lo que siempre he pensado.

Volteó la tarjeta para comprobar el precio, a continuación, la colocó en su sitio de nuevo.

—Lo pensaré un poco —dijo.

Dina había terminado con el tipo del papel y sostenía la imagen de Oreo, el panda, en el aire para llamar la atención de Patrick. Él le agitó un poco la mano para hacerle saber que estaría allí en un segundo.

—Por otro lado, sin embargo —añadí rápidamente—. Algunas chicas le gustan realmente las cosas cursis. —Esperaba que entendiera mi indirecta—. Acabamos de recibir esta adorable tarjeta con cachorros que llevan sombreros. A Dina, por ejemplo, le encanta. —Eso era un eufemismo. Ella, prácticamente, se había derretido formando casi en un charco de baba la primera vez que la había visto—. Puedo mostrártela mañana. Pero en este momento es mejor que vayas a conocer al oso —dije.

—De acuerdo —contestó—, y pagar esto. —Se deslizó el bolígrafo, que no dejaba grumos, de detrás de la oreja y se volvió para irse.

—¡Hey! —grité, consiguiendo su atención. Se detuvo—. Hazme un favor, ¿de acuerdo? No le prometas a Dina que irás a su fiesta a menos que realmente quieras decir eso.

—¿Por qué no iba a querer decir eso? —preguntó él.

—No lo sé. —Pensé en la chica para la que quería comprar una tarjeta de San Valentín, no era exactamente su novia. Si no era Dina de la que estaba hablando, no quería hacerle hablar de ella. Ella era demasiado sensible para ese tipo de cosas—. Sólo significa mucho para ella, ¿de acuerdo? Así que si dices que vas a ir, entonces aparece.

—Oh, allí estaré —dijo—. ¿Bocadillos negros y blancos? ¿Especies en peligro de bingo⁵? ¿Estás bromeando? Va a ser impresionante. Desde que me lo contaste todo ayer, he estado contando los días.

Le dirigí mi mejor mirada de disculpa.

—Sobre eso... —empecé, pero parecía él parecía haber resuelto ya el tema.

—No te preocupes —continuó—. Voy. No me la perdería. Será totalmente pandamonium. —Puse los ojos en blanco ante su estúpida broma, pero había algo en su tono que me tranquilizó. No había ninguna duda en mi mente: Patrick podría ser molesto, pero era, sobre todo, un chico decente. Podría asegurar que él quiso decir lo que dijo.

⁵ Son para un juego de mesa de adivinar.

Capítulo 6

Traducido por Xhessii

Corregido por Nony_mo

Fiel a su palabra, Patrick no me presionó tan fuerte en la lección de conducir esa tarde. De hecho, no hubo para nada de estacionamiento en paralelo. Me hizo conducir hacia la carretera —algo que hacía a mi pulso acelerarse más que incluso estacionamiento—, pero no fue tan desastroso. Debí haber revisado mis puntos ciegos unas diez veces, pero de alguna manera me las arreglé para manejar antes de que las líneas punteadas en la carretera desaparecieran.

También ayudó que, tan pronto como nos subimos en el carro, Patrick tomó un CD de la guantera y lo introdujo en el reproductor.

—Surely Sarah —dijo mientras la música iniciaba. Era algo suave, con muchas guitarras y apenas batería—. ¿Los conoces?

Sacudí mi cabeza. Cuando salía con Matt, él me llevó a unos cuantos conciertos de heavy metal. Los cantantes siempre estaban vestidos de negro. Usaban cadenas de plata que colgaban de sus bolsillos, saltaban de aquí para allá, y gritaban un montón. Por alguna razón, sentía como si debiera pretender que pensaba que era totalmente genial y asombroso. Pero realmente soy más del tipo del rock clásico. Cosas como Van Morrison y The Doors, los cuales mi tío Tom —quien tocaba el bajo en una banda de rock de adultos aficionados—, me había presentado. Además de eso, la única cosa que había escuchado —y no era una opción—, era el rock suave de la estación de radio que mi mamá siempre escuchaba, que era un setenta por ciento de Celine Dion.

—Deberías darles una oportunidad —dijo Patrick, subiendo el volumen—. Creo que en verdad te gustarían.

Para mi sorpresa, me gustaron. La melodía era preciosa, del tipo pegajosa, y sin darme cuenta de lo que hacía, solté mi agarre de muerte que tenía en el volante y empecé a tamborilear mis dedos al ritmo de la música. Para el momento en que había terminado con la lección, estaba tan relajada que hice el giro a la izquierda hacia nuestra calle —a través de dos veredas de tráfico— sin que ningún tipo de coches hicieran sonar sus bocinas detrás de mí por tomarme demasiado tiempo.

No hubiese sido una lección tan mala, si, de hecho, Patrick no hubiese querido que practicara mi reversa hacia el camino de entrada de la casa de su abuelo.

—Es muy fácil. Alinea el parachoques con la orilla del camino —instruyó.

Lo admitiré: sabía que mis llantas estaban torcidas, pero tenía hambre. Mi mamá siempre hacía pollo asado después de que compraba los comestibles cada sábado, y casi podía saborearlo, así que no me molesté en ir hacia delante para enderezarlas. Girando mi cuerpo para ver sobre mi hombro, le di al pedal del acelerador e ingresé a la entrada en un ángulo de 45°, aterrizando las llantas delanteras en el jardín entre ambas casas y golpeando el parachoques trasero cerca de dos pies del garaje de Patrick. Esto tal vez no habría importado, excepto por el sonido crujiente que oímos mientras me giraba. Un inocente arbusto en el lado del jardín delantero de Patrick, obviamente, había pagado el precio de mi impaciencia.

—Oh, Dios —dije, saliendo del carro para examinar la aplastada colección de ramitas—. Lo siento mucho. Le compraré a tu abuelo uno nuevo tan pronto abra el vivero, lo prometo.

Patrick soltó un suspiro mientras se agachaba y gentilmente levantaba una de las ramitas aplastadas. La dejó caer de nuevo a la nieve.

—Gracias, pero no creo que éste pueda ser reemplazado. Es un arbusto de Cerezo Japonés en flor. Son un poco raros.

Sentí que iba a llorar. Tenía que acabar con uno de los arbustos más raros y hermosos de toda la cuadra.

—Bueno, tal vez pueda ordenar uno por Internet, o algo así. Alguien debe importarlos. Encontraré uno. Lo juro. Te dije que apestaba dando reversa. —Mira a la destrozada masa de ramitas otra vez y suspiré—. Dios, soy una idiota. Sabía que no tenía el ángulo correcto. Debí ir hacia delante y enderezar las llantas, pero me sentía apurada. De verdad, de verdad lo siento.

Patrick se puso de pie, una sonrisa se asomó en su rostro mientras ponía una mano en la manga de mi abrigo.

—Elyse, relájate. Estaba bromeando —confesó—. Pero, por cierto, tienes razón. Sólo necesitabas ir hacia adelante un poquito para enderezar tus llantas. Aparte de eso, lo estás haciendo muy bien. No es un arbusto de Cerezo Japonés en flor. —Me congelé, y luego quité mi brazo—. Es una clase de mala hierba. También hay en el patio trasero. Huelen como pies y tienen esas condenadas espinas en el verano. Puedes chocarla de nuevo si quieres.

Lo miré en shock. No podía creer lo que me había hecho. *¿Cómo era posible que alguien pudiera ser a veces tan lindo y otras tan molesto?*

—Oh, Dios —dijo, atrapando mi mirada—. Estás molesta conmigo otra vez —Jaló su sombrero hasta sus ojos, luego lo subió un poquito, mirándome, tratando de ser lindo—. Me odias. Otra vez. No debí haber dicho eso. Es solo que, te veías tan seria. Tenía que tomarte el pelo. Está bien. Yo soy el idiota.

No estaba en desacuerdo.

—Te veo mañana —dije en cambio, dándole una pequeña y apretada sonrisa. Estábamos a menos de doce días para mi prueba de manejo. Lo necesitaba, y de nada sirve estar molesta todo el tiempo, incluso si era indignante—. Y, gracias por la lección —agregué, con un poco de generosidad pensé—. No fue tan malo.

Él asintió.

—Lo tomaré como un cumplido, supongo. Y, oye, la próxima vez, si enderezas las llantas, las pincharás. Y luego serás, como, la Baryshnikov de la reversa.

Me giré para que no pudiera verme sonreír y empecé a caminar hacia la casa.

—Oye, espera —dijo. Me detuve, uno de mis pies se hundió en un banco de nieve entre los caminos de nuestras casas—. Es acerca de esta Fiesta Panda. ¿Vas con alguien?

O bien, dijo algo acerca de mi total falta de interés en las citas, o el hecho de que mis nervios seguían un poco disparadas por el incidente del raro arbusto japonés... pero ni siquiera entendí la pregunta.

—Depende de si paso mi examen de conducir. Sigo apostando que es una oportunidad de cincuenta—cincuenta. Si fracaso... sin ofender a tus habilidades de enseñanza. Puede que le diga a mi mamá que me lleve.

—No. Me refiero a, ir con alguien. Alguien como, ¿tu novio?

De hecho, me reí.

—Oh, oh. Me refiero... No... No tengo novio. No salgo con nadie. Pero estoy segura de que puedes llevar a alguien si tú quieres —dudé, sabiendo que si iba con otra chica echaría a perder por completo el día de San Valentín de Dina—. Pero, de nuevo, Dina probablemente necesite un montón de ayuda para acomodar y todo lo demás. Si no llevas una cita, tal vez puedas ayudar más.

—Seguro —dijo él—. Sí, no hay problema. No voy a ir con nadie. Y soy bueno sirviendo papas fritas en los cuencos y poniendo banderolas y todas esas cosas. —Se inclinó y agarró un montoncito de nieve, dándole una forma de bola, y luego lo tiró suavemente a la puerta del garaje de su abuelo—. ¿Cómo no puedes tener un novio? —Preguntó, agachándose para recoger más nieve—. ¿Es tu mamá muy estricta o qué?

—No. —Moví los dedos dentro de mis botas para mantenerlos calientes—. No, confía en mí. Mi mamá amaría el hecho de que salga con alguien. Cree que estudio demasiado. No tengo citas porque... —Me detuve. Sólo conocía a Patrick desde hace tres días. Él no necesitaba escuchar los detalles sangrientos del rompecorazones de Matt Love—. Es complicado —finalicé—. O, no. Espera. No es tan complicado. Los

hombres son unos cerdos. —Me di cuenta un segundo demasiado tarde de que acababa de insultar a la mitad de nuestra especie—. Bueno, especialmente, los chicos de la escuela. Me refiero, no todos. Obviamente. Pero sí el noventa y ocho por ciento.

—¿Es un hecho científico? —preguntó.

—Más o menos —respondí.

—Bueno, ¿qué hay del otro dos por ciento?

—El otro dos por ciento es difícil de encontrar.

—Aunque existe —respondió.

—Cierto —dije sarcásticamente, cuando salí del banco de nieve y levanté, con la puntera de mi bota, una rama totalmente aplastada, completamente nada de una rara hierba sino una mala hierba con espinas—. Creo que de hecho conocí uno.

Tenía el domingo libre, así que mi mamá y yo pasamos el día desempacando las últimas cajas. Era bueno —aunque un poco extraño— ver todos nuestros libros alineados en los estantes, y nuestras fotos en la nueva chimenea. Incluso cuando la casa era más pequeña que la anterior —con pisos de madera que crujían y rechinaban, grietas de yeso, ventanas antiguas que terminaban en un proyecto—, se veía más como una casa.

—Mira esto —dijo mi mamá, acercándose por el pasillo. Estaba sosteniendo algo enroscado en la palma de su mano—, lo encontré entre las tablas del piso del ático mientras estaba acomodando las cajas.

Dejé las toallas, que había estado doblando, en el clóset de ropa de cama y fui a ver. Era una cadena delgada y manchada con un pequeño pendiente en ella.

—Creo que es un ópalo —dijo mi mamá, inclinando la piedra iridiscente azul a la luz. Tenía forma de corazón—. Debió haber pertenecido a los antiguos propietarios. Pero no dejaron una dirección de reenvío. Es tuyo si lo quieres. —Abrió mis dedos y dejó caer el collar en mi mano—. Hay un poco de pulidor de plata debajo del fregadero.

Usualmente no usaba joyería —especialmente cosas con forma de corazón—, pero había algo lindo, dulce y simple en el collar que no me hizo odiarlo. Lo puse en mi bolsillo, planeando limpiarlo después.

Mi mamá se metió en su dormitorio y salió con la ropa sucia.

—Voy a poner una carga de ropa antes de que empiece a pintar el baño —dijo—. ¿Tienes algo que quieras lavar?

—No —dije—. No en realidad —Mi mamá empezó a caminar por el pasillo con la ropa sucia, y es cuando noté el polvo del ático en su pelo; el hundimiento de cansancio de sus hombros. Habíamos estado en habitaciones separadas así que no estaba segura, pero no puedo recordarla que se detuviera en algún momento del día para comer algo, o para sentarse. Y estaba segura de que todavía no se había tomado el tiempo para ducharse—. Oye, Mamá —dije—. ¿Por qué no dejas el baño? Podemos vivir un día más con el verde vómito. —Era difícil de entender como alguien había escogido ese color para comenzar. Hacía que quien entrase al baño se sintiese como si tuviera gripe en el estómago—. Podemos rentar una película. Algo sin cerebro, como una comedia romántica. Haz un poco de palomitas. Toma un descanso por hoy.

—¿Quieres rentar una comedia romántica? —preguntó mi mamá, alzando sus cejas dudosamente.

En realidad, no quería. Odiaba todo lo de “un chico conoce a una chica, se enamoran pero. ¡Oh! No pueden estar juntos porque puede pasar algo terrible, pero en realidad es muy fácil de resolver los malentendidos” con argumentos que siempre terminaban felices para siempre con un beso apasionado y una boda, pero sabía que eran las favoritas de mi mamá así que...

—Sí. Eso quiero —dije.

—Espera —Ella estaba sonriendo—. Pondré la lavadora, peinaré mi cabello, y tomaré las llaves del carro. Hay un Video 411 en la Esquina Carson.

Gran error. Una hora más tarde, estaba en el infierno cursi de una historia de desamor.

—Oh, no puedo mirar —dijo mi mamá, cubriéndose los ojos—. Él va a ver a la otra chica usando el mismo suéter, y creo que es su prometida. Y también hacen una linda pareja. ¿No crees que fue romántico cuando el avión escribió en el cielo su propuesta de matrimonio?

Pensé que era una clase de broma, pero mi mamá estaba obviamente disfrutando su película, y no quería arruinárselo. Agarré un montón de palomitas y las metí en mi boca.

—Sí, es romántico —dije no muy convencida mientras continuaba masticando.

Un sonido de zumbido venía del sótano.

—Oh, el ciclo de lavado ha terminado —dijo mi mamá, levantándose—. No le pongas pausa. Ahora vuelvo. —Regresó del sótano cinco minutos después con la primera carga de ropa limpia, la que dobló mientras miraba a la protagonista femenina llorar sobre un capuchino con su mejor amiga. Luego, tan pronto terminó eso, mi mamá miró que el espejo sobre la repisa de la chimenea estaba sucio—. Puedo limpiarlo y mirar la película al mismo tiempo —dijo, levantándose por Windex y por toallas de papel. Para el momento en que la pareja estaba llegando al final del montón de

suéteres similares/identidades equivocadas discutiendo a de gritos en Central Park seguidos por: —¡Sorpresa!— un beso romántico para terminar en ¡Sorpresa!

En el día de Boda, mi mamá ya había quitado todo el polvo. Tanto para que ella tome un descanso. Suspiré y tomé un trapo de limpieza mientras los créditos salían. Si no podía golpearla, mi única opción era unirme a ella. Limpiamos hasta las diez de la noche y las dos caímos en la cama exhaustas.

De alguna manera, era casi un alivio ir a la escuela la mañana siguiente. Al menos en clases me podía sentar y tener un momento silencioso para mí.

Pero la tranquilidad no duró mucho. Dina comenzó a gritar el mismo segundo que la vi en el pasillo entre Matemáticas y Química.

—¡Mira! —dijo ella, tirando de un trozo de papel de su bolsillo—. Ya lo tengo. El sábado. Estás haciendo el pastel de queso ahora. No hay excusas. Y las galletas de molino. Me puedes pagar de tu próximo cheque la donación de veinticinco dólares al rescate de Panda, si lo deseas. O incluso después de eso. Estaba tan nerviosa que pensé que me iba a desmayar. Quería decirte, pero ustedes se fueron juntos para tu lección de conducir. Así que decidí esperar hasta que te viera en persona hoy, pero me ha estado matando. —Tomé el pedazo de papel que agitaba con entusiasmo y examiné el número de teléfono escrito en él con tinta negra con gran nitidez—. Le di mi número, también. Dijo que me llamaría esta noche si no tienen la oportunidad de verme primero en la tienda.

—¿En serio? —Le devolví el papel, una sensación rara y pesada llenaba mi pecho.

—Sí. Vamos a hablar un poco más de la fiesta.

—¡Dina, es fantástico! —dije, mordiéndome el labio. Sacudí mi cabeza. ¿En serio? ¿Qué está mal conmigo? Como le dije a Patrick, no tenía citas; además, inclusive aunque él fuera un chico lindo, me pone de nervios cada vez que se burla de mí —que era a menudo—; además, lo quería con Dina. Todo iba completamente de acuerdo al plan, por una vez—. Eso es realmente, realmente impresionante.

Era tan impresionante, que de hecho, me sentí “genial” durante todo el día. Estuve abatida todo el camino a Química y apenas comí algo de mi ensalada César en el almuerzo mientras que Dina y sus amigas Carly y Cara planeaban las decoraciones y pensaban en los juegos temáticos de la fiesta Panda. —Piñatas panda, ponle la cola al panda y pasa el regalo panda sólo eran unas de las tantas cosas que harían el Día de San Valentín—.

Y me sentí cerca de diez veces más impresionada cuando, a mitad de nuestro turno en la tienda, el bolsillo de Dina comenzó a zumbiar y, por una vez, resultó no ser Damien.

—Patrick —dijo Dina, sus ojos se agrandan; una gran sonrisa apareció en su rostro—. ¿Cómo estás? ¿Llamas desde Keyhole? —Escuché durante unos segundos—. ¡Oh, no! Ooooooh. Pobre de ti —le susurró en el teléfono—. ¿Qué está mal? Oh, oh. —Hizo girar un mechón de pelo alrededor de un dedo—. Oh, Dios mío. Oh, oh. —Cambió el teléfono de un oído al otro—. Está bien, voy a decirle. Siéntete mejor. Te llamaré mañana, ¿de acuerdo? Adiós. —Guardó su teléfono—. Ése era Patrick —dijo, como si no fuera terriblemente obvio que había estaba escuchando cada palabra de la conversación—. Tu lección de manejo de esta noche se canceló. Está enfermo.

—Oh —dije—. ¡Sí! ¡No hay manejo! Oh, me refiero a que, oh no. Es una mierda que esté enfermo. ¿Qué tiene?

—Tiene la enfermedad de Lyme.

—Estás bromeando.

—No, eso es lo que dijo. Suena muy serio. Elyse, estoy muy preocupada por él.

—Sí —dije—. Sí, también yo. —Excepto que en realidad estaba más confundida que preocupada. Nunca antes escuché de nadie en Middleford que tuviera la enfermedad de Lyme, y definitivamente, nunca había escuchado de nadie que la tuviera en Febrero. ¿No era transmitida por las garrapatas de los ciervos? No había ningún ciervo en la ciudad, e incluso si los hubiese, ¿las garrapatas no estarían ocupadas haciendo sus nidos, observado el canal de los ciervos por su “televisión garrapata”, jugando juegos miniatura de póker de garrapatas, o haciendo cualquier cosa que las garrapatas de los ciervos hacían para pasar el tiempo hasta el verano?

—Si toma una tarjeta para él —dijo Dina—, y tal vez unos globos, ¿te molestaría llevarlos a su casa por mí? Te debería una grande.

—Claro que no me molesta —dije—. Sabes que soy muy feliz de ayudarte a flirtear.

No podía superarlo. Dina había dejado pasar dos días enteros sin mandarse mensajes con Damien. Era un nuevo récord, y a pesar de mi rara reacción a las noticias de que ella y Patrick habían intercambiado números, no iba a desalentarla.

En retrospectiva, la única cosa que deseaba es que la animara a ir con una bonita tacita decorativa de “Mejorate Pronto”, o tal vez una carita sonriente personalizada para su llavero para animarlo. Cualquier cosa, pero no el gran montón de globos de helio verdes que juntó, con los cuales gasté la siguiente media hora para que no golpearan a los extraños en la cabeza mientras iba en el autobús a casa. De hecho, para cuando llegué a nuestra calle, no podía esperar para deshacerme de esas estúpidas cosas. Estaba planeando ir directo a la casa de Patrick y tratar de descubrir como misteriosamente había contraído la enfermedad de Lyme en Febrero, pero mi mamá estaba llegando al camino de la entrada de la casa. Salió del automóvil y empezó a mover sus brazos frenéticamente.

—¡Elyse! —dijo—. Ven a la casa. Trae los globos. Tenemos que celebrar. No puedes creer lo que me pasó hoy en el trabajo.

Capítulo 7

*Traducido por *ΣἰῴΣ YosbeΣἰῴΣ**

Corregido por katty3

Mi mamá me hizo quitar el abrigo e ir a la cocina antes de que pudiera decirme nada.

—Deberías sentarte —dijo ella, acercándose una silla.

Mi mente estaba corriendo, tratando de figurar qué podía haber pasado en el trabajo que la pusiera tan emocionada. ¿Le dieron un gran aumento? ¿La administración del spa le había ordenado la nueva, ergonómica silla perfecta que ella pidió? ¿Meg Ryan entró y le dio un autógrafo antes de hacer una cita de depilado en la área del bikini?

—No, no espera. Deberías pararte —dijo mi mamá—. No. Espera. No importa. Sólo te diré.

Ella casi gritó.

—¡Nos vamos a México!

—¿Qué?

—Cancún, México. —Sacó un folleto de su cartera y lo puso sobre la mesa. Reconoció de inmediato a la pareja en bikini en la parte frontal, tomando sus bebidas rosa neón. Eran los mismos que se me habían burlado mientras temblaba en la parada de autobús fuera del centro comercial.

—El resort se llama Hotel Del Mar. Es un hotel cinco estrellas. Diez días, nueve noches, todos los gastos pagados. Ellos lo llaman “Refugio del Amor”, pero no necesitas ir en pareja. Sol, arena y surf. Nos vamos pasado mañana.

—¿Qué? —dije otra vez.

Las noticias que me estaba tratando de decir no tenían sentido de muchas maneras.

¿México? ¿Pasado mañana? ¿Cinco estrellas? ¿Nosotras? ¿Mi madre y yo, quienes en las últimas vacaciones, no sé cuántos años atrás, había incluido manejar tres horas en la autopista a ese parque de dudoso aspecto llamado Story Book Land, y quedarnos en un motel que apestaba a cigarrillos y no tenía aire acondicionado?

—¡He ganado el viaje del gran premio! —exclamó—. En la lotería del día de apreciación de personal.

—¿Qué? —repetí.

Era como si todas las demás palabras me hubiesen dejado.

—¡Lo sé! —dijo ella—. Nunca gano nada.

Ninguna de nosotras lo hacía. Era como una maldición familiar. La mitad del tiempo cuando era una niña ni siquiera obtenía el premio de la caja de cereal que prometían.

—Ni siquiera compré un boleto y, aun así gané.

—¿Qué? —dije, hasta que me di cuenta, añadiendo— Me refiero, ¿Cómo es eso posible?

—Fue Valter.

—¿Valter? ¿Valter besa-traseros? —pregunté.

Mi mamá me lanzó una mirada de desaprobación, pero luego me sonrió. O sea, ella ganó un viaje de diez días a México. ¿Quién no estaría de mejor humor que de costumbre?

—Estaba en la fila detrás de mí en el guardarropa, y me preguntó si no había comprado mis boletos de la rifa todavía. Le dije que no me preocupaba por eso. Pero él dijo que todo el mundo merece una oportunidad en el gran premio, así que compró un boleto y le puso mi nombre. ¿Puedes creerlo? La gente gasta cientos de dólares en boletos, y yo tuve el ganador. Le dije a Valter que él debía ser un amuleto de la suerte.

Bueno, al menos tenía mucho a su favor. Se necesitaría toda la suerte que podría conseguir en la vida con un nombre así. Sabía que no debía decir nada de eso en voz alta, sin embargo.

—Mamá, esto es increíble —, dije en su lugar.

—Lo sé —continuó mi mamá—. Valter es el hombre más amable. Traté de llevármelo de vacaciones, ya que pagó por el boleto, pero él se negó. Dijo que debía llevar a mi hermosa hija.

—¿Tienes una hermosa hija? —dije viendo sobre mi hombro, como si estuviese parada detrás de mí.

Mi mamá no se rió. El humor autocrítico estaba en su lista de cosas que no encuentra gracioso, justo después de burlarse de los nombres de las personas, al parecer.

—Tengo la más hermosa hija —, respondió seriamente, luego fue directamente de vuelta a su modo nervioso—. La más hermosa hija que necesita un bañador. ¿Y tus sandalias del verano pasado todavía te sirven? Oh dios mío, tenemos que asegurarnos de que tu pasaporte todavía esté actualizado. Tendrás que llamar al Sr. Goodman y pedirle tiempo libre. Y dejar que sepan en tu escuela. Tendremos que poner otra cita para el examen de manejo también, supongo. Espero que a Patrick no le importe si te tomas un tiempo libre de las lecciones.

Me pasó el teléfono inalámbrico junto con el sobre de mi último cheque de pago. Señaló el número de tienda.

—¿Por qué no empiezas con el señor Goodman?

Y allí es cuando nuestra suerte, o la mía, al menos, tomaron un giro para lo peor. Honestamente, debería haber estado esperándolo todo el tiempo. Diez días de viaje a México no solo cayó del cielo en mi vida.

—Elyse, sabes que amaría darte tiempo libre —dijo el Sr. Goodman después de explicarle la situación—, pero con el Día de San Valentín próximo, no puedo entrenar nuevo personal ahora. Así mismo, apenas tengo suficiente gente para cubrir los turnos.

Al mismo tiempo, mi madre camino a la cocina examinando mi pasaporte, con una expresión desbastada en su cara. Incluso a través del cuarto, podía darle un vistazo a la foto de cuando tenía cinco años, lo que significa que estaba hace mucho tiempo expirado. No estaba segura de cuánto tiempo tomaba para hacer uno nuevo, pero tenía un presentimiento que era más de un día.

—Está bien, Sr. Goodman —dije—. Entiendo completamente.

Seguro, mi corazón se estaba hundiendo un poco, pero solo un poco.

Me gustaban las playas y el sol, tanto como cualquiera y sería genial para escapar, especialmente si ello significaba evitar todo el asunto de San Valentín, pero tal vez era lo mejor. Siempre me insolaba. Tenía una prueba de química el viernes que ya había comenzado a estudiar, y un proyecto dual de estudio social el martes. Y, a pesar de que lo estaba temiendo, era mejor tener mi examen de manejo fuera del camino, que pasar más tiempo obsesionándome con él. Además, Dina quizá nunca me perdona si no hago la torta de queso...

—Tal vez hagan una excepción contigo en la aduana por tu pasaporte, —intentó mi mamá—. ¿Si les explicamos que gané el viaje en un corto plazo? Y siempre puedes renunciar a Goodman's y encontrar otro trabajo cuando regreses.

Me senté frente a ella.

—Mamá —dije razonablemente—. No lo creo. Si dejo Goodman's me podría tardar siglos en encontrar algo nuevo. Nadie en el centro comercial está contratando ahora. ¿Y los de aduana siempre son estrictos con cosas como el pasaporte?

—Bueno, entonces. —Ella tomó un respiro profundo y alcanzó el teléfono—. Puedo llamar a Valter y decirle que eso es todo. Que no podemos ir. Tendrá que tomar los boletos entonces.

—No, mamá. Espera. —Puse mi mano sobre la de ella para que parara de marcar—. Tengo diecisiete años. Puedo hacerlo luego. Ve tú.

Ella me dio una mirada dubitativa.

—Lleva a Carolyn. —Mi mamá y su mejor amiga han tramado esto por décadas, cuando sus hijos hayan crecido, tomarían un viaje de chicas a alguna isla del Caribe. Ahora era obviamente el momento—. O a la tía Sarah. Estaré bien aquí. Te lo juro.

—No lo creo, Elyse. Carolyn probablemente no pueda tomar tiempo libre del trabajo en tan corto plazo de preaviso, y Sarah va al lanzamiento del CD del Tío Tom el miércoles en la noche.

—Entonces ve con alguien más.

—¿Con quién más puedo ir?

—No lo sé. Cualquiera... Eso no importa. Solo ve.

—Si te dejas aquí por tu cuenta... ¿Cómo irás al supermercado?

—Mamá, se dónde queda...

—¿Qué pasa si algo no funciona en la casa?

—Puedo usar el teléfono al igual que tú para llamar a un técnico...

—Es posible que te sientas sola.

—Saldré.

—Te extrañaré.

—Te extrañaré también. Pero, mamá, ¿cuándo vas a tener una oportunidad como esta otra vez? ¿Y cuándo fue la última vez que tuviste unas vacaciones reales? Además, después de lo duro que han sido estos meses... esto será bueno para ti. De verdad, es tiempo de que hagas algo para ti. —Ella meneó la cabeza como si hubiese mucho que considerar, y alejó su mano, tomando el teléfono con ella. Alcanzó las páginas blancas en la estantería de cocina, hojeó, y marcó un número.

—Hola. ¿Es Valter? —dijo al teléfono.

Suspiré pesadamente.

—Es Ulrich Michelle.... Del trabajo. Bien, bien. ¿Y tú? —hizo una pausa—. Mira, estoy teniendo un poco de problemas con esos boletos de viaje de la rifa. Mi bella hija no puede pedir tiempo libre del trabajo. —Me sonrió a través de la mesa—. Es infortunado, lo sé.

Me puse de pie, empujando la silla de la mesa estruendosamente.

¿Por qué mi madre tiene que ser tan obstinada acerca de esto? Yo era perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Ella debía saber eso ahora. ¿Cuándo había actuado de manera irresponsable? ¿Por qué tenía que ir y arruinar la única cosa buena que le había pasado últimamente, solo por mí?

Abrí el refrigerador y saqué un yogurt, tirando de la tapa con ira.

—En fin, como sea, me estaba preguntando —, comenzó mi mamá—. Esto va a sonar como una invitación extraña, pero tengo dos boletos. ¿Qué tal si vamos juntos? —Me detuve con la cuchara a mitad de camino de mi boca. ¿Había escuchado bien?— Solo me parece justo que vengas, desde que pagaste el ticket de la rifa en primer lugar. Estaría feliz de pagar un cuarto extra de hotel, por supuesto... ¿De verdad? —dijo mi mamá, con su cara convirtiéndose en una gran sonrisa—. Bien. Entonces eso suena perfecto. Llámame de vuelta cuando estés seguro. Aquí. Déjame darte mi número.

Para el momento en que mi mamá había colgado, mi boca estaba colgando abierta completamente.

—¿Sabes qué, Elyse? —dijo—. Creo que quizás tengas razón. Tal vez es tiempo de que haga algo para mí.

Valter Bigaskis llamó de nuevo dentro de la hora para decir que todos los detalles estaban confirmados. Había reprogramado las citas de masaje sueco de sus clientes. Las estrellas se habían alineado.

—Genial —dije, copiando el mensaje.

Mi madre se había precipitado al centro comercial antes de que cerrara. La cinta elástica en su traje de baño, que no podía recordar cuándo lo había usado por última vez, estaba extendida, y necesitaba una toalla de playa nueva, protector solar y una maleta más, sólo por nombrar algunas cosas.

—Se lo haré saber.

—Tu madre —dijo Valter con un acento pesado— es como un ángel. ¿Sabías eso?

—Umm —dije. No estaba acostumbrada a extraños suecos hablándome de mi madre. No estaba segura si me gustaba—. Sí, supongo...

—Ella no ha estado en el spa ni siquiera una semana y ya ayuda a todo el mundo. Los cuida. Si ellos necesitan un café, ella lo va a buscar. Si necesitan hablar, ella escucha. Nadie mejor se merece estas vacaciones. Me siento honrado de ir con ella al “Refugio del Amor”.

—Bien —dije, solo queriendo colgar el teléfono—. Le diré eso. Ahora adiós.

—Si —dijo Valter—. Ahora adiós. Y espero conocerte pronto. La bella hija de Meechelle.

—Muy bien —dije torpemente—. Adiós.

Mi alivio inicial y emoción de que mi mamá se fuera de vacaciones a México se había convertido en una rara aprensión. ¿De verdad quería que mi “angelical” madre fuera al “Refugio del Amor” con Valter el masajista Sueco? ¿Y si la pasaban muy bien y se hicieran amigos de toda la vida y empezara a venir a la cena de Navidad cada año? O, peor ¿si se enamoraran? ¿Y se casaran? ¿Y si tuviese que cambiar mi apellido a Bigaskis.

Agarré el montón de globos verdes de Dina y me puse el abrigo, planificando ir a la casa de Patrick. Tal vez si tuviese suerte podía agarrar la enfermedad de Lyme antes del miércoles y mi mamá decidiera quedarse en casa después de todo.

Excepto que, al segundo en el que vi a Patrick, sabía que mi plan estaba destinado a fallar. Porque al menos que las personas que sufran la enfermedad de Lyme lucieran totalmente bien y uno de los síntomas fuese un extraño deseo de bailar alrededor de la cocina agitando utensilios, Patrick estaba totalmente fingiendo.

Él era un bailarín muy decente, tuve que admitir. Llamé a la pequeña ventana en la puerta de atrás, capturándolo cantándolo con una espátula y asustándolo de muerte. Podía ver el sonrojo en sus mejillas incluso aunque estuviese a mitad del cuarto, pero no me sentí tan mal. Después de todo, me había visto haciendo el scuba⁶ en la ventana de mi sala de estar cuando yo no sabía que él me estaba viendo, y eso era igual de vergonzoso.

—Feliz Enfermedad de Lyme —dije empujando el enorme ramillete de globos a través de la puerta tan pronto como él la abrió—. Tienes un aspecto terrible.

Se sonrojó aún más.

—Bien —dijo él bajando la cabeza un poco mientras apagaba la música, que había reconocido al instante.

⁶ scuba: Cuando se colocan en el puño delante de la boca y la otra mano se coloca al lado de la cabeza con el dedo levantado, para simular la máscara de buceo

Era “*Gloria*” de Van Morrison. Siempre me hacía bailar por ahí como una idiota también.

—Así que he sido atrapado.

—Muy atrapado.

Observé la desastrosa escena en la cocina. La mitad de las puertas de los armarios con paneles de madera estaban muy abiertas, tazones, ollas y sartenes derramados en el suelo, el fregadero estaba lleno de dos montañas de platos apilados; y había harina por todas partes, en el tablero lleno de manchas marrones y blancas, en el suelo de linóleo agrietado y en los calcetines de Patrick.

También, algo se estaba quemando tremendamente.

—Tal vez quieras hacerte cargo de eso.

Señalé hacia el inmenso, antiguo horno. El humo estaba comenzando a salir de la ventilación debajo de la hornilla trasera.

—Oh Dios.

Patrick abrió la puerta del horno y alcanzó la bandeja de galletas.

—Espera, —grité, pero ya era muy tarde.

Ya la había tocado. Con sus manos desnudas.

—¡Auch! —Gritó él, saltando alrededor—. Au au au au au.

—Aquí.

Abrí el grifo de agua fría en el fregadero, agarré su brazo y empujé su mano debajo. Luego agarré los guantes de la cocina y saqué la bandeja, sacudiendo el vapor con mi mano libre al mismo tiempo. La bandeja estaba cubierta con una masa grumosa negra de algo que parecía de asfalto.

—Son galletas —dijo Patrick—. Harina de avena con pasas. O, lo eran.

Me acerqué y miré su mano. Dos de sus dedos estaban un poco rojos, pero no había ampollas.

—Creo que estarás bien —dije—. Pero quizás quieras ponerte un poco de Polysporin⁷ después si se pone rojo.

⁷ polysporin: es una crema tópica antibiótica usada para el tratamiento de heridas leves

Solté su mano, luego me acerqué a empujar el borde de “las galletas” con la espátula de Patrick. La pasta se había compactado toda en una mega galleta.

—Hey —disparó—. Soy un principiante aquí. ¿Un poco de ánimo? —De repente me lamentaba el haberme burlado de él, especialmente a la luz de lo paciente que había estado conmigo en el coche el día anterior—. Deberías verme en las clases de manualidades. Puedo construir la casa para pájaros de mis sueños. Pulí el remo de mi canoa tan bien que el profesor no podía ni siquiera encontrar las grietas en la madera... Pero esto... —Me quitó la espátula y empujó a las galletas ennegrecidas—. Esto no es nada como trabajar la madera.

—Bueno —dije, buscando en mi cerebro algo positivo para decir—. Definitivamente las cocinaste muy fuerte.

Patrick se rio, y fue a arrojar la espátula al lavabo.

—Me alegra que pienses eso —dijo él—. Son para ti.

Lo observé fijamente

—Para compensar toda la cosa del arbusto flor de cerezo japonés. Me sentí mal. ¿Bien? Esto se supone que era mi ofrenda de paz.

Era más que una pequeña sorpresa.

—¿Pretendiste tener la enfermedad de Lyme para poder quedarte en casa y cocinarme galletas?

—No exactamente. Mi amigo Jax de Keyhole necesitaba algunos turnos extras en el trabajo para cubrir algunas cuentas. Llamé y dije estaba enfermo para que pudiera tomar las horas. Además, me supuse que no querías ir conmigo hoy... Después de lo del estacionamiento y el arbusto. Lo de la enfermedad de Lyme estaba revoloteando por mis pensamientos, —señaló una bolsa de limones que estaba en el alféizar de la ventana—. Nunca he sido un buen mentiroso. —Hizo un gesto a una silla de la cocina—. Toma asiento. Te traeré un poco de jugo o algo así.

—No. Gracias, pero de verdad, no puedo quedarme. Mi mamá simplemente ganó un loco viaje de diez días a México, así que debo ayudarla. Se va el miércoles. Solo vine para traerte estos globos. Y ésta tarjeta. —Se la extendí—. Son de Dina —le expliqué.

—Y tuya.

Él ya había rasgado el sobre abierto.

—¿Huh?

El me enseñó una firma que decía “Elyse” en una caligrafía grande, descabellada, nada como la mía.

—Oh claro —dije, no queriendo hacer lucir mal a Dina, a pesar de que tenía toda la intención de matarla al día siguiente. Si ella estaba planificando falsificar mi firma, lo menos que podía haber hecho habría sido para avisarme—. Se me olvidó. Es mía también.

Él sacó la tarjeta. La cubierta tenía un cuadro de un conejo vestido en un guardapolvo de laboratorio.

—El Dr. Bunny piensa que no es divertido cuando tu nariz moquea —leyó, luego abrió la tarjeta—. “Espero que vayas hacia el camino de una recuperación pronto”. —Metí mis manos en los bolsillos de mi chaqueta, deseando poder desaparecer de la cocina y no estar asociada con la embarazosa tarjeta de conejo. ¿No podía haber escogido algo con un paisaje agradable neutral en ella?

—Una tarjeta de broma, —observó, como considerando que era lo que podía significar—. Pero, en realidad rima. Gracias. —Miré hacia arriba, esperando que se burlara de mí, pero sonrió pareciendo sincero.

—Si bueno. Dina la eligió, —le expliqué rápidamente—. Ella estaba preocupada por ti de verdad. Los globos fueron su idea también. —Lo golpeé en la cabeza con uno de ellos. Él me lo rebotó. *Reflejos rápidos*. Tal vez eso explicaba porque era un buen conductor—. Tú sabes, verde lima, para la enfermedad de Lyme.

—Eso es muy dulce de su parte —dijo Patrick, dándome una extraña mirada.

—Ella es una chica muy dulce —dije.

Un raro silencio nos invadió por unos pocos segundos hasta que oportunamente el sonido del temporizador del horno lo interrumpió.

—En fin —continúe—. Como dije, mejor me voy. Gracias por el intento con las galletas. No necesitabas hacer eso, sabes. No estaba tan molesta.

—Si lo estabas —dijo él—. Y, si lo hice. Tenía que probarte que estoy en el otro dos por ciento.

Me tomó un segundo en darme cuenta de lo que él estaba hablando

—Tú sabes, no soy un cerdo. Excepto, supongo que no resultó muy bien. —Tomó un cuchillo de mantequilla y trató de hacer palanca en la esquina de la masa de la galleta ennegrecida en la sartén—. Además, ahora está la cuestión de que mentí sobre lo de tener la enfermedad de Lyme por lo cual me siento mal también. No puedo creer que me hayas traído globos.

—La mayoría de Dina, —le recordé rápidamente. Pero no estoy segura que me haya escuchado. Él ya estaba alcanzando su libro de cocina.

—No puedo entender qué fue mal. Tal vez usé mucha mantequilla derretida. Decía el cuarto de una taza, pero parecía seco, así que puse extra. Luego lucían pastosas, así que puse más pasas. O tal vez es porque no tamice la harina. ¿Cómo se puede tamizar la harina, de todos modos?

—Probablemente fue la mantequilla —dije, abriendo la puerta trasera de un golpe.

—Sí. Probablemente —dijo pensativo. Tiró el libro de cocina sobre la mesa—. Sabes, yo estaba equivocado. Hornear no es como estacionarse en paralelo. Es más difícil.

Mi mamá llegó del centro comercial una hora después, con un nuevo bañador. Estaba cubierto de brillantes flores anaranjadas y rosas; y tenía un sorprendente escote, pero parecía tan entusiasmada, que traté de no levantar las cejas.

—Es un poco atrevido ¿no? —Dijo con un brillo extraño en sus mejillas que estaba bastante segura de que no tenía nada que ver con la temperatura —18 con el factor del viento—.

—Siempre puedes llevar un abrigo sobre él, —sugerí—. Y los colores son agradables y brillantes. Armonizarás con el follaje mexicano.

Después de eso, fui arriba para comenzar con mi tarea y dejar que hiciera sus preparaciones y empacar. Eran casi las nueve y estaba a punto de terminar de estudiar para mi examen de química e irme a la ducha, cuando escuché la campana de la puerta.

Mi mamá subió unos minutos después.

—Patrick el vecino dejó esto para ti —dijo ella, golpeando la puerta de mi cuarto mientras me quitaba la toalla de turbante que tenía en mi cabeza—. Limpia la calzada y también hornea. Te dije que era un buen chico. Creo que querrás una antes de ir a la cama. —Ella tomó una galleta y probó un bocado—. Todavía están calientes. De verdad, Elyse. Es tan dulce. ¿Por qué no lo llevas a esa fiesta que Dina tendrá? Podría ser divertido.

Traté de no poner los ojos en blanco.

—Porque no estoy interesada, mamá. Y tampoco él. Por eso.

En cuanto se fue, me puse mi pijama, luego agarré una galleta del plato. Habían más ésta vez, y eran marrones claras. La mordí. Sorprendente, de verdad, para un principiante. Me comí la segunda, luego la tercera. Y fue allí cuando lo descubrí,

descansando en el fondo del plato. Una galleta de avena en forma de corazón. Un corazón perfecto. Obviamente no era accidental. La recogí, dándole la vuelta en mis manos como una sensación de náuseas que llenaba mi estómago.

De repente, las cosas encajaron.

La obsesión extraña de Patrick con los bolígrafos, su pregunta acerca de que comprar para san Valentín, la manera en que había preguntado en el camino de entrada el día anterior acerca de si o no iba a llevar a mi novio a la fiesta panda. Él no estaba interesado en Dina. Por alguna inexplicable razón yo le gustaba, peor, él me lo había declarado, en forma de galleta.

Me hundí en mi cama, sintiéndome abrumada por el desastre que de algún modo me había metido. Luego me comí la evidencia antes de mi madre pudiese encontrarla.

Capítulo 8

Traducido por Flochi y LizC

Corregido por katty3

Para cuando llegó la mañana del miércoles, mi madre oficialmente se había vuelto loca.

Aparte de empacar demasiadas cosas, en serio, ¿cuántos pares de sandalias necesita una persona viajando a México por diez días? También pegó notas adhesivas en la mayoría de las superficies de la casa. —Pon la temperatura del calefactor baja — leí sobre la encimera de la cocina—. Llama al fontanero Parson al 555-867-2525 si el baño vuelve a tapan. Dranol⁸ debajo del fregadero si la bañera se obstruye —instruyó otra sobre la puerta del baño. Y eso sin decir de la enorme lista de números de emergencia e instrucciones dispersas sobre la mesa—. Si necesitas algo, llama a Carolyn o a la tía Sarah. Mantén las ventanas cerradas y bloqueadas en todo momento. El recolector de basura pasa el lunes P.M. ¡No dejes que extraños entren en la casa!

—Mamá —dije, sosteniendo en alto la lista—. Te das cuenta que no tengo doce años, ¿verdad?

—Lo sé —dijo ella, volviendo a doblar el cable de alimentación para su secador y colocándolo en su cuidadosamente organizado equipaje—. Lo sé, es sólo que, nunca has estado sola tantos días seguidos. No puedo evitar preocuparme.

—Estaré bien.

—Sé que lo estarás. ¡Oh! —Exclamó, sacando sus notas adhesivas y una lapicera de su bolsillo posterior—. Casi lo olvido. —Empezó a garabatear furiosamente—. Antes de irte a la cama esta noche, comprueba dos veces todas las cerraduras, y prueba las alarmas de humo y el detector de monóxido de carbono. ¿Lo prometes? Y probablemente debería dejarte el número para el control de venenos, en caso de que tú accidentalmente...

—Mamá —la interrumpí—. No voy a comer accidentalmente cosas envenenadas. Créeme. —Tomó un largo respiro, y después hizo un bollo a la nota adhesiva.

—Tienes razón. Estoy siendo ridícula. —Se acercó y me besó en la cabeza.

⁸ Dranol: marca de destapa cañerías.

—Me tengo que ir ahora. ¿Bien? O llegaré tarde a la escuela. Diviértete —dije, haciendo hincapié en la palabra—. Trata de olvidar que el invierno existe. Y no te preocupes por mí.

—Lo haré. Quiero decir, no lo haré —dijo—. Quiero decir, voy a tratar de no preocuparme. Te quiero.

—También te quiero —respondí.

—Oh, y Elyse —agregó mamá mientras daba un paso en el umbral—. Le pedí al abuelo de Patrick si a los dos no les importaría estar pendiente de ti de vez en cuando. —Suspiré—. Solo en caso de que haya algo con lo que necesites ayuda... ya que son los vecinos. No creo que te des cuenta la cantidad de trabajo que puede ser ver todo por ti misma —continuó cuando vio la mirada fulminante que estaba dándole—. Es bueno tener un apoyo.

—Correcto —dije sarcásticamente—. En caso de que haya un frasco de pickles que no pueda abrir y necesite que el apuesto vecino venga a mi rescate.

—¿En serio? —dijo mamá, perdiendo por completo mi punto. Sus ojos se iluminaron—. ¿Acabo de escucharte decir que piensas que el vecino Patrick es apuesto? —gruñí y me di la vuelta para irme. No iba a tener ésta discusión con mi madre.

—Adiós —dije en su lugar—. Toma una margarita por mí. Virgin, por supuesto. —Agregué cuando levanté una ceja—. Te veré el quince.

Esa tarde, el tráfico estuvo más ligero de lo habitual, *quizás porque todos habían saltado a un avión rumbo a México junto a mi madre*, lo que quería decir que Dina y yo estábamos a quince minutos completos de llegar temprano al trabajo.

—Oh —dijo Dina, agarrando mi brazo—. ¿Podemos ir a *American Apparel*⁹ por un segundo? Tienen las nuevas micro-minifaldas de malla en blanco y negro. Quiero tratar con una. Podría conseguirlo para la fiesta panda.

—¿En serio? —Dije mientras me empujaba dentro de la tienda. No soy una mojigata ni nada, pero el vestido blanco talle cero estaba siendo modelado por un particular maniquí sin cabeza flaco como una rama. La cosa era prácticamente transparente—. ¿Por qué no sólo vas desnuda? Sería más barato...

—Usas otra falda debajo de él, tonta. Además, tendré *calzas*¹⁰. Aunque es linda, ¿verdad? —sacó una del perchero y la mantuvo contra ella para comprobar el talle—. ¿Crees que a Patrick le gustaría?

⁹ American Apparel: conocida marca/tienda de ropa.

¹⁰ Calzas: pantalones de licra, o mallas

Dudé. Ese día, durante la hora del almuerzo, había tratado de armarme de valor para decirle a Dina sobre la confesión de la galleta en forma de corazón de Patrick. Había tratado de abordar el tema una vez trayendo a colación la enfermedad de Lyme falsa y mi firma falsificada sobre la tarjeta... Las cuales esperaba me llevaran a la parte de la galleta, pero nunca llegué hasta ahí.

—Oh Dios mío. Quise decirte que firmé a tu nombre. —Dina se había disculpado en su lugar—. No pensé que te importaría. Es sólo que... —Se detuvo, mordiendo su labio nerviosamente—. No quiero parecer desesperada cuando voy a coquetear. Damien siempre dijo que era demasiado pegajosa, ¿sabes? —Hice una cara como que pensaba que era lo más indignante que jamás había escuchado, pero no se lo creyó—. Sé que me pongo pesada algunas veces, y que me ilusiono muy fácilmente. Es sólo que... Creo que Patrick es alguien con quien me veo. A largo plazo, sabes, incluso en cinco años desde ahora. Por lo que no quiero echar a perder esto. Lo que sea que hagas, Elyse, no puedes dejarlo saber que estoy enamorada de él, ¿bien? Quiero ir realmente lento porque no quiero asustarlo.

Había tragado, después asentí. *¿Cinco años desde ahora?* Apenas conocía a Patrick hace una semana, y ya prácticamente estaba planeando casarse con el chico. Esto era más serio que un enamoramiento promedio. Además, conseguir que a ella le gustara, ha sido por completo mi idea en primer lugar. Si rompo su corazón ahora, *y con el Día de San Valentín justo a la vuelta de la esquina* va a regresar a su semi-acechamiento a Damien, y yo oficialmente sería la peor amiga del mundo entero.

Había comido mi Jell-O de la cafetería y silenciosamente revisé mi plan. La mejor forma de lidiar con esto sería hablar con Patrick, y ser honesta. Bueno, parcialmente honesta, de todos modos. Le diría directamente que no estaba interesada en él de esa manera, que sólo quería que fuéramos vecinos, e instructor de manejo y estudiante; y amigos, y después, esperaría convencerlo de cuán maravillosa era Dina sin revelar que ella tenía un amor asfixiante por él. Simple, ¿verdad? Absolutamente.

—Si trato con el blanco, ¿tratarás con el negro? —Preguntó Dina, sosteniendo una micro-minifalda de malla hacia mí, una mirada esperanzada cruzó su rostro—. Ten. —Agarró algunas camisolas de otro perchero antes de que pudiera decirle que no—. Por favor. Soy demasiado gallina para intentarlo sola.

Cinco minutos después, contra mi mejor juicio, me estaba quitando mis jeans en un abarrotado cambiador mientras escuchaba a Dina parlotear emocionada sobre los planes de la fiesta desde el otro lado de la pared.

—El Sr. Goodman va a donar globos negros y blanco de helio y platos de papel con el tema de los pandas. Sé que no son la elección ecológica más responsable, pero son tan lindos. Y supongo que nos podemos limitar a un plato por persona para minimizar el desperdicio.

—Dina —dije con ansiedad—. Creo que tenemos un problema.

—Tienes razón —suspiró—. Todavía es un despilfarro. Probablemente, debería agradecerle, pero decirle que no, ¿verdad?

—No. No se trata de los platos de papel. —Me miré a mí misma en el espejo de cuerpo entero. Las calzas que Dina había recogido para mí tenían que ser talle doble cero —si existía semejante cosa. Eran tan cortas que apenas cubrían mis rodillas, y tan ajustadas que mi estómago sobresalía por encima. La camisola era incluso más pequeña. Yo era una persona razonablemente delgada, de pecho plano, pero ni siquiera podía tirar de él sobre mis pechos apropiadamente—.

—La camisola es demasiado pequeña. Las calzas son diminutas, también.

—Bien. Dame cinco segundos para terminar de cambiarme. Te conseguiré unos diferentes. —Esperé, tiritando ligeramente—. ¿Qué hay del vestido? ¿Te queda? Trata de ponerlo sobre tu sujetador ¿Sí?, De esa manera puedo conseguirte otra micro-falda, también, si es el talle incorrecto. —Tiré del vestido sobre mi cabeza. Encajaba, pero eso no quería decir que lucía bien. Por un lado, estaba usando calzas resalta-estómagos, pero ese no era el peor de mis problemas.

Esa mañana, la situación de lavandería había estado rayando la desesperación, y había terminado usando mi ropa interior más burda, un súper confortable, pero extra a vergonzante conjunto de sujetador y bragas de Navidad cubierto de bastones de caramelo y pequeños renos. Mi mamá me lo había dado el año anterior, y lo había usado tan a menudo que tenía agujeros donde se ajustaba el sostén. Accidentalmente también lo había puesto en el lavado una, o dos o tres veces con toallas rojas, por lo que la tela era de un color rosado. Además de diminutas narices rojas de Rudolphs estaban brillando ligeramente a través de la micro malla trasparente blanca, haciéndolo parecer que tenía alguna extraña erupción en el pecho.

—¿Lo tienes puesto? ¿Te queda? —preguntó Dina nuevamente.

—Sí. La parte del vestido encaja —dije miserablemente.

—Solo un segundo, ¿bien? Agarraré una nueva camisola y calzas. —Mientras ella se iba, traté de no hacer contacto visual directo conmigo en el espejo. Estaba demasiado asustada—. Esa es la única talla de camisola que tienen —dijo Dina desde afuera del cambiador un minuto más tarde—. Y para las licras, tienen esa, o extra grande.

—Oh maldición —dije felizmente—. Supongo que dejaré el vestido entonces.

—No, espera —urgió Dina—. Quiero ver como luce en ti, al menos. Y tienes que ver el negro en mí para que me des tu honesta opinión.

—De ninguna manera. Nuh-huh. No voy a salir. Nunca —dije—. No hasta que me ponga mi ropa. Lo siento.

—¿Por favor? Sólo abre la puerta un poquito. Lo juro, no hay nadie aquí afuera.

—Bien, bien —suspiré—. Voy a abrir la puerta por un segundo, y sólo un segundo. No te permito reír, y después voy a cerrar nuevamente. ¿Lista? —Empujé la puerta del vestidor cerca de media pulgada, luego media pulgada más—. Oh Dios mío, Dina exclamé, mirando a través de la grieta. Ella se encontraba parada afuera en el exterior cerca del espejo de cuerpo entero, girando—. Luce increíble en ti.

Sus suaves curvas empujaban el tejido negro en todos los lugares correctos, y la camisola y calzas la hacían lucir sexy, pero no indecente.

—¿Lo crees?

—Definitivamente. —Si Patrick la viera en eso, convencerlo de tener un enamoramiento con ella en vez de mí sería pan comido.

—Sin embargo, creo que el cierre está roto —dijo, buscando por encima de su hombro con una mano y jugueteando con el—. Se quedó atascado en la parte superior.

—Déjame ver. —Y ese fue mi error fatal. Sin siquiera pensarlo, salí de los vestuarios y me dirigí hacia ella, en mi sujetador de renos a todo color para que el mundo lo vea.

—Ven y dime si estos están muy apretados —oí decir a alguien desde el otro extremo del pasillo. Una chica estaba abriendo la puerta de su vestuario. Debería haber reconocido su voz, pero no lo hice. No de inmediato. La voz de él, sin embargo, envié escalofríos por mi espina dorsal al instante—. No. Nada está demasiado apretado en ti, en mi opinión.

Me volví. ¿Por qué? No lo sé. Probablemente por la impresión, o por estupidez. O las dos cosas.

—¿Elyse? —Matt Love, mi ex-novio, estaba mirando directamente hacia mí. No, corrijo: Matt Love, mi ex-novio, estaba mirando directamente a mi Rudolph. Me quedé inmóvil, parpadeando hacia él como un reno hacia los faros. Entonces mis sentidos vinieron a mí y crucé mis brazos sobre mi pecho con torpeza.

No había visto a Matt en casi ocho meses, desde el pasado junio, cuando terminamos el décimo grado. Después de eso, le rogué a mi mamá que me inscribiera rápidamente en la Secundaria Sir Walter Scott en el vecindario en el que estábamos planeando mudarnos. Pero a pesar de que había pasado mucho tiempo, además del hecho de que su pelo estaba un poco más largo a los lados y que llevaba una camiseta que no reconocía, no se veía tan diferente. Matt Love me sonrió, la misma lenta y un poco torcida sonrisa, que recordaba y mi corazón comenzó a martillar con una mezcla de pánico y furia, de la misma manera que solía hacer cuando pasaba cerca de él en los pasillos de mi antigua escuela después de ese fatídico 14 de Febrero.

—¿Cómo te va?

Antes de que tuviera tiempo de responder, mi ex mejor amiga Tabby salió de su vestuario en un par de pantalones blancos, muy ajustados. Toda su atención estaba centrada en Matt Love mientras saltaba delante de él, moviendo su trasero.

—¿Qué te parece? —Ella tomó ambas manos de él entre las suyas y estrechó sus brazos alrededor de su cintura por la espalda, apretando su cuerpo contra el suyo e inclinándose hacia atrás. Ella inclinó la cabeza para mirar a sus ojos, y fue entonces cuando se dio cuenta de la mirada distraída en su rostro. Siguió su mirada.

—¿Elyse? —exclamó, abrazando a Matt incluso con más fuerza a su alrededor. Su voz tenía un tono falso agradable que hizo que mi estómago se sacudiera—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Trabajo aquí, —dije aturdida.

—¿En American Apparel? ¿En serio?

No le respondí. El hecho de que me había cambiado a otra escuela y sólo porque casi un año había pasado, no cambiaba la manera en que me sentía hacia ella. No tenía nada que decirle.

—Oye, ¿tienes descuentos? —preguntó Tabby, aunque a veces era divertida para pasar el rato con ella, nunca había sido la persona más brillante en la tierra. ¿Honestamente creía que estaría vistiendo un vestido semitransparente con unas súper apretadas botas y un sostén de renos si estuviera trabajando allí por un descuento? E incluso si trabajara allí, ¿realmente creía que le compraría unos pantalones de zorra con mi descuento de empleado después de que me robó mi novio y me apuñaló por la espalda?

—Sí, —dije, mirándola directamente—. Me sale un descuento de empleado impresionante. El cuarenta por ciento. —Entonces me volví, entré en el vestuario, y cerré la puerta con tanta fuerza que los espejos se sacudieron. Me abracé a mí misma y presioné mi espalda contra la esquina, cerrando los ojos con fuerza contra las lágrimas que amenazaban con comenzar a fluir.

Fuera en el pasillo, pude oír a Tabby y a Matt hablando.

—¡Dios! ¿Guarda mucho rencor? —Estaba diciendo Tabby—. Si yo tuviera un descuento del cuarenta por ciento de empleado, totalmente me ofrecería a comprarle cosas. Quiero decir, éramos amigas. Solía hacer de todo por ella.

—Déjalo así. —Trató de calmarla Matt—. Ella realmente me gustaba, ¿de acuerdo? Todavía está enfadada por lo que ocurrió.

—Eso fue hace años. Ha sido, como, casi todo un año. —Estaban tan cerca que pude oír el sonido de la goma de mascar que Tabby aplastaba entre sus dientes—. Pero supongo que algunas personas nunca llegan a superar las cosas. —Suspiró, y luego pareció animarse—. Aunque, Oh, Dios mío. Eso sólo me hizo dar cuenta. ¿Puedes

creerlo, Matty? Hemos estado juntos casi un año entero. Me llevo estos. Se ven sexis, ¿cierto? Totalmente los voy a llevar en nuestro aniversario. —Mordí duro mi labio inferior para no permitir que se me escapara un sollozo. Unos segundos después, oí el sonido de su vestido cerrarse.

—¿Elyse? —susurró Dina desde el pasillo. No le respondí. No podía arriesgarme a abrir la boca. Estaba decidida a que Matt Love no escuchara como mi voz se quebraba. Tabby no iba a saber que ella me había hecho llorar. Otra puerta se cerró—. ¿Elyse? —Oí el susurro de nuevo, esta vez cerca de mis pies. Salté. Ahí estaba la cara de Dina, pegada a través del hueco debajo de la separación entre los dos vestuarios—. ¿Estás bien?

Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. No podía detenerlas.

—Elyse —susurró de nuevo—. Voy para allá.

Si no hubiera estado tan totalmente destruida, puede que incluso me hubiera reído. En lugar de ponerse de pie y entrar por la puerta, como una persona normal haría, Dina empujó su cabeza todo el camino a través del espacio, luego retorció frenéticamente sus hombros hasta que se deslizó a través del espacio de alguna manera. El resto de su cuerpo siguió con más facilidad, pero todavía no era muy agradable de ver, sobre todo teniendo en cuenta lo pequeño que eran los vestuarios, y el hecho de que llevaba un minivestido semitransparente. Finalmente, empujó sus pies y puso sus brazos alrededor de mí. No hizo una sola pregunta mientras lloraba, empapando la apenas existente tela que cubría su hombro.

Nos quedamos allí, acurrucadas en un rincón, hasta que oímos que la puerta del vestuario se abría y cerraba de nuevo, y las voces de Matt y Tabby se alejaban por el pasillo hacia la caja.

Dina dio un paso atrás y apartó un mechón de pelo empapado de lágrimas de mi mejilla.

—Lo siento. Esas personas fueron... —Empecé a explicar, pero las palabras se ahogaron al salir por mis sollozos.

—Matt Love, ¿cierto? ¿Y Tabby? Tú ex y tú ex mejor amiga. —Asentí—. Sí. Me lo imaginé. Pendejos —murmuró en voz baja.

Escuchar de la dulce y sensible Dina, una mala palabra me cogió tan desprevenida que en realidad dejé de llorar por un segundo.

—¿Qué? —Dijo, mirándome con indignación—. ¡Lo son! Lo siento, pero no tratas a un amigo de esa manera. Y tú definitivamente, definitivamente no le haces eso a alguien que dices amar. Vamos —dijo ella, apartando otro pedazo de cabello empapado de lágrimas de mi cara—. Termina de cambiarte. Voy a ir de primero para

asegurarme de que la costa este despejada. —Asentí con la cabeza y se acostó en el suelo, comenzando a retorcerse en su propio vestidor, con los pies por delante.

—¿Dina? —dije. Se detuvo y miró hacia arriba. Había tantas cosas que quería decirle en ese momento. “Gracias” estaba cerca de la parte superior de la lista. Y “Te prometo que nunca voy a hacerte algo así” estaba en un cercano segundo lugar. Pero ella se veía tan preocupada, y si iba toda empalagosa con ella no iba a ayudar en los asuntos, lo cual probablemente explica por qué mi primer instinto fue hacer una broma. Algo para hacerle saber que iba a estar bien—. Por favor, no me hagas comprar este vestido, ¿de acuerdo? —Ella sonrió, claramente aliviada.

—Sí, —admitió, mirando hacia arriba desde el suelo—. Ese no es tal vez el mejor look para ti.

—¿Tú crees? —dije, resoplando con la nariz. Me toqué mis pechos de renos y me miré en el espejo—. Es festivo.

Se echó a reír. Luego su cabeza desapareció debajo de la separación de nuevo. Me miré en el espejo y me limpié mis mejillas con el dorso de mi mano. Curiosamente, me sentía mejor. Mucho mejor. Quiero decir, sí, todavía estaba triste por lo que había sucedido con Matt Love el año pasado. Todavía no tenía la intención de abrir mi corazón a ese tipo de dolor otra vez, pero cuando se trata de Tabby, de repente no me importaba nada. ¿Y qué si no éramos amigas? Ella había sido del tipo loco y divertido para pasar el rato, siempre con el último chisme sobre quién le gustaba a quien y que profesores fumaban en secreto detrás del campo de fútbol, pero la verdad era, que era mala. Siempre había sido mala. En muchas maneras, nunca había sido realmente una amiga real para empezar.

—No me voy a llevar este vestido tampoco, —dijo Dina desde el otro lado de la pared—. Se ve horrible.

—No, no lo hace, —dije—. Me hace ver como una salchicha. Pero en ti, se ve increíble. Deberías quedártelo.

—No te hace ver como una salchicha —dijo, pero dudó un segundo demasiado largo antes de decirlo—. Está bien. Así que se ve un poco terrible en ti —admitió—, pero aun así es mejor que la “Señorita Pantalones Ajustados”. ¿Has visto su trasero en esos? —Dina susurró—. Es tan plana que no sabía si estaba caminando hacia atrás o hacia adelante.

—¡Dina! —Le susurré. Me quedé boquiabierta.

—Aunque lo digo en serio. —Cambió el tema—. No voy a quedarme con este vestido. —Escuché la puerta de su vestuario abrirse—. Tiene una mala asociación ahora. Si me pongo para la fiesta, en todo lo que voy a pensar es en “Matt Love y Trasero de Panqueque”. Voy a buscar otra cosa. —Oí el tintineo del soporte de metal contra la percha mientras la colgaba.

—Dina, honestamente, —empecé—, deberías llevártelo. —Pero ella no me escuchó. Ya había salido a la tienda para asegurarse de que Matt y Tabby se habían ido.

Dina Marino, pensé, mientras tiraba de mis pantalones y ponía el vestido transparente horrible de nuevo en su soporte; la dulce, leal, cariñosa, apasionada por las cosas en las que cree, y sorprendentemente maliciosa cuando el momento lo requería. Ahora era una verdadera amiga.

Capítulo 9

Traducido por Abril

Corregido por Andrea

Debido a todo el episodio del vestido semitransparente, terminamos con casi diez minutos de retraso para nuestro turno. El Sr. Goodman estaba caminando por la sección de agendas cuando llegamos, obviamente molesto por el hecho de que su cena estaba en su casa enfriándose.

—Chicas —dijo—. Si necesitan ayuda para recordar a qué hora empieza su turno, puedo recordarles que contamos con una gran sección de agendas y planificadores.

—Lo siento mucho, Sr. Goodman —dije, agarrando la tarjeta con mi nombre de mi mochila y fichando.

—Fue mi culpa —Dina me interrumpió. La miré—. Mi, em, la batería de mi reloj murió.

Le eché un vistazo a su muñeca. No estaba usando un reloj. Gracias a Dios, el Sr. Goodman no se dio cuenta o no le importó.

—Hagan todo lo posible para que no vuelva a pasar —dijo él—. Eso es lo único que pido. De todas formas —caminó hacia la caja y nosotras lo seguimos—, pueden compensármelo. Las ventas bajaron mucho. —Palmeó la cabeza de Cupido—. Así que empezaremos un nuevo programa de incentivos para todo el personal. Cada diez nuevos clientes que firmen para la tarjeta de fidelidad de clientes, desde hoy, hasta el día de San Valentín, añadiré cincuenta dólares a su sueldo.

Nuestros ojos se agrandaron. Cincuenta dólares eran mucho dinero, considerando nuestro salario mínimo. Dos minutos después de que el Sr. Goodman se fuera, Dina ya había hecho la cuenta en su cabeza.

—Te das cuenta de que si hacemos que firmen cien personas y le añadimos las recaudaciones de la fiesta, seremos capaces de patrocinar a dos pandas. Cien personas no son nada. Sólo son veinte o treinta personas por cada turno. ¡Podemos hacerlo!

Todavía me dolía la cabeza por llorar en el probador. Y mi corazón todavía se sentía pesado. Me costaba mucho compartir su entusiasmo y sinceramente, si tuviera cincuenta dólares extras, me gustaría gastarlos en una buena peluca rubia. De esa manera, podría usarla en el trabajo y nunca correría el riesgo de soportar a Matt o a Tabby una vez más en la tienda... Pero Dina parecía tan optimista. Y después de apoyarme en American Apparel, no quería defraudarla.

—Tenemos que ser agresivas —dijo—. No podemos sólo sentarnos y esperar.

Asentí vagamente con la cabeza, después abrí la caja de mercancías que estaba pegada con cinta de embalar que el Sr. Goodman nos dejó separada. Adentro había pequeñas cajas de chocolate con forma de corazón, con oraciones escritas sobre ellas con letras rosas: “Eres mi media naranja. Sé siempre mía. Te adoro.” Sinceramente, no sabía si iba a soportar otros nueve días más. Era más que cruel cuando hasta mi comida favorita me recordaba cuan roto estaba mi corazón.

Traté de contar las cajas mientras las sacaba, pero al mismo tiempo, me aseguraba de que ni Matt ni Tabby entraran a la tienda mirándose empalagosamente el uno al otro. El total de cajas me daba mal.

—Esto no puede estar bien —dije, tachando mi total por tercera vez—. El albarán dice que hay treinta cajas, pero aquí hay más.

—Déjame ver —dijo Dina, dando la vuelta alrededor de la caja. Empezó a contar—. Tienes razón. Nos mandaron de más.

Suspiré mientras separaba treinta cajas por un lado y dejaba el resto en una pila.

—El Sr. Goodman va a tener que devolver el resto, supongo.

—No. Espera —dijo Dina—. Tengo una idea. —Tuvo un extraño destello en sus ojos—. Ahí dice treinta, ¿no? No es como si supieran adonde fueron a parar las cajas que faltan. Y además. —Agarró el albarán—. Las mandaron desde Columbia Británica. Si las mandamos de vuelta ahora, nunca llegarán al depósito a tiempo para San Valentín. Y ya no servirán para el año que viene. Estarán básicamente desperdiciadas.

—¿Dina? —Levanté mis cejas—. Si estás pensando, lo que yo creo que estás pensando...

—Es para una buena causa —añadió, ignorando mi tono de advertencia. Agarró la figura de Cupido con una mano y con la otra la caja de chocolates—. Cupido y yo estaremos afuera en el pasillo —dijo, presionando su estómago para que sonara la música—. Yo los traigo aquí y tú los haces firmar.

Tenía que manejar esto. Legalmente hablando, lo que estaba haciendo podía ser calificado como robo —sólo un poquito— pero funcionaba. Las personas son capaces de hacer cualquier cosa por chocolate gratis. Alrededor de las cuatro, ya habían firmado casi cuarenta personas. A las cuatro y cuarto, la persona número cuarenta y uno entró, sonriéndome. Se sacó sus auriculares gigantes de Dj y puso su caja de chocolates gratis sobre el mostrador.

—Estos son para ti —dijo él, deslizando la caja hacia mí. Era tan adorable. Dejé la caja torpemente acomodada entre nosotros—. Quiero firmar, pero tan sólo tengo una

pregunta. ¿Los bolígrafos también cuentan para esta cosa de la fidelidad de clientes, o sólo las tarjetas?

No es que tuviera alguna razón para decirlo, pero se veía genial. Patrick, llevaba puesta una camisa con botones y unos jeans que caían un poco de sus caderas. Parecía relajado y hasta más alegre de lo normal. Obviamente, sus dos días de pelear con la falsa enfermedad de Lyme, le dieron mucho tiempo para descansar.

—Sólo tarjetas —respondí—. Lo siento.

—Qué mal —dijo, completando el formulario de inscripción que le pasé—, porque necesito uno nuevo. El bolígrafo que me vendiste la última vez, hace una línea nítida, pero ahora que lo pienso, es demasiado nítida, ¿sabes?

—Demasiado nítida —repetí, tratando de sonar profesional.

Había un aire juguetón en sus ojos que no me gustaba. Ahora que las galletitas me habían revelado todo, podía ver perfectamente que estaba coqueteando conmigo, y considerando que Dina estaba ahí afuera, me hizo poner un poco más que nerviosa.

—¿Tienes algo que escriba realmente fluido? Ya sabes, esos bolígrafos en que la tinta solo sale?

—Sale —dije con mi cara más normal—. Ni pesada ni nítida. Creo que tengo justo lo que buscas.

Me siguió hasta la sección de bolígrafos donde caímos en nuestra ya familiar rutina. Yo le entregaría un bolígrafo, él lo probaría en los restos de papel, haría caras pensativas, y le daría otro bolígrafo.

—¿Entonces? —dijo casualmente después de un rato—. ¿Cómo lo hice?

—¿Hiciste?

—Ya sabes, con las galletitas.

Tragué saliva. Esta era la parte del día la cual estaba temiendo, el momento donde tenía que decirle que, por más deliciosas que hayan estado las galletitas, su amor no era correspondido.

—Sí. Sobre eso... —Empecé—. Las galletitas... —El segundo intento—, no estuvieron mal. Estuvieron realmente buenas de hecho. Obviamente seguiste la receta, p... —Pero mi “pero” se vio interrumpido por la voz excitada de Dina que venía desde el pasillo.

—¡Elyse! —Chilló—. Acabo de contar los formularios. ¡No puedo creerlo! Cuarenta y una tarjetas de fidelidad de clientes. Eso es más de doscientos dólares. Estamos prácticamente a mitad de camino y sólo ha pasado un día.

—Dina, eso es asombroso —dije, en parte porque era verdad y en parte para el beneficio de Patrick—. Es todo gracias a ti, ya sabes. Eres tan encantadora y amigable. Entre tú y los chocolates, ¿quién podría resistirse? —sonríó.

—Hey —dije, pensando en mis pies—. ¿Sabes qué, Patrick? Dina sabe todo sobre bolígrafos. Seguro que puede ayudarte mejor que yo. Además, tengo que desembalar la última caja de mercancías antes de que empiece nuestra lección de conducir. Entonces... —Empecé a caminar.

No le tomó mucho tiempo a Dina cambiar a su modo coqueteo.

—Amo tu pelo —la escuché diciendo mientras me retiraba por el pasillo—. Me encantaría que el mío quedase igual. ¿Son rizos naturales? ¿De verdad? Okay, déjame mostrarte nuestros mejores bolígrafos. Si prometes no decírselo a nadie, hasta puedo darte mi descuento de empleada.

Exhalé pesadamente mientras caminaba hasta atrás de la caja donde estaba Cupido, sacudiendo una vez más su trasero en pañales. Un grupo de chicas de once o doce años estaban paradas cerca de él, mirando y cotilleando.

—Ese muñeco es taaaaaaan lindo —dijo una de ellas.

—Le diré a Nick G. que quieres uno para San Valentín —se burló otra, lo que hizo que la primera chillara y amagara un golpe de su amiga.

—Si lo haces, te mato.

—Probablemente también lo compraría para ti. Sabes que está enamorado de ti. Todos lo saben. Eres tan afortunada. Nunca nadie se ha enamorado de mi —la segunda chica se quejó abatida.

—Hey —dije, uniéndome a la conversación sin invitación, desde atrás de la caja—. No te preocupes por eso. Probablemente eres muy inteligente. Los chicos se intimidan por eso. Además, hay peores cosas que eso.

Como que la persona equivocada se enamora de ti —pensé—. Pero en vez de escuchar mi sabio consejo, algunas de ellas sólo rodaron sus ojos. Después, todas se fueron riendo con un gran grupo de chicas de sexto curso. Traté de no tomármelo de forma personal. Si tuviera su edad, tampoco me hubiera creído.

Quince minutos después, mientras Patrick y yo caminábamos sobre el aparcamiento congelado hacia su coche rojo, ensayaba mentalmente lo que le iba a decir: *Eres un chico genial, no me malinterpretes... pero, no estoy interesada en salir... deberíamos seguir como amigos/vecinos/personas que trabajan en el mismo centro... es lo mejor... encontrarás a alguien más, alguien que se preocupe tanto como tú por las personas sin hogar... alguien que vele por el bienestar de los animales indefensos, tal vez... alguien que ame tu pelo...*

Seguro que eso haría una lección de conducir muy incómoda, pero era la clase de cosas que mejor hacerlas rápido, como arrancar una curita. De todas formas, sólo me conoce desde hace una semana, y no fui precisamente amable con él en todo ese tiempo. ¿Cuán serio era su “enamoramiento” hacia mí?

Aparentemente, la respuesta a esa pregunta estaba a punto de revelarse ante mí en un sorprendente detalle.

—Espera, espera —dijo Patrick mientras caminábamos alrededor de la columna a la fila C-10—. Cierra tus ojos.

—¿Por qué?

—Porque tengo una sorpresa para ti.

—¿Es un unicornio? —dije sarcásticamente.

—No —respondió él.

—Okay. Entonces olvídale. No voy a cerrar los ojos.

—Es mejor que un unicornio —trató.

Ahora eso me resultaba difícil de creer. No es que me gustaran los unicornios, por lo menos desde que tenía seis o siete años, pero igualmente, un unicornio real y vivo en el lado sur del aparcamiento del centro comercial sería una sorpresa inmejorable.

—Aunque fuera mejor que un encantado y mágico caballo con un cuerno dorado, lo cual es imposible —contrarresté—, no es seguro caminar por el aparcamiento con los ojos cerrados.

—No dejaré que te pase nada. Sostendré tu mano —me prometió, lo cual considerando la situación no hizo mucho para hacerme sentir mejor. La única razón por la que le hice caso, es porque hacía frío. No quería quedarme ahí argumentando todo el día.

—Okay. Está bien —dije, pero metí ambas manos en mis bolsillos, forzándolo a sostener mi brazo. Cerré mis ojos—. Más vale que sea algo bueno.

Me llevó cuidadosamente sobre el hielo y alrededor de los coches aparcados. Lo oí buscar las llaves del coche.

—Okay —dijo mientras abría la puerta—. Puedes mirar ahora.

Ahí, en los posavasos de los asientos delanteros, había una docena de rosas rojas —o, para ser más exacta—, una docena de rosas rojas y marchitas. Cada tallo de ellas estaba desplomado en direcciones contrarias, como si el peso del gran capullo, de

repente, se hubiera tornado demasiado pesado. En una escala del uno al diez, con el uno siendo nada y el diez el unicornio, no superaba el dos.

—Oh no —dijo Patrick, saltando adentro del coche cuando las vio—. No estaban así esta mañana —trató de levantar los tallos para que quedasen rectos pero se volvían a caer—. Lo juro. La chica a quien se las compré dijo que probablemente durarían tres días. Capaz que no tenía que dejarlas en el frío —dijo, rascándose la frente debajo de gorro azul y blanco.

Me quedé ahí, moviendo mi pie en la nieve.

—A las flores también les gusta el agua —añadí sin ayudar en nada. El final de los tallos se pegaba en los posavasos del suelo.

—Sí, escuché alguna gente decirlo —suspiró—. Okay, no importa. Te debes estar congelando. —Se bajó del asiento para dejarme pasar—. De todas formas, hay otra sorpresa.

Dio la vuelta y también entró. Cerré la puerta temiendo lo que sea que fuese a pasar.

Patrick puso en marcha el coche y encendió la radio. La música suave llenó el coche. Aunque sólo había escuchado esa música una sola vez —durante nuestra última lección— reconocí a la banda como “Surely Sarah”. Sin embargo, ésta era una canción lenta. Una canción romántica. Patrick se dio la vuelta y me miró.

—Elyse —empezó. Podía decir que estaba nervioso—. Desde la primera vez que te vi a través de la ventana, pensé que eras hermosa... Sin mencionar que eres una bailarina sorpréndete meneando el trasero sobre una silla. Quiero decir, ese movimiento, vamos... —Tenía que burlarse de mí con eso, ¿no? Le lancé una mirada, pero él siguió hablando, usando un tono más serio—. Y ahora que empiezo a conocerte, me estás empezando a gustar. Eres tan inteligente y tan divertida. Y esta canción de alguna manera dice todo lo que siempre quise decirte, entonces...

No podía dejar que siguiera. El olor de las rosas marchitas era abrumadoramente dulce. La voz de la cantante era repugnantemente sentimental. Los ojos de Patrick eran tan intensos que me hicieron retorcerme. Estiré mi mano y apagué el equipo de música. El coche se quedó en silencio.

—Para, Patrick —dije—, por favor. —Se me quedó mirando expectante—. Mira, ya te lo dije el otro día. No salgo. Entonces... —Agarré una rosa, y luego la dejé caer otra vez—. Si bien esto es muy bonito, muy dulce y muy honesto, no estoy interesada en tener un novio. Por si eso era lo que me ibas a preguntar. —El pareció desesperanzado—. No eres tú —seguí—, es sólo, como dije, estoy tratando de enfocarme en la escuela por ahora. Además, ya he hecho esto de salir. Y no terminó bien.

—Eso es sólo porque saliste con uno de ellos —dijo.

—¿Uno de qué?

—Uno del 98%. Mira, cuando estaba hablando con Dina en el pasillo, ella me dijo lo que pasó con tu ex el año pasado. Me dijo que hoy lo viste en el American Apparel. — Así que probablemente este, levantó una rosa y también la dejó caer, este no era el mejor momento. Entrecerró sus ojos por un momento—. Cuando Dina me dijo lo que pasó, probablemente debería haber venido y tirar las flores antes de que las vieras. Podía haber comprado más después. Salían solamente, doce con cincuenta.

—Honestamente, Patrick —dije—. No hubiera importado. Yo sólo... Estoy fuera del mercado ahora.

—De acuerdo —dijo, mirando por el parabrisas—. Okay. Lo entiendo. Uno no puede apresurar las cosas.

Tenía la sensación de que esta sería una larga, larga, lección de conducir.

—Pero, hey —intervine tan alegremente como pude—. Seguimos siendo amigos, ¿no?

Esperé ansiosamente que respondiera. Era raro, pero desde que lo conocí ya me había acostumbrado a él. Me gustaba su dulce, pero a veces molesta, forma de ser; su atractiva y melosa música; su peculiar sentido del humor. Hasta estaba empezando a pensar que su rara obsesión por encontrar el bolígrafo perfecto era algo encantador. No quería perderlo por completo o que las cosas se pusieran raras entre nosotros.

—Además, sólo tenemos ocho días antes de mi prueba —seguí—, y todavía no puedo hacer un viraje de tres puntos para salvar mi vida. Así que, ¿qué estamos haciendo sentados aquí teniendo conversaciones incómodas?

—Absolutamente —dijo—. Seguimos siendo amigos. —Suspiré aliviada—. Y tienes razón. Tendríamos que estar empezando. Necesitamos hacer... —Se pausó, pensando.

—El viraje de tres puntos de Tchaikovsky —lo ayudé a terminar.

—Exacto —dijo—. Y cuando hayamos terminado con eso, puedes trabajar en convertirte en la Hemingway de la carretera.

Dejé que mi cabeza cayera sobre el asiento. Sabía que odiaba conducir por carretera más que nada, incluso más que estacionar en paralelo. Claramente, me estaba castigando por no querer ser su novia.

—Entonces, ¿vamos a manejar, o nos vamos a quedar aquí sentados oliendo el olor de las rosas marchitas? —Preguntó.

Miré por el espejo retrovisor. —Vamos a conducir —dije retrocediendo, oh, tan cuidadosamente.

Capítulo 10

Traducido por Abril y Pimienta

Corregido por Andrea

Habiendo sobrevivido —por poco— a mi lección de alta velocidad en carretera, sin mencionar de la rareza con Patrick, ni del horror de encontrarme con mi ex usando un vestido casi transparente y un corpiño de renos. Estaba aliviada de abrir la puerta y entrar en mi casa esa noche. Mi propia y tranquila casa.

Colgué mi abrigo y caminé hacia la cocina, yendo hacia la luz y sintiéndome libre. ¿Qué debería hacer primero? ¿Comer chocolate en la cena? ¿Poner música a todo volumen hasta que las paredes vibren? ¿Cerrar todas las cortinas y bailar por ahí desnuda? Al final, me decidí por calentar la comida —que mi madre guardó en el congelador— en el microondas y hundirme en el sillón para leer el libro que me asignaron en la clase de Lengua. Sí. Soy demasiado loca y salvaje.

El teléfono sonó una vez, justo cuando terminé de leer el capítulo tres y cuando atrapé el último pedazo de patata aplastada de la bandeja de plástico.

—¡Elyse! Acabamos de llegar al hotel. ¿Cómo estás? —La voz de mi madre sonó estrepitosa y lejana—. ¿Está todo bien en casa, cariño?

—Todo está bien —dije—, excepto por esta pared que se cayó. —Incluso desde el otro lado del mundo y con una mala comunicación telefónica, pude notar como mi madre se ponía seria. —Está bien, mamá —traté de tranquilizarla—. Ningún problema. Acabo de llegar de mi lección de conducir.

—Eso es maravilloso, cariño —pude oír la música de fondo. Y a alguien riendo—. ¿Y cómo estuvo el trabajo?

—Genial —mentí—. No había ninguna razón para decirle que me había encontrado con Matt y Tabby. Quería que disfrutara de sus vacaciones, no que se preocupase por mi crisis emocional. —Dina y yo, vendimos muchos de esos Cupidos estúpidos.

—Oh. Solo un segundo, Elyse —pude oír la voz de Valter preguntando algo—. ¡Sí! ¿Por qué no? Me encantaría un margarita, gracias —respondió mi madre—. ¿Te acordaste de fijarte dos veces si todas las puertas estaban correctamente cerradas? —Preguntó, volviendo a la línea—. ¿Y las ventanas también?

—Lo haré antes de irme a la cama —dije.

—Oh, Dios. ¿Y estás segura de que estás bien? Porque sabes que si necesitas algo puedes llamar a la tía Sarah, o a Carolyn, o pedirselos a los vecinos.

—Estoy bien, mamá. Vete. Vete a beber ese margarita. No te preocupes de nada.

—Okay, cariño —dijo ella—. La música se estaba escuchando más fuerte. Se escuchaban maracas. Alguien silbó ruidosamente. ¿Dónde estaba? ¿En alguna clase de club nocturno? Si así era, seguro fue idea de Valter. Mi madre a las diez estaba normalmente en la cama. —Te extraño —agregó.

—También te extraño —dije—. Buenas noches.

Colgué el teléfono y me volví a sentar en el sillón. Ahora estaba tan tranquila en la casa, que podía oír los débiles ruidos que venían del sótano, el crujido de los resortes del sillón cuando me senté, los cristales de las ventanas sacudiéndose por cualquier pequeño viento. Agarré el mando y encendí la televisión, cambiando los canales, pasando las investigaciones de las escenas de crímenes que me garantizaban un susto rápido. El único programa relativamente de “no miedo” que pude encontrar fue American Super Model. Las chicas estaban usando corpiños metálicos debajo de unos vestidos transparentes que, ahora que lo pienso, se parecían mucho a los que Dina y yo nos probamos. Les estaban pegando plumas de pavo real en sus caras para alguna clase de sesión de fotos en una selva tropical. Las modelos no paraban de quejarse por los mosquitos, pero no me importó. Sólo necesitaba un poco de ruido de fondo. De hecho, subí todavía más el volumen, llenando la casa con sus gimoteos —El de las chicas, no el de los mosquitos—, antes de dirigirme a la cocina. Cuando llegué, lavé mi tenedor y mi vaso, y los puse a secar, luego barrí el suelo. ¿Ves? Me dije a mi misma mientras vaciaba la pala en la basura. Fácil. Tenía todo bajo control.

Como recompensa agarré un paquete de palomitas para microondas, lo abrí y olí el cálido y mantecoso olor. Caminé de vuelta hacia el salón donde me comí el bote entero yo sola, mientras las modelos tan flacas como una rama, se ponían pintalabios y hacían poses como unos chimpancés.

El anfitrión y su asistente, ese chico con el pelo negro como el azabache y esos terroríficos dientes blancos, estaban criticando a las modelos y sus poses.

—Está demasiado rígida —decía Dientes Terroríficos—. Parece un gorrión asustado, no un pavo real orgulloso. Si tan sólo pudiera relajarse un poco... Adentrarse en el personaje... Convertirse realmente en el pájaro.

Para él era fácil decirlo —pensé—. Apostaría cien dólares, a que nadie le obligó a ponerse un vestido transparente.

Suspiré y me quedé mirando miserablemente la televisión, comiendo un puñado tras otro de palomitas. Había sido un día largo y extraño e hice como que pude —pero no podía— borrarle de la mente la imagen de la cara Matt Love o la de Tabby. Seguía viendo una y otra vez, la manera en la que ella salió del probador. La manera en que

ella alcanzó sus manos y rodeó sus brazos alrededor de su cintura, tirando su cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos —como si fuera la cosa más natural del mundo—, exactamente, como solía hacerlo yo.

¿Cómo pude ser tan estúpida en ese tiempo? Me pregunté. Cuando Matt empezó a flirtear conmigo en química y a seguirme por toda la escuela preguntándome si quería salir con él, pensé que me había elegido porque era especial, porque se preocupaba por mí. Cuando en realidad, todo el tiempo, había sido reemplazable; sólo una chica que encajaba en sus brazos, al igual que cualquier otra chica.

El gorrión asustado salió de escena, y una nueva modelo apareció con un pelo rojo impresionante. Ella se asomó desde atrás de un árbol con ojos sensuales mientras la cámara tomaba las fotos, luego puso una mano sobre su boca en una extraña pose.

—Maravilloso —el anfitrión decía—. Lo tiene. Tiene tanta confianza. Hace al pavo real parecer sexy.

¿En serio?

Excepto por el pelo, no notaba la diferencia entre ella y la chica anterior, pero después pensé, *¿qué sé yo sobre modelaje, o sobre cualquier cosa?* Capaz que había algo que me estaba perdiendo; una diferencia crucial entre el pavo real sexy y el gorrión asustado —entre Tabby y yo—, algo muy obvio —para todos los demás—. Razón por la cual Matt Love la quiere a ella, y no me quiere a mí. Ella sólo lo tenía. Yo, no lo tenía.

Bueno, ¡gran idea! Apagué la televisión y llevé el bote a la cocina. ¿Y qué si no lo tenía? Si ser un pavo real atractivo atraía a los chicos como Matt Love, tal vez era mejor idea ser un gorrión asustado. Tenía otras cosas para enfocarme, decidí mientras volvía al salón y recogía mis libros de texto.

Y en cuanto a Patrick y su inexplicable “enamoramiento”, él sobreviviría. Denle una semana, o hasta un par de días. Se dará cuenta de que no hay nada especial en mí. Y luego, estará dispuesto para salir con la siguiente chica decente que vea... Y sería mucho mejor si esa siguiente chica decente fuese Dina.

De hecho, parecía como si ya lo estuviera superando. Todo eso considerando que él había sido remarcablemente frío durante nuestra última lección. Incluso condujo hasta un “comida rápida” para pedir patatas fritas. Mientras esperábamos nuestro turno en la fila de coches, él recogió las rosas marchitas y casualmente salió para tirarlas en un cubo de basura.

—De todos modos, no entiendo porque a las chicas les gustan tanto las flores —dijo cuando volvió—. Apestan. —Y, porqué todavía me sentía mal por haberlo rechazado, no dije ni una sola palabra sobre el hecho de que sólo apestaban porque estaban marchitas, o sobre el grasoso olor de las patatas fritas que llenó el coche un momento después, mezclado con el persistente olor de las rosas marchitas diez veces peor.

Cuando llegamos a casa, él incluso se ofreció a limpiar la acera, lo que era una galantería por su parte, pero totalmente innecesario. Después de todo, tenía cosas que hacer.

—¿Qué? ¿Crees que no puedo sacar un poco de nieve? —dije. Luego lo hice yo misma, trabajando extra rápido para terminar antes que él.

—Buenas noche —dije casualmente, tirando la pala sobre un banco con mis músculos todavía quemándose.

Eran ahora las 9:30 y lo que había empezado como un suave dolor de músculos se convirtió en un auténtica molestia palpante. Traté de estirar mis hombros, pero no les hice mucho bien, entonces decidí tomar una ducha caliente antes de irme a la cama. Pero primero, fiel a mi palabra, miraría si todo estaba bien cerrado.

Empecé en el sótano con la ventana pequeña, pasando por el armario gigante que todavía estaba tirado boca abajo en el suelo. Me daba miedo estar allí sola de noche, así que lo hice rápido, prendiendo todas las luces primero para tranquilizarme de que ahí no había ningún monstruo o chicos malos escondiéndose en las esquinas detrás de las cajas de cartón y las bolsas de fertilizantes. Luego, las apagué otra vez, sintiéndome como un bebé por asustarme tanto como para comprobar eso. Me abrí camino hacia las escaleras, controlando las ventanas y las puertas de la planta baja, fijándome incluso si todas las estufas, las cuales ni siquiera había usado, estuvieran apagadas. Luego, me aseguré que la casa estaba a salvo y segura, por lo que mi paranoica madre estaría orgullosa de mi, fui arriba, me bañé, y me fui a la cama. No fue hasta que me desperté a las tres de la mañana, que no me di cuenta de que algo estaba mal. Mi primera prueba era que me había despertado. Normalmente, soy una persona de sueño pesado. Mi segunda prueba fue mi nariz, estaba entumecida. Saqué un brazo afuera de mi edredón, y luego me volví a tapar. El aire estaba como la temperatura de un frío día de otoño. Mi primer instinto fue hacerme un ovillo para calentarme, y tratar de volver a dormir. Pero después, eso ya no era una opción. La casa era mi responsabilidad. Forzándome a salir de la cama, tropecé con el radiador y puse mi mano sobre él. Ahí fue cuando me di cuenta de que estaba jodida. Eran las tres de la mañana, en febrero. Estaba completamente sola, y la calefacción estaba rota.

Agarré mi ropa del gancho de la puerta, metí mis pies dentro de mis pantuflas, y bajé las escaleras.

—Calefacción, calefacción, calefacción, calefacción —murmuré—, explorando la nota de tres páginas que mi madre me dejó en la mesa de la cocina.

Había números a quien llamar y cómo proceder en caso de una emergencia. Si la llave se quedaba estancada en la puerta, tenía que llamar a Jay a la cerrajería. Si una lamparita se quemaba, encontraría más debajo del lavabo. Si mi tostada estaba demasiado oscura, debía ajustarla en “bajo”. Realmente había pensado en todo. Todo, excepto que hacer si el calefactor se apagaba.

Suspiré mientras prendía la luz de las escaleras del sótano. Si tenía suerte, la calefacción era algunos de los tantos objetos a los cuales mi madre había pegado una nota, como las que había en la nevera: Si hay una fuga, descongélalo o como la que estaba en la licuadora: Cierra la tapa firmemente antes de usarla. No tenía suerte. La calefacción no tenía ninguna nota que me ayudara.

Mi próxima parada fue el ordenador donde busqué en Google, cómo reparar una calefacción. Cinco sitios de compañías aparecieron. Sólo una de ellos, “Reparación de materiales de calentamiento”, ofrecía un servicio las 24 h. Marqué el número.

El teléfono sonó cinco veces antes de que alguien me atendiera.

—Sí, ¿qué quieres? —sonó la voz de una mujer gruñona.

Supongo que uno no puede esperar el mejor servicio al cliente a esta hora de la mañana.

—Um. Hola —dije, de repente sintiéndome como diez años más vieja—. Perdón si te desperté. Mi nombre es Elyse y mi calefacción se ha estropeado. ¿Es éste el número correcto?

Pude oír a los resortes de la cama chirriando. —Dan —dijo la mujer, obviamente tratando de despertar a su marido—. Danny. Una calefacción rota.

—¿Puede venir? —dije, aliviadamente.

—Seguro que podemos. ¿Cuál es tu dirección? —Le di a la mujer mi dirección—. Sabes —dijo, pareciendo mucho más despierta ahora que había que hablar de dinero—, hay un recargo de ciento setenta y nueve dólares por una llamada de emergencia después de hora. Y la tasa es de setenta y cinco dólares la hora, además de cualquier cosa se necesite. —Tragué.

—¿Ciento setenta y nueve dólares? ¿Sólo por venir?

—En efectivo es mejor. Pero un cheque también está bien.

—Lo siento —dije, con voz de niña pequeña—. Mi madre ha salido de la ciudad.

No puedo escribir un cheque. Ni siquiera sé si podemos permitirnoslo.

La mujer suspiró, como si mi existencia la molestara.

—Bueno, si puedes aguantar hasta mañana, los precios bajan durante el día. Setenta y nueve por el servicio de llamada y setenta la hora después de eso.

—Muy bien —dije—. Claro.

Podría pagar los setenta y nueve dólares con mi último cheque de sueldo, si tenía suerte, sería una reparación que podría cubrir con el dinero de emergencia que había dejado mamá. Ni siquiera tendría que saberlo hasta que llegara a casa.

La mujer me dijo algunas cosas que debía hacer mientras tanto, como abrir un grifo y dejar que se escurriera el agua para que las tuberías no se congelaran. A continuación, dijo que vendrían mañana. Colgué y abracé mi albornoz bien a mí alrededor. La casa parecía más fría por segundos. Pensé en llamar a mi tía Sara, para ver si podía quedarme allí, pero estaba al otro lado de la ciudad, y no quería despertarla. Además, si la llamaba, ella llamaría a mi madre, y eso era lo último que quería. Le dije a mi madre que podría cuidar la casa por mí misma, y tenía la intención de hacerlo.

Miré por la ventana lateral, hacia la casa de Patrick, cuando subía por las escaleras. Era probable que me dejara entrar si llamaba a la puerta, conseguiría unas mantas, y me dejaría dormir en el sofá, pero ¿no sería eso extraño? Me gustaba. Éramos amigos. Pero lo había conocido la semana pasada. Además, lo había rechazado esa tarde.

Así que, en cambio, fui a la habitación de mi madre, puse su bata en la parte superior de la mía y a continuación, busqué en el armario la almohadilla eléctrica que utilizábamos para los dolores menstruales. La conecté a la toma de corriente de mi habitación, la coloqué a mis pies, puse las mantas sobre mi cabeza y volví a dormir.

Y cuando salió el sol a la mañana siguiente, las cosas parecían ir mejor. Claro, la casa se parecía el interior de un refrigerador, pero estaba manejándolo. Tenía la gran, cálida y gruesa capa forrada de mamá. Los chicos de la reparación vendrían pronto. Todo lo que tenía que hacer era hacerme una taza de chocolate caliente, recostarme en la almohadilla, y esperar. Así que esperé. Y esperé. Y esperé. Cuando fueron las nueve en punto, llamé a la escuela para explicar por qué no iba a ir. A las diez, llamé a Hot Stuff Furnace Repair para saber a qué hora estarían aquí. Respondió la misma mujer.

—En algún momento entre las diez y media y las cuatro —dijo.

Al principio pensé que estaba bromeando.

—Pero no puedo esperar aquí todo el día. Tienes que entenderlo. Mi casa está muy fría ahora mismo.

—Eso es lo que pasa cuando se rompe la calefacción —contestó ella con sequedad—. ¿Tienes un calentador pequeño?

No, no tenía un calentador. Además, la odiaba. La odiaba con todos los huesos helados de mi cuerpo.

—El tipo estará allí tan pronto como sea posible. Tal vez antes del mediodía.

Sin embargo, “tan pronto como sea posible” no terminó siendo antes del mediodía, en absoluto. A las tres, llamé al señor Goodman, para decirle que seguramente llegaría tarde a mi turno en la tienda. A las cuatro me di cuenta de que no podría ir.

Llamé a Dina para darle la noticia y pedirle que le dijera a Patrick que tendría que cancelar nuestra lección de conducir. Entonces llamé a Hot Stuff de nuevo. Al parecer, fue un gran día para romperse la calefacción. Probablemente estarán aquí entre las seis y las nueve de la tarde.

Después de colgar, suspiré y apagué el televisor. No podía soportar otro programa de concursos, o tomar otra taza de chocolate caliente, de todos modos. Pensé que podría salir a esperar a Patrick, así oficialmente podría cancelar nuestra lección de conducir en persona. Dejé una nota en la puerta para los tipos de la reparación, diciéndoles dónde estaba. Además, mientras esperaba, podría llegar a calentarme.

Cuando llegué a la casa de Patrick, llamé con firmeza a la puerta y esperé un minuto, luego dos. Volví a llamar. Por último, escuché un ruido de pisadas.

—¿Hola?

Un anciano abrió la puerta y me miró con ojos grandes y redondos. —Me pareció oír a alguien tocar la puerta —sonrió—. ¿Estás aquí para la recogida del banco de alimentos? Creo que tenemos unas peras en conserva, pero vas a tener que dejarme ir a ver.

—No —dije—. Soy Elyse. De al lado.

—¿Qué? —Él se inclinó hacia adelante—. ¿Quieres más? —Se rascó la cabeza—. Bueno, supongo que podría haber un tarro de mantequilla de maní sin abrir, también. Y tengo pepinillos. ¿Podrías usar pepinillos? Un frasco grande de Dills, pero están en el frío sótano, detrás de algunas cajas. Si no te importa entrar y esperar a que mi nieto llegue a casa, él podrá llevarlas por ti.

—Oh, no —le dije en voz muy alta—. No pepinillos. Yo soy de al lado. —Señalé hacia mi casa. Luego me señalé a mí misma—. Elyse. Elyse Ulrich. Usted conoce a mi madre.

—Oh, la chica Ulrich —dijo comprendiendo—. Tendrás que perdonarme. No tengo mi audífono. Ven. Entra. ¿Qué puedo hacer por ti?

Entonces, en voz más alta, le expliqué todo lo de la calefacción.

Él asintió con la cabeza.

—Tienes una estufa de gas de combustión, si mal no recuerdo —dijo—. ¿Has comprobado el piloto?

Negué con la cabeza. Ni si quiera sabía lo que era el piloto, y mucho menos si nuestra calefacción lo tenía.

—Bueno, ese sería el primer paso. Déjame ver... —Él miró su reloj—. Patrick no llegará hasta dentro de unos minutos. Toma asiento. —Hizo un gesto hacia la sala de estar—. Voy a por mis audífonos, entonces bajaré. Iré y veré si puedo echar un vistazo por ti.

Yo no sabía si fue el hecho de que mis lagrimales se había descongelado después de un largo día congelado, o el agotamiento de haber dormido tan mal la noche anterior, o el hecho de que sin saber quién era yo, el abuelo de Patrick estaba dispuesto a darme un bote de pepinillos en vinagre, pero de repente, su bondad me abrumó.

—Gracias —le dije, las lágrimas brotaron de mis ojos. Las palmeé—. Eso sería genial.

Él subió las escaleras. Mientras esperaba, me quité las botas, entré en la sala de estar y me senté, tirando de mis guantes y mirando alrededor.

El sofá donde estaba sentada era formal e incómodo. Su patrón floral competía con las cortinas y con el empapelado. Dos lámparas de cerámica, flaqueaban a cada lado, apoyadas remilgadamente en unas mesas que no habían sido desempolvadas en meses. Una colección de figuras Royal Doulton, de damas con vestidos de gala bailando, congelados cada pocos pasos, en una caja de madera oscura. Todo sobre el lugar hacía evidente que una mujer había amado una vez esta sala.

Me puse de pie y me acerqué a la repisa de la chimenea, que estaba llena de fotos enmarcadas que parecían ir en orden cronológico de izquierda a derecha. Una novia joven y su marido de pie junto a un árbol, sonriendo uno junto al otro. Una foto de la misma pareja en un parque en tonos sepia: Esta vez la mujer abrazaba un niño pequeño desde atrás, el hombre sostenía un bebé en sus brazos.

Me fui por la línea hasta que llegué a las que mostraba a una pareja de pelo canoso, acariciando a dos niños, uno Patrick con el pelo rizado sentado en los escalones enfrente de la misma casa que en la que estaba ahora. La abuela de Patrick llevaba la misma sonrisa en cada una de las fotos. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, con los ojos brillantes de la risa.

Seguí hacia abajo en la línea de fotos, mirándola con más cuidado ella estaba cada vez más joven. En realidad, era hermosa, y no sólo porque su pelo caía en rizos perfectos y sus pómulos eran altos. Había un calor inconfundible y una alegría en ella. Además, era obvio para mí, que ahora Patrick tenía sus mismos ojos verdes brillantes y el mismo pelo rizado.

Acababa de llegar a la última foto, la foto de la boda, cuando oí la puerta de la entrada abrirse.

—Hola abuelo —dijo Patrick en voz alta—. Ya estoy en casa.

Estaba a punto de llamarlo para hacerle saber que estaba allí, pero algo me llamó la atención. Me acerqué a la imagen. Allí, alrededor del cuello de la abuela de Patrick había un pequeño colgante en forma de corazón. La foto era en blanco y negro, así que era difícil saberlo a ciencia cierta, pero me resultaba familiar: Muy parecido al ópalo del pendiente que mi madre había encontrado entre las tablas del suelo en nuestro ático la semana pasada. ¿Podría ser?

—Bueno —Oí al abuelo de Patrick en las escalera de nuevo—. Ahí estas. Patrick, la chica Ulrich está aquí, esperándote en la sala de estar. Tiene algunos problemas con su calefacción. Estaba a punto de ir a comprobar la luz piloto.

—Yo lo haré abuelo —respondió Patrick.

Suspiré en silencio. Una cosa era tener ayuda del abuelo de Patrick con la calefacción, pero lo último que quería era aceptar la ayuda de Patrick. A pesar de que había aceptado ser su amiga, las cosas estaban todavía un poco incómodas entre nosotros. Pero también, si él podía arreglarlo, que era poco probable, el hecho de que él me rescatara tenía que ir derecho a su cabeza. Y, si no podía, y él era algo parecido a cualquier otro chico que había conocido, sería un golpe demasiado grande para su orgullo.

—Eres un buen chico —dijo su abuelo—. Me has salvado de la nieve. Voy a conseguirte mi cinturón de herramientas.

Un minuto más tarde, la cabeza de Patrick asomó a la sala.

—Patrick, reparador de calefacciones a su servicio —dijo. Le di una sonrisa forzada—. Bueno, más o menos a su servicio —continuó—. Con una condición.

—¿Cuál? —Pregunté, alejándome de la foto y poniéndome mis guantes de nuevo.

—Tan pronto como pueda solucionarlo, vamos a conducir. Dina me dijo que querías cancelarlo, pero sólo tenemos siete días más. No suspenderás una prueba en mi guardia.

—Pareces muy seguro —repliqué.

—¿Sobre la prueba o sobre la calefacción?

—Sobre las dos cosas.

—Sí. Bueno, soy muy bueno —dijo.

Puse los ojos en blanco.

Pero al final resultó que había tomado un curso electivo de reparación de aparatos al volver de su escuela en Toronto, y era bueno.

Cinco minutos más tarde, pasó cerca del armario gigante que yacía boca abajo en el centro del sótano.

—¿Lo mantienen siempre aquí? —preguntó, dándole una mirada extraña.

—No realmente —expliqué todo sobre la caída sobre mi madre. Patrick se ofreció a ayudarme a empujarlo en posición vertical, pero sólo me estremecí y sugerí que teníamos problemas más grandes y fríos en los que centrarnos en este momento.

Él asintió con la cabeza e iluminó con una linterna los oscuros recovecos y telarañas de nuestro sótano.

—Bueno, no es el piloto —dijo él agachándose cerca de la calefacción.

—Lo sabía —respondí—. Hay algo seriamente mal con esta cosa. Simplemente está muerto. No serás capaz de arreglarlo. No te preocupes. Ya he llamado a la gente de reparación. Estarán aquí de seis a nueve. Conduciremos mañana. No es gran cosa.

—Hey, no tan rápido. —Él levantó una mano—. No lo he hecho —Rodeó el calefactor, apoyando la mano contra la tubería obstruida, a continuación, engatilló y tartamudeó—. Huh —dijo por fin, con una sonrisa de última hora en su rostro—. Creo que veo el problema.

—¿En serio?

Vi que alcanzó el techo y encendió el interruptor, uno de los mismos que, me di cuenta, había apagado anoche, cuando había ido apagando luces después de comprobar que las ventanas estaban cerradas con llave. La calefacción volvió a la vida. Incluso en el sótano helado, sentí el cálido rubor en mis mejillas.

—Ya sabes —dijo—, si realmente querías verme, sólo tenías que venir. No tenías que apagar tu sistema de calefacción y pretender que estaba rota. Quiero decir, la falsa enfermedad de Lyme es una cosa, pero eso...

—Mira. No lo hice. Yo sólo... No sabía que interruptor era el que tenía que apagar. Sinceramente, pensé que estaba roto. Lo dejé muy claro ayer. No me siento de esa manera acerca de ti...

—Relájate —dijo, dándome una sonrisa condescendiente—. Sólo estaba bromeando. ¿Broma? ¿Bromeando? ¿Perder el tiempo? ¿Has oído hablar de ello? Además, no creo que me sienta de esa manera tampoco. Ya no es así. No tienes que preocuparte. Mi enamoramiento por ti es historia pasada.

Exhalé en gran medida, sintiéndome una idiota egoísta, una vez más.

Por supuesto que había sido una broma. Yo lo había rechazado de una manera muy seria el día anterior y no era estúpido. Era evidente que Patrick no tenía sentimientos hacia mí. ¿Por qué tendrías que tenerlos?

—Por tanto, damisela en apuros —dijo él, haciendo caso omiso de la mirada de dolor en mi cara y dándome un pequeño puñetazo en el brazo—. ¿Estás lista para conducir?

Capítulo 11

Traducido por porcelaindreams

Corregido por Xhessii

Agradecidamente después de correr, sin ser invitado, a mi rescate y restaurando el calor de mi casa, Patrick parecía saber lo suficiente como para molestarme con eso durante nuestra lección de conducir. Quiero decir, en serio, ¿quién no ha confundido un interruptor para apagar el horno con un interruptor de luz por al menos una vez en la vida? Bueno, quizá era la única persona en la historia del mundo, pero era un error fácil de cometer. El idiota que construyó la casa pudo tan siquiera haber puesto los interruptores de colores diferentes, o haberlos clasificado... Y ahí fue donde lo recordé: Sí conocí al idiota que construyó la casa. O, bueno, sé quién lo hizo. Patrick lo había mencionado durante nuestra primera lección de conducir.

Su abuelo vivió al lado de nuestra casa desde que él era un niño. Su padre —el tatarabuelo de Patrick— había construido las dos casas. Claro que había sido muchos años atrás. La calefacción probablemente había sido reemplazada desde entonces... Así que no podía realmente culpar a Patrick y sus familiares por mi estúpido error.

Aun así, el hecho de que el tatarabuelo de Patrick había construido la casa, de algún modo, puede explicar cómo el collar de forma de corazón había terminado en nuestro ático.

Más tarde en la noche, en mi felizmente cálida alcoba, conecté mi iPod y escuché “Gloria”... Que había estado atorada en mi cabeza desde que la oí en la cocina de Patrick. Bailé alrededor, pateando calcetines fuera de mí camino, mientras buscaba en el canasto de ropa limpia los viejos vaqueros que había usado cuatro días antes, cuando mi madre y yo desempacábamos las últimas cajas.

Cuando los encontré, saqué el pequeño collar fuera de mi bolsillo y bailé todo el camino hacia el fregadero, donde vertí un pulimento blanco plata en un trapo y empecé a trabajar. Limpié la cadena primero, trabajando metódicamente los delicados enlaces hasta que las manchas negras desaparecieron, revelando plata destellante.

Después dirigí mi atención al colgante. Era pequeño —no más grande que la uña de mi dedo meñique— y no fue hasta que tallé el pendiente y lo examiné bajo la luz que me di cuenta de lo que parecía un ancla sosteniendo la piedra que era un diamante muy pequeño. Le di la vuelta. Unas pequeñas letras detrás captaron mi atención. **MBW tomó AC. 23-3-1917**. Estudié la inscripción. ¿MBW era una persona? Y, si así era, ¿dónde tomó a AC? La última inicial, me di cuenta de que podía ser de “Connor”. Que era el apellido del abuelo de Patrick. Pero, después, la fecha inscrita no tenía sentido. 23 de Marzo de 1917. Hice las cuentas en mi cabeza. ¡El pendiente tenía casi

cien años! El abuelo de Patrick no pudo haber sido mayor de ochenta y cinco. Lo dejé colgando de mi mano por un minuto, mirando cómo captaba la luz.

Cuando entré a la sala, la música de mi iPod que venía desde arriba cambió a una lenta y romántica canción de Eric Clapton, *“Wonderful Tonight”*. Es acerca de una pareja casada, ya grande, y cómo el hombre aún ama a la mujer y piensa que es hermosa después de todos esos años...

Siempre me pone un poco triste, de hecho, porque en la vida real, casi nunca pasaba algo así. Sólo toma a mis padres por ejemplo... Mientras los años pasaban, mi papá no pensó en que mi mamá se hizo más maravillosa. Simplemente se cansó de ella y comenzó a engañarla. O piensa en Matt Love. Sólo había sido cuestión de meses antes de que él decidiera que yo no valía su tiempo. Era lo que todos los hombres hacían si les dabas la más mínima oportunidad.

Aun así, la idea detrás de la canción era romántica, y sin ninguna razón, mi corazón comenzó a latir más fuerte, cuando puse el pendiente encima de mi mano. Abrí el broche y lo sostuve frente a mi cuello, luego me acerqué a mirarme en el espejo cerca de la chimenea. La cadena tenía el largo exacto para mí, y el iridiscente color agua de la piedra mostraba las manchas sutiles de azul en mis ojos cafés. Fijé el broche y puse mi mano sobre la piedra, amando cuán fresco se sentía el pequeño óvalo contra mi palma. Una cosa era segura: Si éste en realidad pertenecía a la abuela de Patrick, tenía que regresárselo al Señor Connor. Estaría mal no hacerlo.

Patrick había dicho que su abuela murió de un infarto recientemente, lo que significaba que sus abuelos habían estado casados hasta el final. Un amor como ése era increíblemente raro, y estaba segura de que el Señor Connor querría el collar de vuelta.

Quitó mi mano del collar y miré mi reflejo otra vez. Decidí que llevaría el pendiente a la casa de al lado, a primera hora de la mañana. O, mejor aún, se lo daría a Patrick cuando lo viera la tarde siguiente... Lo dejaría ser el primero en gozar de la mirada que cruzaría el rostro de su abuelo cuando lo viera después de quién sabe cuántos años.

La canción de Eric Clapton terminó, y rodeé mi cuello para quitarme el opaco corazón, luego lo pensé más determinadamente. Casi tenía cien años, después de todo. Una reliquia familiar. Probablemente sería más seguro si me lo dejara puesto. De ése modo estaría segura de no perderlo.

—Es un hermoso collar —dijo Dina justo cuando me vio en la escuela al día siguiente.

—Oh, gracias. —Miré arriba de la mesa del almuerzo donde estaba ocupada atiborrándome para mi examen de química del siguiente período—. Es una reliquia de familia —añadí sin razón. Obviamente, no podía mencionar que pertenecía a la familia de Patrick. Tenía exactamente cuarenta minutos para perfeccionar mi entendimiento de la teoría cinética molecular. No tenía tiempo para contarle la historia completa, y no la quería especulando una conclusión errónea: De que Patrick me lo había dado.

—¿Cómo estuvo todo ayer en la tienda? —pregunté en vez de decir otra cosa mientras subrayaba las definiciones de calor y cambio de temperatura en mi cuaderno.

—Genial —respondió ella. Sus amigas Carly y Cara se nos habían unido con sus bandejas de almuerzo—. Incluso trabajando sola, todavía me las arreglé para dar algunos chocolates gratis y anotar a quince personas más para el programa de lealtad de los clientes. Eso hace cincuenta y seis en total. ¡Estamos más que cerca! —El bolsillo de Dina vibró. Ella se puso de pie, sacando su teléfono.

—¿Es Patrick? —pregunté casualmente cuando ella leía el mensaje.

Ella sacudió la cabeza y cerró el teléfono rápidamente. —Es sólo mi madre preguntando qué quiero de cenar. —Ella deslizó su celular de regreso a su bolsillo—. Le contestaré después.

Carly sumergió una papa frita en catsup. — ¿Tu madre sabe textear? —Dijo ella, obviamente sorprendida. Yo también lo estaba, a decir verdad. Mi mamá todavía tenía problemas usando el correo de voz en su celular. A veces hasta necesitaba ayuda con el control remoto de la televisión.

—Tomó una clase —dijo simplemente Dina, luego cambió de tema—. ¿Alguien quiere éste pastelillo? Ya estoy tan llena.

—No, gracias —dije distraídamente, levantando una mano hacia el collar para asegurarme de que aún seguía allí: Algo que me había encontrado haciendo quién sabe cuántas veces ése día.

Cuando llegamos a la tienda ésa tarde, el Señor Goodman estaba revisando nuestras estadísticas de la lealtad del cliente. Nos palmeó a las dos en la espalda con sus carnosas manos.

—Ahí están mis mejores vendedoras —dijo cálidamente—. Sea lo que sea que hagan, sigan haciéndolo. ¿Cincuenta y seis tarjetas de lealtad del cliente en dos días? Ahora, eso es impresionante. Las ventas han subido el quince por ciento desde la semana pasada. ¡Quince por ciento! —Repitió claramente asombrado. Las dos sonreímos y nos encogimos de hombros.

Fuera de nuestras estelares habilidades para las ventas, nuestros chocolates tipo robados, o simplemente el hecho de que el Día de San Valentín se estaba acercando rápidamente, la tienda estaba definitivamente más ocupada de lo normal. Nos la pasábamos corriendo la mayoría del turno. Tres veces diferentes, el teléfono de Dina vibró en su bolsillo con un mensaje, pero ella ni siquiera tuvo el tiempo de responder.

—No debiste de haber dejado que tu madre entrara a ésas clases para aprender a mensajear —dije cuando éste vibró por cuarta vez.

—Ya sé, ¿cierto? —Dina suspiró dramáticamente—. Ahora me puede contactar las veinticuatro horas al día. ¿Podrías cubrir la caja por unos minutos? Sólo le diré que quiero fettuccini Alfredo para cenar, para que me deje en paz.

Yo apenas había tecleado mi ID cuando miré hacia arriba y vi un rostro familiar.

—¡Señora Conchetti! —saludé a mi mejor cliente—. ¿De regreso por más cartas? Tendrá ése Cupido a tiempo para el nacimiento de su nieto, se lo aseguro. ¿Cuántos días faltan para que se nuera dé a luz? Usted debe estar muriendo de la emoción.

—Bueno —ella dijo, alcanzando su bolsa para sacar su monedero—, a veces estas cosas no pasan exactamente acordes al plan. —Sacó su foto tamaño cartera de un pequeño bebé y me la mostró, su mano temblaba. Era obvio desde un principio que algo estaba mal, y no sólo por el temblor en su mano. El bebé en la foto estaba usando una pequeña máscara de oxígeno—. Nació el pasado martes —dijo ella—. Prematuro por dos semanas, la razón por la que no he estado por aquí hasta ahora. Lo llamaron Nolan Conchetti. Dos kilos treinta y ocho gramos. El bebé más hermoso que he visto. —Miré hacia la señora Conchetti. Una lágrima corría por su mejilla—. El otro día, le diagnosticaron un defecto congénito del corazón, un hueco. Le programaron una cirugía para la semana siguiente, contando desde hoy. Él es tan pequeño —dijo ella, deslizando la fotografía de regreso a su lugar. Se limpió la mejilla con la mano, luego pasó su meñique bajo su ojo para quitar cualquier rastro de maquillaje corrido—. Mírame. Soy un asco.

—Está bien, señora Conchetti. Cualquiera lo sería. Lo siento mucho. Desearía que hubiera algo en lo que pudiera ayudarla —lo dije en serio, pero aun cuando decía las palabras, supe cuán falsas sonaban. Después de todo, ¿qué podría hacer para ayudar a un bebé enfermo del corazón? Bajé la mirada hacia su compra: Una sola tarjeta con un gatito colgado de un árbol. Colgado ahí.

—Para mi nuera —explicó la señora Conchetti—. Pensé que esto quizá le recordaría el tener la barbilla en alto. Nolan es un luchador. Simplemente puedo decirlo. Todos los Conchetti lo son —Le cobré, luego sellé la tarjeta de lealtad del cliente que ella deslizó por el tablero. Aún le faltaban nueve tarjetas para ganar el muñeco Cupido.

—No sé por qué me molesté en tener eso sellado, considerando las circunstancias —dijo ella, poniendo la tarjeta de nuevo en su cartera—, no creo que pueda comprar suficientes tarjetas ésta semana como para conseguirle a Nolan el muñeco de Cupido —ella suspiró—. Y creo que la promoción ya se habrá acabado para cuando regrese a la tienda. Pero el año siguiente. Se lo conseguiré para el año siguiente —musitó como si necesitara convencerse a sí misma de que habría un nuevo año para su nieto.

—Claro que lo hará. El año siguiente. Como usted dijo, él es un luchador, ¿cierto? —La señora Conchetti asintió—. Usted debería hacer lo mismo. —Le recordé, dándole a su mano un rápido apretón cuando le devolví su bolso—. Hágame saber cómo va el pequeño Nolan cuando tenga la oportunidad, ¿sí? Estaré pensando en él.

—Gracias, Elyse. Estaré en contacto contigo —respondió ella, sonriendo valientemente antes de retirarse. Tomé un hondo respiro e intenté suprimir mis lágrimas mientras metía el cambio que ella me había dado en la caja registradora.

—Hey, Elyse —Miré hacia arriba. Patrick estaba parado a un lado del tablero. ¿Hace cuánto había estado para ahí? Había estado tan concentrada en la señora Conchetti que ni siquiera me di cuenta cuando él entró al lugar. Suspiré. No sabía por qué — apenas la había conocido tres meses atrás cuando comencé a trabajar en Goodman's— , pero las noticias sobre el nieto de la señora Conchetti estando enfermo me habían puesto muy mal. Necesitaba un minuto para regresar a la normalidad, pero eso obviamente no iba a pasar teniendo a Patrick mirándome.

—Por favor, no me digas que necesitas otro lapicero —le dije. Abrí el cajón debajo del efectivo y pretendí estar buscando algo para no tener que hacer contacto visual. Estaba tan asustada que estaba a punto de empezar a llorar por el enfermo bebé pero no quería que él intentara consolarme en primer lugar.

—No —contestó, mordiendo su labio y sacudiendo su cabeza—. Ningún bolígrafo esta vez. Sólo algunas tarjetas. Pero tú quédate ahí. Está bien. Puedo encontrarlas yo mismo.

Él se alejó, dejándome amablemente unos pocos minutos para mí misma. Regresó cinco minutos antes de nuestra lección de conducir, botó una brazada de tarjetas de San Valentín en el tablero, luego sacó su cartera, retirando de ella los billetes y monedas.

—Tengo cuarenta y cinco dólares y diecisiete centavos —añadió finalmente, deslizando el efectivo y su tarjeta de lealtad del cliente hacia mí—. ¿Cuántas de éstas puedo costearme?

—Tendrás que dejar éstas cinco —le dije después de sumar el total de la compra—. Pero eso aún te deja con once tarjetas. ¿Has conocido muchas chicas nuevas recientemente, o algo parecido? —No me había perdido el hecho de que la tarjeta que le había recomendado que comprara el otro día —la sencilla con el fondo plateado y el corazón rojo—, no estaba en la pila. Pero la nauseabunda con los cachorros usando sombreros flexibles —que siempre causaba que Dina exclamara un “Awwwww”—, lo estaba.

—Oye, nunca hace daño estar preparado, ¿cierto? —Pero no podía ni forzar una sonrisa en respuesta de su mala broma. Él sólo lo había aceptado y había comprobado lo que sospeché desde un principio: Como la mayoría de los chicos de su edad, Patrick no era selectivo. Él estaría cubriendo las bases en dar toneladas de tarjetas a toneladas de chicas, luego estaría feliz con cualquiera que aceptara su oferta.

Dina, quien estaba parada cerca de la impresora, mandándole textos a su madre otra vez, levantó la mirada y saludó a Patrick. Sentí a mi corazón hundirse. Sabía que ella

tenía un serio enamoramiento con él, pero si así era el modo en el que Patrick iba a ser, alentándola para que lo persiguiera, ¿estaba dejando que su corazón se rompiera?

El pensamiento me distrajo en toda mi lección de conducir esa tarde.

—Así que, ¿esas cartas son para chicas de tu escuela? —Le pregunté a Patrick después de que dirigí el coche en la rampa de alta velocidad en la autopista, parte dos—. ¿O se las enviarás a las chicas allá en casa, en Toronto? —Presioné cuando él no contestó.

Él jugueteó con el reproductor de CD. La banda sonora de hoy no era *Surely Sarah*, pero era algo similar. Suave y acústica, pero con un hombre de vocalista esta vez.

—Aún no decido exactamente —respondió—. Querrás meterte en el carril a mano izquierda, justo aquí —Revisé mi espejo y mi punto ciego, luego eché un vistazo rápido a Patrick antes de cambiar de carril. Él estaba contemplando por la ventana despreocupadamente.

—¿A qué te refieres con “aún no decido”? —interrogué—. Ya casi es el Día de San Valentín. Y, en caso de que no lo sepas, se supone que debes tener una cita. No once. No es tiempo de mantener tus opciones abiertas.

—¿Por qué no? —preguntó—. Nuestra salida es la siguiente después de ésta. Comienza a moverte a la derecha.

—¿Entonces, por qué hiciste que me moviera a la izquierda? —Le reproché, irritada. Chequé mi punto ciego de nuevo y, como lo hice, capturé una vista de Patrick sonriendo como un idiota.

—Porque no es romántico el tener once citas. Es como si le dijeras a cada una de esas chicas cuán no especiales son para ti —pareció pensar en ello por unos minutos.

—Ahí está nuestra salida —dijo finalmente—. Prepárate para dar la retirada, luego intentaremos encontrar un lugar para practicar el estacionarse. —Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, luego se retorció fuera de su chaqueta. Por una vez, la calefacción del auto pareció estar trabajando de verdad. Mientras él dejaba su abrigo en el asiento trasero, era imposible no notar el modo en que éste olía, aunque me tomó un par de segundos averiguar qué era. Una extraña combinación de café, aserrín, y grasa de motor, probablemente atrapado de los talleres en su escuela, —Middleford Tech—. Señalé y me escabullí por la rampa de salida.

—No te habrás puesto celosa, ¿o sí? —Me preguntó.

—¿Y por qué habría de estarlo?

—Porque no crees estar en mis mejores once.

Resoplé.

—Claro, porque eso sería un gran honor. —El segundo en que dije eso, supe que sonó mezquino. Después de todo —aunque por ahora ya era “historia antigua”—, él había confesado que tenía una atracción hacia mí justo unos cuantos días antes.

—Hey —replicó—. Algunas chicas estarían honradas. He tenido novias antes, ¿sabes? —Añadió, casi sonando herido—. Muchas de ellas. Y, de todos modos, nunca dije que no te daría una tarjeta. Tú puedes ser mi número doce si quieres.

Ahora ya no me importaba si sonaba mezquina.

—Asombroso. Esperaré mi tarjeta conteniendo la respiración. —Giré el volante bruscamente hacia la izquierda. Algo demasiado brusco, probablemente. Pasamos por la esquina demasiado rápido. Patrick agarró el volante y nos regresó a nuestro anterior curso—. Lo siento —dije.

Manejar y estar irritada con Patrick eran dos cosas que obviamente no era bueno mezclarlas. Supe que debía cambiar de tema por algo más sano. Mi primera idea fue el collar, pero rápidamente me puse en su contra. Era una hermosa reliquia, después de todo. Un símbolo del amor duradero. Cualquier tipo que comprara once tarjetas de San Valentín y alardeara de cuántas novias había tenido no merecía tocarlo. Sólo se lo daría a su abuelo cuando llegáramos a casa.

—¿Cómo va la cosa de escribir canciones? —Le pregunté en vez, mientras me calmé y aceleré despacio. No le había preguntado nada al respecto desde el primer día en que lo conocí oficialmente, cuando compró un lapicero número uno.

Ahora era su turno de ponerse molesto. Se encogió de hombros y miró afuera por la ventana.

—Bien.

—¿Sólo bien? Tú sabes, si alguna vez buscas a alguien para tocarle una canción, no me importaría oír una de tus canciones.

—Sí, no estoy muy seguro de eso —dijo en respuesta—. Realmente no canto frente a las personas, a excepción de mi amigo Jax.

—¿Entonces cómo serás un famoso cantautor? ¿Y qué hay con tu banda? Nunca llegarás a las listas de los mejores si no te muestras en público. Sabes que lo único que tienes que hacer es trabajar con tu confianza —le aconsejé, repitiendo una de las molestas cosas que él me había dicho durante nuestra primer lección de conducir—. Estoy segura de que eres asombroso. Además —seguí—, la mayoría de las chicas están al tanto de todas esas cosas. Si quieres impresionar al top once... —Mi voz se apagó, pero, obviamente, estaba pensando en Dina. Si él le cantara una canción que hubiera escrito él mismo, ella se derretiría en un charco de chica-goo.

—Oh, por Dios —exclamé, de pronto ideando un plan brillante—. Deberías escribir una canción para la fiesta de Dina. —Él me miró inciertamente—. Podría ser, como, tu gran debut. En frente de una audiencia real. —Sólo la idea hizo que se pusiera como dos tonos más pálido que lo usual—. Piensa en ello como una composición extrema. Haz eso, y ya nunca tendrás miedo de cantar en frente de alguien. Vamos. —Le sonreí, sabiendo que lo tenía—. Te reto a menos que, claro, estés demasiado asustado.

Eso selló el trato. Ningún hombre admitiría estar demasiado asustado.

—Está bien —me respondió, tragando saliva—. ¡Adelante! Tan sólo prepárate para perder la cabeza.

—Oh, estoy preparada —añadí, presionándolo lentamente. Frené despacio, puse el auto en reversa, luego maniobré con cuidado en un espacio entre una minivan y un auto pequeño.

—Porque, cuando termine de cantar —prosiguió obviamente tratando de reunir coraje—, cada chica en la fiesta rogará para estar en mis mejores once. Tal vez hasta debas pelear para seguir en tu puesto número doce.

Sin pensarlo, puse una mano sobre mi pecho, reposándola sobre el pendiente otra vez.

Entonces puse el carro en marcha, revisé mi punto ciego, y me salí de aquél lugar.

—Bueno —le dije. Las palabras salieron de mi boca en un tono coqueto que no había sido intencionado—. Ya lo veremos. Si tus canciones son en verdad así de buenas. Probablemente quiera mantenerme en ése puesto.

—Sigue estacionándote así —dijo, señalando frente al espacio vacío que apenas había dejado atrás—, y tan sólo podría lanzarte a mi número once. Eso fue grandioso. —Me sentí extraña, un inesperado borbotón de orgullo y gratitud por sus palabras. No porque yo implorara estar en el número once de la lista de Patrick —obviamente—, pero porque él tenía razón. Me había estacionado perfectamente, por mi propia cuenta, y lo había hecho sin hiperventilar o maldecir. En realidad, apenas tuve que pensar en ello. Claramente, había presenciado un milagro.

—Gracias —dije simplemente, y aun sonriendo, manejé de vuelta a casa.

Capítulo 12

Traducido por CyLy DiviNNa

Corregido por Xhessii

La única desventaja de hacer mi primer estacionamiento paralelo este día resultó ser: Volver a una casa vacía y no tener a nadie a quien contárselo.

—¿Adivinen qué? —Le dije a los muchos pandas de peluche que mi mamá había sacado del sótano antes de partir hacia México. Los había incluso lavado y alineado arriba en mi escritorio para la preparación de la fiesta de Dina—. ¡Me estacione! —Levanté uno negro con blanco y le aplaste la cabeza. Me miró sin comprender.

Me dejé caer sobre la cama, abrazándolo felizmente junto a mi pecho de todos modos. Tal vez fue porque estaba en la cima del mundo de la cosa del estacionamiento, pero de repente no me estaba anticipando a la fiesta de Dina —o el Día de San Valentín, en realidad—, con la misma cantidad de temor. No sólo iba a llegar a ver lo feliz que hacía a Dina adoptar no uno, sino dos osos en peligro de extinción, pero también me gustaría llegar a ver a Patrick cantar delante de un público por primera vez. De alguna manera, dudaba de que tuviera a todas las chicas desmayadas a sus pies, como tenía previsto, pero, al menos, Dina se impresionó.

Además, él le había dado una oportunidad de realmente verla en acción y hacer que todos se sintieran bienvenidos en su fiesta mientras ella salvaba al mundo y un oso a la vez. ¿Cómo no se impresionó lo suficiente como para olvidarse del resto de sus once tarjetas y centrarse en su lugar?

Cómo llegar a sentarme y ver qué sucede, sabiendo que había orquestado todo el asunto, incluso podría ser una especie de diversión.

La mañana siguiente era sábado, y no estaba programada para comenzar mi turno en el trabajo hasta las dos. Dormí hasta las diez, y luego pasé otra hora sentada ahí en la cama leyendo. En el momento en que finalmente bajé, me estaba muriendo de hambre. Llegué a los Cheerios y fui a verterlos en un tazón. Un puñado pequeño se cayó, seguido por el polvo en la parte inferior de la caja.

Suspiré tirando la caja, puse el cartón de leche —que también estaba casi vacío— de nuevo en la nevera, y tomé el pan, pensando que tendría que comerlo en su lugar. Pero al segundo en que toque la bolsa, me di cuenta de que la barra de pan estaba rancia. Obviamente esa era la razón por la que mi madre siempre ponía de inmediato el pan en una caja para el pan, tantas cosas que antes no me había molestado en hacer después del desayuno por la mañana, a pesar de la útil nota adhesiva en la caja de pan en la que me instruía a hacerlo.

Volví a subir a vestirme, mirando el ópalo de corazón, que estaba apoyado en mi cómoda. No era que me había olvidado exactamente de dárselo de vuelta al abuelo de Patrick el día anterior. Sólo que, por el momento Patrick y yo habíamos estado en la entrada de la casa después de la lección, esta canción sonaba realmente ridícula en el estéreo del automóvil, y Patrick estaba haciendo un solo de bongó en su propia cabeza, y realmente me hizo dudar de su historia teniendo un montón de novias en Toronto —lo que probablemente sólo dijo para salvar su orgullo—. Y entonces él comenzó a tocar los bongos en su cabeza, y en definitiva, el momento justo no se había sentido del todo bien para la devolución de la reliquia perdida hace mucho tiempo. Sin embargo, estaba pensando en ir a devolverlo pronto al Sr. Connor. Es probable que incluso ese día. Simplemente no estaba bien en este segundo. En primer lugar, tenía que concentrarme en ducharme y vestirme. Mi prisa por la mañana había terminado. Tenía que ir de compras.

Tuve que admitir que me sentí muy madura cuando me bajé del autobús número ocho y caminé por el estacionamiento de comestibles ValuePlus media hora más tarde. Todo a mí alrededor eran familias cargando bolsas de comida en sus coches, señoras de edad arrastrando coches de paquetes completos de sopa y atún en conserva, e incluso uno o dos estudiantes universitarios que no se veían mucho más viejos que yo paseando con las bolsas reutilizables echadas sobre sus hombros. Levanté mi propia bolsa de lona en mi brazo. Es decir, hasta que me metí en la tienda.

Obviamente, había ido de compras con mi madre un billón de veces. Sabía cómo iban los carros, y cómo soltarlos de la fila uno.

Probablemente podría haber encontrado mi camino a los pasillos de la leche y pan con los ojos vendados. Era sólo que nunca había estado allí por mí misma antes, con el dinero en mi bolsillo, y nadie que me diga qué comprar.

Empecé con las mejores intenciones, seleccionando tres plátanos y una planta de lechuga. Pero eso me hizo pensar en la ensalada César con crotones y aderezo cremoso hecho en casa. Había visto una receta picatostes en una de las revistas de mi madre, que parecía bastante fácil. Iba a necesitar una hogaza de pan francés, ajo, perejil y queso parmesano. Pero, ya que esta iba a ser una ensalada de lujo en serio, no quería las cosas de buen precio en lata. Me dirigí hacia el queso parmesano real en el mostrador de delicatessen. Me quedé boquiabierta cuando vi el precio: ¡\$12.75! ¡Por el queso! Lo tiré en el carrito de todos modos. Después de todo, era para la ensalada. Mi madre lo aprobaría.

He navegado ilesa a través del pasillo de palomitas y papas, y apenas miré el helado. Era la sección de cocción la que fue mi perdición. Necesitaba cosas para las galletas y el pastel de queso molinete que le había prometido a Dina, por lo que amontoné una bolsa de harina, una libra de azúcar, el cacao, la vainilla, y una bolsa enorme de trozos de chocolate semi-amargo. Entonces me di cuenta de estos adorables forros de papel para moldes para panques que tenían corazones minúsculos en ellos, y si iba a hacer magdalenas, también, iba a necesitar más harina —por no hablar de los huevos, la mantequilla, y dos paquetes de queso crema para el pastel de queso—. Mientras estaba

en el pasillo de lácteos, tome un poco de leche y algunos yogures pequeños de frutas y, a continuación, en un impulso, una bolsa de galletas Oreo del pasillo de al lado. Podría utilizarlas para hacer decoraciones de panda en el pastel. Dina iba a morir.

—Por esto van a ser cincuenta y dos dólares y sesenta y cinco centavos. —Dijo la cajera, tras el análisis de la última bolsa de harina. Tragué saliva. Yo sólo había estado planeando conseguir Cheerios, leche y pan — así que cuando había sacado un billete de \$50 del pequeño rollo de cobro de mi madre—, se había ido para la alimentación y las situaciones de emergencia, que me había parecido más que suficiente. Busqué a través de mi bolsillo por el cambio, tratando de ignorar las miradas sucias de la mujer en la fila detrás de mí. Ella fue moviendo de un tirón con impaciencia a través de un National Enquirer mientras esperaba para pagar por una única caja de tamaño gigante de Honey Nut Cheerios. Y fue entonces cuando me di cuenta: ¡Cheerios! Me había olvidado por completo de los Cheerios. Me había olvidado también el pan, a menos que contara el baguette que había elegido para mí picatostes. Bueno, no había vuelta atrás para ellos ahora.

—Uhm. Lo siento —le dije, porque se iban mis últimos centavos en la banda transportadora—. Esto es cincuenta y dos cuarenta y siete. —Me encogí de hombros como disculpándome—. Creo que voy a tener que dejar algo a cambio. ¿Qué pasa con la lechuga? ¿Cuánto cuesta otra vez?

—¡Oh, por el amor de Dios! —El tabloide del mal humor de la Señora Cheerios, dijo. Ella dio una palmada con veinte centavos sobre el mostrador—. Vamos a mantener la línea en movimiento.

—Gracias —sonreí con dulzura, con la esperanza de que no estuviera molesta—. Muchas gracias. Le voy a pagar. —Fue una estupidez decirlo. Obviamente, probablemente nunca volvería a verla. A pesar de que una enorme foto de Angelina Jolie en un bikini estaba cubriendo la mayor parte de su cara, me di cuenta de que estaba poniendo los ojos en mí.

—¿Quieres bolsas? —La cajera me preguntó, haciendo girar un mechón de su cabello—. Cinco centavos de dólar cada uno.

—No. No, gracias. —Agarré mi bolsa reutilizable. No era como si tuviera un adicional de cinco centavos, de todos modos. Pero, como resultó, el valor de \$ 52,65 dólares de alimentos no encajaba muy bien en una bolsa. Metí los trozos de chocolate y los trazadores de líneas en los bolsillos de mi abrigo, y apile un montón más en la bolsa. Cuando terminé, las costuras parecían estar a punto de partirse, y me quedé todavía con una bolsa de azúcar en el hueco de mi brazo.

Para empeorar las cosas, había comenzado a nevar de nuevo.

No es gran cosa, me aseguré, cargando la pesada bolsa por el estacionamiento. Tenía que llegar a la parada de autobús. Y fue entonces cuando me di cuenta: Me había dejado todo mi cambio en la cinta transportadora. Todo. Incluyendo el dinero del autobús.

—Estúpida, estúpida, estúpida. —Murmuré para mí misma cuando empecé caminar por la acera, la nieve volando en mi cara. ¿Cómo podría posiblemente haber sido tan estúpida? Mi casa estaba a por lo menos unos veinte minutos a pie, y la correa de la bolsa de la compra ya estaba cortando mi hombro, por lo que mi brazo sentía todos los tipos de hormigueo extraño.

Miré hacia atrás en el supermercado. Había hecho apenas hasta la mitad de un bloque, y tenía al menos otros doce pendientes. No pude ver ninguna otra opción.

—Disculpe —le dije, acercándome a una mujer empujando un cochecito—. Tengo que hacer una llamada telefónica. Me he quedado sin dinero. ¿Tiene usted una moneda? —Ella pasó por delante como si ella no me hubiera oído hablar—. ¿Perdón? —Lo intenté de nuevo, acercándome a un hombre que estaba abriendo su auto—. ¿Tiene usted un...

—Lo siento —dijo, entrando y cerrando la puerta antes de que pudiera terminar la frase. Me mordí el labio, luchando por contener las lágrimas. No sólo de repente me sentía indefensa y sola, pero también me sentía culpable, pensando en darles patadas en el hielo como había hecho Jack y todos los demás habitantes de la calle que habían pasado con apenas un vistazo—. ¿Perdón? —Le dije en voz baja, esta vez a un anciano. Él me pasó, la cabeza inclinada contra la nieve a la deriva.

Abatida, dejé caer mi bolsa en la acera con un ruido sordo. No debería haber esperado que nadie sintiera pena por mí. Era una adolescente sana, bien vestida, llevando una bolsa rebosante de comida.

Obviamente, no estaba en extrema necesidad. Tomé una respiración profunda, renunciando al hecho de que tenía un largo, lento y frío camino delante de mí.

—¿Necesitas unas monedas? —preguntó alguien. Miré hacia arriba. Un tipo con una cola de caballo estaba sosteniendo una en su mano—. Te he oído preguntar.

Casi lo abrazó. —Gracias —dije, tirando de mi guante para tomarlo—. He comprado demasiadas cosas y se me acabó el dinero para el autobús. Mi mamá está lejos en México por un viaje, y no tengo un teléfono celular por lo que... —Él levantó la mano para detenerme, obviamente no estaba interesado en la historia de mi vida.

—Paz. —Dijo en su lugar, levantando dos dedos antes de caminar.

—Paz —grité de nuevo, dispuesta a darle las gracias—. Paz a usted también. Y gracias. Muchas gracias. En serio.

Levantando mi bolsa a lo largo de mi hombro, y reajustando el azúcar en mis brazos, me dirigí hacia una cabina telefónica cerca de la parada del autobús. Empujé el cuarto en la ranura y marque, con la esperanza en que Dios, era la única persona que podía responder. El teléfono sonó tres veces antes de finalmente...

—¿Hola?

—¡Dina! Oh, gracias a Dios. Es Elyse. Necesito un favor. Estoy afuera de comestibles ValuePlus. Por error, he gastado mi dinero del autobús. ¿Puedes venir a recogerme? Te lo juro, no me pregunte si había otra manera...

—Oh no —dijo Dina—. Sabes que lo haría, pero estoy en el salón haciéndome las luces en mi cabello para la fiesta. Sin embargo, es muy raro que tú llames. Estoy en la otra línea con Patrick. Estábamos hablando de ti.

—¿En serio? —Sabía que habían intercambiado los números, y que Patrick había llamado una vez que le mando el mensaje de su falsa enfermedad, pero no me había dado cuenta de que hablaban regularmente. ¿Significaba esto lo que pensaba que hacía? Estaba a punto de preguntar quién había llamado a quién primero, pero luego recordé que sólo tenía una moneda. Si mi tiempo se acababa, estaría en serios problemas. Podría preguntarle sobre Patrick más tarde—. ¿Cuánto tiempo más crees que se van a tardar con tu pelo? —Le pregunté en su lugar.

—No lo sé. Déjame ver —Dina cubrió el teléfono con su mano—. La colorista dice que de media hora a cuarenta y cinco minutos. Pero tiene que comprobar cada veinte minutos para estar segura. Lo siento mucho, Elyse. Se me ocurre que justo después. ¿Puedes esperar? —La nieve estaba empezando a soplar ahora. Me estremecí en el interior de la pequeña cabina como tratando de equilibrar el azúcar en la parte superior del teléfono.

—Claro. —Le respondí. ¿Qué otra alternativa tenía?

—O bien, espera. Oh, Dios mío. Estás en ValuePlus, ¿verdad? Le preguntaré a Patrick si puede ir a recogerte. Está en la tienda de música de Jones, justo en la calle. Sólo un segundo.

—Dina, no... —Empecé, pero había hecho clic ya en la otra línea. Prefería estar congelada. O salir de la tienda de comestibles y pasar por un banco de nieve y luego irme a casa pasando los doce bloques.

Después de la cosa de la calefacción, no necesitaba a Patrick burlándose de mí por ser una "damisela en apuros" de nuevo.

La voz de Dina regresó en la línea. —Él dice que no hay problema. ¿Estás en la entrada Laird, o la de Southvale?

—Está bien —le dije—. Dile gracias, pero sólo estaré esperando hasta que tu pelo este hecho. Quiero decir, no quiero incomodarlo.

—Pero está muy frío afuera, Elyse —dijo razonablemente—. Y él dijo que estaba bien. No puedo soportar el pensamiento de que estés afuera por los próximos cuarenta y cinco minutos. ¿Laird o Southvale?

—Laird, pero... —El teléfono hizo el clic de llamada en espera de nuevo.

Pasaron unos segundos. —¿Cerca de la esquina o la parada de autobús? —preguntó ella, volviendo en la línea.

—La parada de autobús, pero, Dina, a mi realmente no me importa esperar por ti...

—Un segundo —me interrumpió ella. El teléfono volvió a hacer clic—. Está bien. Él va a estar allí en dos minutos. Clarissa tiene que comprobar mis luces. Es mejor que me vaya. Pero te veré esta tarde en el trabajo, ¿de acuerdo?

—Espera... —Iba a protestar de nuevo, pero ya era demasiado tarde. Ya había colgado. Suspiré cuando colgué el auricular, entonces me esforcé por las puertas balanceándose en la cabina telefónica con mi enorme bolsa de la compra.

No más de un minuto podría haber pasado antes de que el coche rojo se detuviera. Como ¿qué? ¿Como si hubiera estado sentado en el estacionamiento con el coche en marcha, a la espera de correr al rescate? Patrick apareció y golpeó las cuatro vías de luces intermitentes, a continuación, salió y dio la vuelta para ayudarme. Me tomé hasta la última gota de fuerza de voluntad que no tenía para mirarlo. ¿Qué creía él que era esto? ¿Inglaterra del siglo XIX? No era una especie de elegante dama de honor, sorbiendo té. Había llegado hasta aquí. Podría levantar la bolsa de la compra y meterla en el coche por mi cuenta.

—Oye —llamó, tomando la bolsa de mí sin preguntar y elevándola en el maletero—. Deberías haber llamado desde la puerta. Si hubiera sabido que necesitabas estos alimentos te podría haber traído. Iba a Record Runner de todos modos.

—Sólo necesitaba un par de cosas. —Le contesté. Él echó un vistazo al dilatado, bolso de compras desbordándose que justo había levantado. Eso fácilmente pesaba cuarenta libras—. Y, de todos modos, el autobús va justo por... —Me mordí la lengua y obligué a las siguientes palabras a salir. Después de todo, era agradable que me llevara a casa—. Gracias por venir a buscarme.

—Sí, no hay problema —dijo—. En realidad, me alegra que llamas —apreté los puños, decidida a no señalar que no lo había hecho. Había llamado a Dina, que por casualidad estaba con él en la otra línea—. ¿Tienes diez minutos para volver a RecordRunner conmigo? Estaba hablando con Dina y no pudimos ponernos de acuerdo en que música nos gustaba. Estaba tratando de tocar algunas pistas sobre el teléfono, pero no podía oír muy bien con todo el ruido del secador de pelo en el salón. Estoy ayudándola a poner juntos una lista para la fiesta. —Explicó.

—Oh —dije, mi mente corriendo. Así que por eso había estado hablando con Dina. Eso era bueno. Esto significó que él y Dina pasarían tiempo en el teléfono y en persona en los días próximos... Hablando, vinculándose, escuchando canciones románticas juntos. Eso no podría lastimar. Tal vez, incluso me dejé especular, que había venido a buscarme como un favor a Dina. Tal vez ya le gustaba y estaba tratando de impresionarla yendo a buscar afuera a su mejor amiga. Mi enojo por toda su rutina de caballero-de-brillante-armadura comenzó a derretirse—. Eso es muy amable de tu

parte, hacer la música para la fiesta de Dina. Claro. Tengo tiempo, supongo. Puedo ayudarte.

Tan pronto como llegamos a RecordRunner, Patrick se puso a trabajar. Pidió prestado un taburete de uno de los cajeros y tiró de él hasta mí, y luego empezó a alinear las canciones en la pantalla de muestreo digital. —Bueno, aquí está el trato —dijo, de pie detrás de mí. No pude dejar de notar cómo, cuándo movió la mano para tocar la pantalla, con los brazos me rozo los hombros—. Voy a tocar los primeros treinta segundos de cada una. Tú dices sí o no. Y habremos terminado en diez minutos. —Él tomó un par de gigantes, auriculares sobre mi cabeza y se puso unos a juego antes de tirar un taburete a mi lado, tan cerca que nuestras rodillas casi se tocaban.

—Uh-uh —dije, unos diez segundos en la primera canción. Fue algún superior nauseabundo del top 40 lleno de "*Nena, Nena, Te quiero*" y cosas—. No. No. No —Pasamos por los próximos tres. Vetó el cuarto antes de que yo tuviera la oportunidad.

—Céline Dion debería ser prohibida. —dijo. Yo me reí.

—No podría estar más de acuerdo. Sus canciones me dan ganas de vomitar un poco en mi boca. Muy bien. Este es un sí —dije finalmente. Era Nat King Cole y su hija cantando "*Inolvidable*"—. Sí de nuevo —le dije a Van Morrison, "*Chica de Ojos Cafés*"—. Siempre me ha gustado ésta canción. Me encanta todo lo de Van Morrison.

—Si te gusta los clásicos, ¿eh? —Dijo Patrick—. Tienes buen gusto.

Me sonrojé por su elogio, a pesar de que era una tontería. Quiero decir, a todo el mundo que ha oído hablar de "*Chica de Ojos Cafés*" le gustaba.

Ambos estuvimos de acuerdo en algunas canciones de Ciertamente Sara, y un montón de canciones de The Doors. —Se te olvidó "*Gloria*" —he señalado cuando nos acercábamos a la parte inferior de la lista, que le recordándole la canción con la que había hecho galletas de avena y bailado con la espátula—. Eso es, al igual que el himno del rock and roll de todos los tiempos.

Él se golpeó en la frente con tanta fuerza que casi se cayó hacia atrás de su taburete. Sin pensarlo, extendí una mano para sostenerlo.

—Gracias. —Dijo, riéndose de sí mismo cuando él se enderezó de nuevo.

Me tomó un segundo para darme cuenta de que estaba todavía tocándolo, y rápidamente baje el brazo.

—¡Oh, no! —Dije, volviendo la atención a la lista de las canciones en la pantalla frente a nosotros—. ¿Te das cuenta de lo que acabamos de hacer, ¿verdad? —Él siguió mi mirada y escaneo en la pantalla. Una veintena de canciones en la lista tenía una línea roja a través de ellas, para demostrar que las había rechazado, y el género que figuraba al lado de casi todas ellas era "*soft rock*" o "*pop*".

—Sólo sacamos absolutamente todas las canciones que Dina había solicitado —dijo, sus ojos más amplios entendiéndome.

—Salvo una. —Señaló una con las 40 principales canciones de amor por una banda llamada *Sugar Pop Baby* que había olvidado de alguna manera cortar.

—Está bien —dijo—. ¿Cómo podemos solucionar este problema? —Fue la expresión de su rostro tan dulce, tan preocupado al pensar en herir los sentimientos de Dina lo que hizo como que casi quisiera tirar mis brazos alrededor de él y abrazarlo por ser tan atento... Pero, obviamente, me contuve.

—No va a ser fácil —dije, al repasar la lista en su lugar—, pero podemos hacer esto. Sólo tenemos que elegir las menos malas.

Empezamos en la primera canción de nuevo, marcando cada una de ellas en una escala del uno al diez, donde decenas eran decentes, cursis, y algunas tan cursi que podrían inducir involuntarias arcadas.

—En serio, ¿Britney Spears? —Le dije cuando él sugirió mantener “*Mi corazón por correo electrónico*” una canción poco conocida de su primer álbum.

—Oye —dijo Patrick—, en caso de que no hayas oído hablar, ella está haciendo una reparación. Sin embargo ¿*"Lady in red"*? —desafió a cambio.

—Confía en mí —le aseguré—. A Dina le encanta esa canción. —Anotación. Él acepto.

Nuestro desacuerdo real sólo se produjo cuando Patrick quería incluir a Phil Collins “*De Nuevo todas nuestras canciones*”. —No podemos. —Gemí.

—¿Por qué no? Dina lo puso en la lista con una estrella al lado de él. —Él me mostró un trozo de papel de hojas sueltas con la inconfundible caligrafía sinuosa de Dina en él. En el que fueron repartidos pequeños corazones que tenían caras sonrientes en ellos.

—Es justo... —Estaba estancada, sin saber qué decir. Dina me había contado la historia un millón de veces acerca de cómo había llegado esa canción en la radio una vez, y Damien le había pedido un baile lento a pesar de que ellos estaban solos en su dormitorio. Ella siempre terminaba diciendo que era la cosa más dulce y que siempre la apreciaría en la memoria. Por lo general al final del relato, ella estaría limpiando las lágrimas de sus ojos y haciendo sonar su nariz en un Kleenex. Pero no podría decirle Patrick. Se podría a pensar que ella todavía estaba enamorada de Damien y perdería la esperanza—. Es posible... Que la ponga triste —le dije—. Porque le gusta esa canción, pero ella tendrá que bailar sola.

Patrick se encogió de hombros, como si no pudiera entender cuál era el gran problema.

—Voy a invitarla a bailar cuando la toquen —dijo él, como si fuera tan sencillo. Y tal vez lo era. Me mordí en el labio, sin saber por qué las lágrimas habían surgido de

repente a mis propios ojos. Estaba feliz por mi amiga, después de todo por mis dos amigos. Tal vez era porque Patrick estaba tan pensativo... Así que cuidaba los sentimientos de Dina y estaba tan dispuesto a incluir las canciones que agregó en la lista de temas, a pesar de que los odiaba. Él la trató de manera tan diferente de la forma en que Matt Love me había tratado.

Tal vez estaba celosa de que nunca había encontrado ese tipo de amor.

Patrick golpeó la impresión en la pantalla y se fue a recoger la lista, que afortunadamente me dio un segundo para reponerme, y después estaba de vuelta, levantando suavemente los auriculares de mi cabeza.

—Oh Dios —le dije, echando un vistazo a su reloj. Agarre su muñeca para asegurarme—. Es la una y media. Empiezo a trabajar a las dos. —Yo había perdido ya un día de trabajo por la calefacción esta semana y había llegado tarde a causa de mi encuentro con Matt Love. Si se me hacía tarde otra vez, el Señor Goodman se volvería oficialmente loco.

—No hay problema. Voy a descargar el resto. Sólo quiero comprar este —levantó el CD de Van Morrison—. Entonces te voy a dejar en el trabajo.

—Pero no vas por ese camino.

—Voy a recoger a mi amigo Jax en su casa para traerlo a un ensayo de la banda, y no trabajo hoy, así que no realmente, pero tengo tiempo.

—¿Qué pasa con las compras?

—Dame las llaves de tu casa y voy a guardarlas por ti después de recibir a Jax —él me vio vacilar—. Puedes confiar en mí —añadió—. Además, si me robo algo, ya sabes donde vivo, ¿verdad? —Él tenía un punto.

—De acuerdo —dije de mala gana, y luego añadí—, gracias.

—Seguro —respondió—. Creo que debo, de todos modos. Si no hubieras estado aquí para ayudarme, me podría haber comprado este. —Sostuvo un CD de Michael Bolton. —Obviamente, él estaba bromeando.

—Las once de arriba no hubieran aprobado. —Le dije, sacudiendo la cabeza en el CD. Incluso Dina pensó que Michael Bolton era cursi, y que estaba diciendo algo.

—Exactamente —dijo—. ¿Ves lo que quiero decir? —puso un brazo alrededor de mí—. Por suerte, te tengo a mi lado —sentí su toque familiar y cálido, nada raro. No lo sentí encogerse de hombros o alejarse, pero entonces, apenas tuve tiempo. Un latido del corazón más tarde, se había alejado—. Dame un segundo —dijo.

Lo vi en la caja. Habló con sus manos, haciendo grandes gestos en el aire mientras él y el chico de ventas comparaban notas sobre alguna nueva versión que acababan de oír. Se podría decir que con sólo verlo: Era fácil. Un tipo realmente agradable. Por lo tanto,

tal vez tenía una tendencia a burlarse de las personas —o tal vez era sólo de mí— un poco demasiado. Y tal vez solo estaba en el campo de juego como todas las citas de San Valentín, pero ¿y qué? Una vez que realmente conociera a Dina, iban a ser el uno para el otro. Era considerado, que era algo que Dina merecía después de aguantar a Damien-lo-siento-estoy-borracho-y-no-regreso-tu-llamada-de-dieciséis-horas.

Patrick sabía que estaba en un apuro, por lo que sólo habló con el cajero un minuto. Luego se volvió hacia mí, sonriendo.

—¿Conduces? —preguntó, sosteniendo las llaves del coche.

Tomé el llavero, y luego lo giré en torno a un dedo, me gustó el sonido de las llaves de hecho, ya que golpeaban una contra otra por el viento como campanas sólo sólidas y prácticas, en lugar de delicadas y dulces.

—Claro —le respondí—. ¿Por qué no?

Capítulo 13

Traducido por LizC

Corregido por majo2340

Resultó que Patrick tenía algunos conocimientos de navegación bastante decentes. Él dirigió mientras yo conducía a través de callejones y plazas de aparcamiento la mayor parte del camino al centro comercial, evitando todos menos un semáforo y llegando allí con cinco minutos de sobra antes de que mi turno empezara. Dina —con su cabello recién retocado y planchado— estaba parada en el estacionamiento detrás de nosotros, saludándonos.

—Hola, —dijo ella, saliendo de su coche. La luz se reflejaba en su elegante cabello y, con la nieve volando a su alrededor, se veía como una especie de princesa de hielo italiana. No me perdí el hecho de que Patrick dio un respingo cuando la vio. Hice lo que pude por quedarme atrás, deteniéndome cerca de la puerta del coche mientras ellos hablaban de la música de la fiesta.

—Eso suena impresionante Patrick, —dijo Dina, batiendo sus grandes ojos marrones mientras él le dio el resumen de la lista de reproducción—. Oh. Y ya que vamos con canciones sobre todo viejas, ¿sabes lo que deberías agregar? *“Lady in Red”*. Mis padres la bailaron en su décimo aniversario. Creo que es tan romántico. —Patrick me lanzó una rápida mirada, un casi imperceptible agradecimiento desde el otro lado del coche.

—De inmediato a la lista, —dijo, lo que la hizo sonreír y sonrojarse como una loca.

Después de eso, la tarde transcurrió en un borrón. Ya que era el último fin de semana antes del Día de San Valentín, la tienda estaba llena de gente comprando tarjetas sentimentales y empalagosos peluches. Usando nuestras cajas de chocolates un tanto robadas, logramos firmar veinte personas más para el programa de lealtad de los clientes —ganando otros \$100 para el segundo panda de Dina—. Cuatro personas incluso compraron suficientes tarjetas como para ganarse sus propios Cupido.

—Nos quedan los últimos cinco muñecos, —dijo Dina después de comprobar el depósito. —A este ritmo, se acabarían por la mañana. —Si hubiera tenido tiempo, habría hecho un baile feliz.

Para las 5.45, las cosas habían disminuido, y aunque él no estaba trabajando un turno en Keyhole, y aunque técnicamente yo había conducido ese día, Patrick volvió a buscarme para mi lección. Cuando lo vi, me escondí en el cuarto de atrás por lo que tendría que hablar primero con Dina. Me asomé por la puerta y, tan pronto como se vieron enfrascados en su conversación, me colé para salir y pretendí quitar el polvo del estante de “Preciosos Momentos” en el pasillo más allá de la caja. No podían verme, pero podía escuchar cada palabra que decían.

—Muy bien. Así que, con este cuarto Valentín, serían quince tarjetas, —dijo Dina. Podía escuchar el leve sonido pegajoso de la feliz cara marcada que utilizaba mientras Dina llenaba las esquinas de la tarjeta de lealtad de clientes de Patrick—. El total asciende a quince dólares y setenta y cuatro centavos. Y este adorable hombre es tuyo. —Un muñeco de Cupido comenzó a cantar. Dina se rió—. ¿Sabes a quién se lo vas a dar? —Le preguntó.

Podía oír el susurro de plástico cuando Dina empaquetaba sus tarjetas. *¡Más tarjetas! ¡Quince Valentín en total!* Tantear el terreno era una cosa, pero esto era un poco ridículo, incluso para Patrick.

—Sí. Tengo a alguien en mente, —respondió—. Creo que este Cupido va a hacerla realmente feliz. O, eso espero, de todos modos.

Moví mi trazo de quitar polvo, casi tumbando una figura de dos grandes ángeles abrazándose encabezados por un oso de peluche entre ellos. Tenía que estar hablando sobre Dina. Nadie en su sano juicio querría tal muñeco irritante.

Y si tuviera alguna duda sobre sus sentimientos hacia ella, habían desaparecido al final de la lección de conducción de ese día. La nieve que se había iniciado mientras estaba de compras seguía cayendo, sólo que ahora la temperatura había subido un poco, cambiando los pequeños copos a una húmeda aguanieve, que parecía congelar tan rápido al caer al suelo. La sola caminata a través del estacionamiento era peligrosa.

—Tal vez deberíamos cancelar la lección de hoy, —le sugerí al aferrarme a la cajuela de un automóvil estacionado al perder el equilibrio. Incluso la estación de radio que escuchaba en la tienda estaba diciendo que las condiciones para manejar eran malas y que se debían tomar extremas medidas de precaución.

—Oye, —respondió Patrick, tomando impulso y deslizándose a través de un parche de hielo con sus botas—. Esto no es nada. Soy de Canadá. Esto es lo que hacemos en el invierno. —Se deslizó hasta detenerse y luego se volvió hacia mí—. Vas a tener que aprender a manejar este tipo de condiciones en la carretera, de todos modos. —Suspiré. Evidentemente no me iba a saltar las lecciones de manejo—. Vamos a pegarnos a las calles laterales, ¿de acuerdo? —Ofreció—. Vamos a tomarlo con calma. ¿Qué tal si trabajamos en el frenado?

—De acuerdo, —asentí, entrando en el coche. Después de todo, a la hora de conducir, el frenado tenía que ser la parte más segura.

Dirigió mientras yo conducía con cuidado fuera del estacionamiento y tomaba a la izquierda en la subdivisión pequeña justo detrás del centro comercial. Todo el mundo debe haber estado encerrado en el interior esperando a que pase la tormenta, porque las calles estaban desiertas. —Muy bien, —dijo Patrick—. ¿Ves aquella señal de pare? Vas a empezar a frenar lo más suavemente posible, empezando camino atrás. Al tocar los frenos demasiado pronto te harán resbalar. No puedes ser demasiado cuidadosa

cuando el camino está helado como lo está ahora. —Lo intenté—. Bien, —dijo—. Lo tienes. Sigue practicando.

Hice una seña a la derecha y conduje lentamente hacia la siguiente señal de pare.

—¿Así qué? —Dije casualmente cuando comencé a frenar de nuevo—. El pelo de Dina se veía realmente genial hoy, ¿no? —Entonces, para no parecer demasiado obvia sobre todo esto, añadí—, se supone que su peluquero es impresionante. Voy a pedir una cita allí, también, creo. —Llegamos a una parada segura, y lo mire para ver su reacción. Después de todo, había visto sus ojos como platos cuando se había dado cuenta de lo hermosa que Dina se veía. Si tan sólo pudiera lograr que lo admitiera, sabría con seguridad que le gustaba.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. No me importa como se ve tu cabello ahora. —Él jugueteó con las rejillas de la calefacción—. Pero, sí. Creo que Dina se veía muy bien hoy.

Aceleré suavemente.

—Ya lo sé. Aunque, ella siempre se ve muy bonita.

—Sí. Es bonita. —Vi otra señal de pare hacia la mitad de la cuadra y me dirigí hacia ella. Bueno, así que le gustaba su pelo. Pensaba que era bonita. Eso era muy bueno, pero no necesariamente significaba que le gustaba, ¿cierto? Probablemente pensaba que muchas chicas eran bonitas. Quince chicas, para ser exactos.

Había un coche azul que venía detrás de nosotros, moviéndose muy rápido. Disminuí la velocidad mucho más de lo normal, frenando suavemente como Patrick me había enseñado, para que el conductor viera mis luces e hiciera lo mismo. Llegué a una parada segura, a continuación, señalé a la izquierda y empecé a girar el coche. Traté de pensar en una manera sutil para saberlo a ciencia cierta. Después de todo, Dina me iba a matar si le dejaba saber a Patrick que ella estaba enormemente enamorada de él.

Sin embargo resulta que no tenía de que preocuparme. Patrick estaba a un paso por delante de mí.

—Oye —preguntó de pronto—, ¿está soltera?

Por lo tanto, le gustaba. Tenía mi respuesta.

—Sí, —le contesté. Se me hizo un nudo en la garganta sin una buena razón—. Está soltera. —¿Cuál era mi problema, de todos modos? No quería un novio bajo ninguna circunstancia, además, debería estar feliz por Dina. Patrick era un gran tipo. Ella era una gran chica.

Serían dos veces más grandes juntos. Miré en el espejo retrovisor de nuevo para evitar tener que mirar a Patrick. Lo último que necesitaba era que se diera cuenta de la

mirada devastadora en mi cara y que preguntara que estaba mal. Estaba parpadeando las lágrimas cuando, por el rabillo de mi ojo, me di cuenta que el coche azul seguía cerca detrás de nosotros. Justo detrás de nosotros. Antes de que supiera lo que estaba haciendo, pise el acelerador. Duro. Nos tambaleamos hacia adelante al girar a la izquierda en la intersección.

—Oh Dios, —dije, presionando los frenos de golpe. Pero el coche no se detuvo. En algún lugar detrás de nosotros oí un sonido chirriante. Nuestros neumáticos giraron sobre un trozo de hielo y se deslizaron hacia un lado. Patrick llegó al volante para guiarnos y dejar de patinar, pero fue inútil. El camino estaba muy resbaladizo.

—Trata de cambiar a neutro, —gritó. Lo hice. El coche disminuyó, pero siguió deslizándose hasta que se detuvo con un ruido sordo, la mitad del parachoques delantero se enterró en un banco de nieve.

—¿Elyse? ¿Estás bien? —preguntó Patrick. Todavía estaba agarrando el volante como si mi vida dependiera de ello.

—Sí. ¿Tú?

—Estoy bien. —Él miró hacia atrás—. Dios, eso estuvo cerca. —Me volví para ver lo que él estaba viendo. Cruzando la calle, cerca de veinte pies atrás, el coche azul que había estado siguiéndonos se había subido a la acera a pulgadas de un árbol enorme—. Ya regreso, —dijo Patrick, saliendo del coche—. ¡Hey! —gritó mientras corría al cruzar la calle—. ¿Están bien ahí dentro?

Me cubrí la boca con mi mano para que no se escapara un sollozo. ¿Qué había hecho? Podría habernos matado a los dos, por no hablar de la persona en el coche azul. Debía haber estado concentrada en manejar en lugar de indagar más en la vida amorosa de mi amigo y mí falta de ella. Eso era todo. Estaba claramente no apta para los caminos.

Miré hacia atrás de nuevo. Un hombre con una gabardina estaba fuera del coche azul. Él y Patrick caminaron hacia el frente, comprobando los daños. Di un pequeño suspiro de alivio. Al menos el hombre estaba caminando. Él estaba bien. Nadie había resultado herido.

Asintiendo con la cabeza, echaron a andar hacia el coche rojo en el que seguía sentada, apenas respirando. Patrick abrió la puerta del lado del conductor. —No te preocupes. Todo el mundo está bien, —me dijo—. Este es Stu.

—Hola, Stu. —Lo saludé débilmente—. Lo siento mucho.

No parecía oírme, sin embargo. —Lo siento, —dijo casi al mismo tiempo—. Yo debería haber ido más lento con este mal hielo. Las cosas podrían haber sido mucho peor si no hubieras acelerado y haberte desviado del camino.

¿Desviarme del camino? ¿Yo? Todo lo que había hecho era acelerar, demasiado duro, y ni siquiera a propósito. Había reconocido que el coche azul estaba cerca detrás de mí y viniendo muy rápido. Pero no fue por eso que pise el acelerador. ¿O sí lo fue?

Stu y Patrick caminaron alrededor del coche rojo después. —No lo sabremos hasta que lo saques de ahí, —dijo Stu, pensativo—, pero no creo que haya mucho daño.

Veinte minutos más tarde, entre una pala de nieve que el muy ingenioso Stu guardaba en su maletero, algunos empujes y haciendo girar un montón a los neumáticos, Patrick había conseguido sacar el coche fuera del banco de nieve y ponerlo en la carretera. El frente estaba un poco abollado. Ninguna otra cosa parecía estar dañada, pero Patrick y Stu intercambiaron números, por si acaso.

Cuando estábamos listos para irnos, Patrick abrió la puerta del lado del pasajero para mí. Obviamente, después de lo que acababa de hacer, no debería haber esperado que me dejara conducir —y honestamente, no quería hacerlo— pero igual me molestaba de todos modos.

—Voy a cancelar mi examen de conducir, —le dije tan pronto como habíamos empezado a movernos.

—¿Qué? —Miró hacia mí.

—Soy peligrosa. Mira lo que acaba de suceder. Casi destrozo tu coche.

—¿No oíste lo que dijo Stu? —Preguntó Patrick—. Acabas de salvar mi coche de ser chocado por detrás. Ni siquiera te había enseñado a evitar colisiones traseras todavía. —Parecía estar buscando en su cerebro—. ¿Lo hice? Sólo lo sabías instintivamente. Debería estar agradecido.

Lo miré con incredulidad.

—No, no deberías. Debes estar furioso conmigo. Casi te mato. —Él realmente se rió—. ¿Por qué no estás enojado? —Le exigí. La única vez que Matt Love me había dejado conducir su coche había raspado accidentalmente la pintura con una de las puertas que se suben del callejón estrecho cerca de su casa. Casi le dio un infarto.

—Debido a que estás bien. Estoy bien. Incluso el coche está más o menos bien. Puedo martillar esas abolladuras en cuestión de dos minutos. Espera, —dijo, entrando al estacionamiento de un McDonald—. Te voy a comprar un batido.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me le quedé mirando.

—Para celebrar tus impresionantes habilidades para conducir durante el invierno, —respondió—, y por tu próxima prueba de manejo. Vas a entrar en esa fiesta panda del viernes con una licencia de conducir, —dijo—. No tengo ninguna duda. —Salió y dio la vuelta hasta el lado del pasajero—. Vamos, —dijo mientras me agarraba la mano para sacarme—. ¿De chocolate, vainilla o fresa?

No podía entenderlo. Acababa de estrellar su coche, ¿y él me quería comprar un batido? ¿Había algo malo con él? O... la idea de repente se me ocurrió... él todavía siente algo por mí. Aunque empujé la idea a distancia tan rápido como apareció. Después de todo, ¿cuáles habían sido sus palabras exactas en mi sótano? “Mi enamoramiento por ti es historia antigua”. Lo que era mucho más probable es que estaba siendo amable conmigo, para así hablarle bien de él a Dina –mi buenmozo, y soltero amigo—. Realmente, en realidad, debe gustarle, también. Más de lo que le gusta su coche, incluso si decía algo de la época de un hombre como Patrick.

—Chocolate, —respondí, dejando que me ayudara a salir del coche. Mis piernas estaban todavía tambaleantes. Y tal vez era el comienzo de una contusión por ser lanzada contra el cinturón de seguridad en el accidente, pero medio lo dudaba. Mi pecho dolía en una forma demasiado familiar. Como si mi corazón se rompiera, sólo un poco.

Capítulo 14

Traducción SOS por Abril

Corregido por majo2340

Para cuando terminamos de tomar nuestros batidos y conducíamos hacia la casa, estaba hecha un desastre como para hacer la cena. Así que, aunque había descubierto que Patrick había ordenado cuidadosamente las compras que había comprado en el mostrador, con las cosas perecederas perfectamente ordenadas en la nevera, las ignoré a todas y tomé otra suave y blanda cena para microondas. Después, de que casi me ahogo antes de hablar por teléfono con mi mamá —sin, por supuesto, mencionar que casi mato al vecino, a un chico llamado Stu y a mí misma en un accidente de auto—, me tumbé en mi cama.

De hecho, no fue hasta la hora del almuerzo del otro día que no me dieron ganas de comer, lo que era algo bueno, quizás, ya que todavía no tenía ningún cereal o pan para el desayuno. Tenía todo el domingo libre, así que después de un día leyendo en la cama y adelantando la tarea de química, caminé hacia la sala de estar. Estaba solo hojeando las revistas en nuestra mesita de café, mirando la receta del picatostes que había provocado todo el desastre de los comestibles del día anterior, cuando el teléfono sonó. Obviamente era mi madre. Excepto por una ocasional llamada de Dina que siempre había.

—¡Elyse!

—Hola, mamá. —Trate de que mi voz sonara clara y radiante—. ¿Cómo va todo?

—Maravilloso. Ya sabes, Elyse, cada día me gusta más este lugar.

El día anterior a su llamada me dijo que pensaba pasar toda la tarde en el spa del hotel. “¡Ahora se de primera mano lo que es un abrigo de mostaza!” dijo orgullosamente. Y el día anterior a eso, ella y Valter habían tomado algo así como un mini crucero. “¡Con una cena de cuatro platos!” exclamó. “Casi tenían que rodarme afuera del bote.”

Hoy, parecía, que había sido igual de mágico. —Tan pronto como llegue a casa, renovaremos tu pasaporte, —dijo—. Quiero traerte de vuelta aquí para las vacaciones de marzo el año que viene si nos alcanza. Esta mañana hicimos equitación por la playa con caballos blancos, luego hicimos snorkel¹¹ a través de una barrera de arrecifes después del almuerzo. Son las cuatro y media, y todavía no me quite ¡mi traje de baño!

¹¹ El snorkel es la práctica de buceo a ras de agua, equipado con una máscara de buceo, un tubo llamado el snorkel y, normalmente, aletas.

Solo estoy tomando algo en mi cuarto antes de la cena, después hay unas lecciones de una danza tradicional de México en la playa. ¿Cómo estuvo tu día, cariño?

Comparado con hacer equitación y explorar arrecifes, muy aburrido. —Bien. Me quedé en casa y estudié. Estoy a punto de hacer la cena.

—Oh. Entonces, ¿fuiste de compras? No me gusta pensar en ti esperando con bolsas pesadas.

—Fui ayer. Estuvo bien, —dije, sin mencionar que Patrick me había traído a casa. Me sentí lo suficientemente miserable y culpable porque no estaba cien por ciento feliz con su enamoramiento por Dina. No necesitaba el maravilloso arrullo de mi mamá otra vez. En el fondo escuché una puerta abriéndose, el sonido del agua corriendo, luego un zumbido extraño—. ¿Está el servicio de limpieza allí? —Pregunté.

—Oh, no. —Me estaba imaginando cosas, ¿o mi mamá solo se rió?— Es Valter. Tenemos una cocina muy completa en la habitación con licuadora y una mini nevera. Cuando dijeron que el hotel era de cinco estrellas, no estaban exagerando. El solo está haciendo unos cócteles helados para ambos.

¿Valter estaba ahí? ¿En el cuarto del hotel de mi madre? ¿Tomando alcohol? Mientras ella no tenía puesto nada más que ese traje de baño floreado y ¿con ese profundo escote?

—Olé, ¡Elyse! —lo escuché hablando de fondo. Bueno, por lo menos ellos no estaban tratando de ocultar su amorío mexicano de mí. No es que eso fuera una gran consolación.

—Escucha, cariño, ya sabes que las comunicaciones de larga distancia son caras, así que no hablaremos por mucho tiempo. Solo quería recordarte sobre la basura.

—¿La basura?

—El camión pasa mañana a la mañana, pero debes sacar los contenedores a la vereda esta noche para que no empiece a salir olor. —Suspiré. Correcto, la basura. Mientras mi madre estaba afuera bebiendo margaritas en un cuarto de hotel con un masajista sueco, yo tenía que sacar la basura. Estaba a punto de suspirar fuertemente, pero me retuve justo a tiempo. Después de todo, estas han sido las primeras vacaciones reales que ha tenido desde que nació. Y, si había algo entre ella y Valter, era de seguro el primer romance que ha tenido desde que mi padre la dejó. Ella se merecía pasarla bien. Yo solo esperaba que lo que sea que pase en México, se quede en México¹².

—Seguro, mamá. Sacaré la basura, —prometí.

¹² Es un dicho, pero en vez de México se dice en Las Vegas. "Lo que pasa en las Vegas, se queda en las Vegas."

—¿Y cómo anda la casa? ¿Algún problema?

—No. Todo está bien, —mentí. Todavía no le había contado sobre mi estupidez con la calefacción a principios de la semana y, desde donde lo veía, no había ninguna razón por la cual necesitara saberlo—. Tengo todo bajo control.

—Sabía que lo harías. —Oí el inconfundible tintineo de las copas.

—Te dejo, mamá, —dije.

—Okay, cariño. Te quiero, —dijo—. Te extraño. Te llamaré mañana.

—Yo también te quiero, —respondí—. Adiós.

Puse el teléfono de vuelta en el cargador y empecé a temblar, abrazando mi suéter.

Había sido muy interesante estar sola, por mi cuenta, pero estaría agradecida de tener a mi madre de vuelta en unos pocos días. Especialmente en la noche, cuando el viento azota mi pequeña casa, haciendo sonar sus cristales, me hace sentir vulnerable, y más pequeña y solitaria.

Para llenar el silencio, agarré unas bolitas de maíz hechas, especialmente, para películas. Esta se llamaba Amor Pop y era sobre dos mejores amigas que estaban compitiendo por un lugar en una banda de rock, así como también por el amor de Zane Steele, el guapo cantante.

“Me traicionaste,” una de las chicas decía. “No mereces ganar la batalla de las bandas.” Seriamente una cosa muy liviana, pero me daba un poco de ruido de fondo. Cuando por fin encontré la receta de las tostadas, fui de vuelta a la cocina y empecé a cocinar. Entre el tostado olor del caliente queso parmesano en la cocina, y el rugido de la multitud en “La Batalla de las Bandas de Rock” proveniente de la sala, no tarde mucho tiempo en sentirme mejor. Llevé mi ensalada Cesar al living y comí algunos embutidos mientras miraba como Cassidy, la desvalida-convertida-en-estrella-del-rock, se ganaba el corazón de Zane y derribaba la casa cantando desde el corazón y expresando sus verdaderas emociones. Rodé mis ojos, luego puse una enorme hoja de lechuga en mi boca seguida de un tostada casera. Estaba cálido, crujiente y con la cantidad justa de queso. El lujoso parmesano que compré valió cada centavo de los \$12.75 que pagué. Cuando los créditos empezaron, reuní mis platos, los llevé a la cocina, luego recogí la basura. Siguiendo las instrucciones de las millones de notas que mi mamá había dejado sobre la mesa, las ordené cuidadosamente en diferentes contenedores —basura, reciclable, y desperdicios orgánicos— y la llevé a la vereda.

Cuando terminé hice un poco de palomitas y caminé de vuelta a la televisión donde la historia amorosa de Cassidy y del rock and roll había sido reemplazada por alguna horripilante escena de investigación del crimen. Fantástico.

Un policía avanzaba poco a poco por una oscura casa, pistola en mano, y una mirada de intensa de concentración en su cara. La cámara muestra la toma del asesino, escondido en una esquina del sótano, probablemente en la misma casa. La música se desvaneció hasta ser un misterioso latido, así que sabías que, lo que sea que estaba por venir, no era algo bueno. Alcancé el control remoto para cambiar de canal. Crash. Un fuerte estruendo provino del fondo de la casa. Salté, tirando las palomitas por todos lados, luego me revolví en el sillón, metiendo los pies arriba de él. Instintivamente, me abracé a un almohadón decorativo, como si su raso pudiera de alguna manera protegerme.

—Oh mi Dios, —dije en voz alta—. Oh mi Dios. Cállate. Cállate. Cállate. Cállate, —le susurré a la tele. Agarré el control por segunda vez y saqué el espeluznante programa. Escuché. Silencio.

Boom. Otro golpe desde el fondo. Meforcé a mí misma para tomar una profunda respiración. Solo estaba terriblemente asustada por el estúpido programa. Era probablemente el viento, chocando contra uno de los botes de basura. O capaz Patrick o los vecinos del otro lado habían golpeado sus puertas y solo sonaba como si alguien tratara de golpear mis puertas. No había ninguna razón para sentir miedo. Sin embargo, solo por si acaso, tiré la inservible almohada y agarré el teléfono mucho más práctico. Agarrándolo con fuerza, fui de puntillas a través de las palomitas tiradas por todo el piso y por el pasillo hacia la cocina.

Acababa de rodear cuidadosamente la cocina cuando escuché otro fuerte ruido.

Ka-splunk.

Miré hacia arriba, y me congelé. Eran inconfundibles. Mirándome a través de la ventana de la cocina sobre el lavabo había un par de ojos pequeños y brillantes. Hubo otro golpe. La puerta se sacudió. Quien sea que este afuera empezó a gruñir y respirar profundamente. Estaban obviamente determinados a entrar. BANG. La puerta se sacudió otra vez.

Okay, ahora si era la hora de asustarme. Prácticamente jadeando, corrí de vuelta al frente de la casa. Sé que debería estar llamando al 911, pero mis manos estaban temblando tan fuerte, que no pensé que sería capaz de marcar el número. Sin ni siquiera parar para ponerme las botas, corrí hacia nuestra puerta de entrada, a la nieve, sobre el conveniente aplanado de Patrick “arbusto de flor de cerezo japonés” y hasta la entrada de su casa.

—¡Ayuda! —grite, golpeando la puerta—. Patrick. Soy Elyse. Déjame entrar. Por favor. —Golpeé la puerta otra vez—. ¡Por favor que estés en casa! Te necesito. —Una luz se prendió. Y la puerta se abrió lentamente.

—Oh, hola, —el señor Connor dijo, mirándome sobre sus lentes de leer. A pesar de que eran solo las 9 p.m., él estaba vestido con unos pantalones pijamas, una bata, y

pantuflas—. Creí que había escuchado a alguien golpear. ¿Cómo va todo con la calefacción, Elyse? —No esperó mi respuesta—. Supongo que no has cambiado de opinión acerca de los pepinillos, ¿no? Patrick los traería solo por si acaso. Los comería yo mismo, pero me dan indigestión. —En ese momento, Patrick bajo las escaleras, dándose cuenta del pánico en mi expresión.

No tenía tiempo como para ser amable con el señor Connor, o para explicar que no estaba ahí para buscar los estúpidos pepinillos. El ladrón-asesino de ojos pequeños y brillantes podía venir en cualquier momento justo detrás de mí por todo lo que conocía. Me abrí paso en la casa y giré el cerrojo detrás de mí.

—Tienes que llamar a la policía, —chillé—. Hay alguien en el patio. Están tratando de entrar en mi casa. Están golpeando con algo la puerta, tratando de derribarla. —Antes de que supiera que estaba pasando, Patrick avanzó hasta mí y puso sus brazos al rededor mío protegiéndome, y lo dejé hacerlo—. Tengo tanto miedo, —dije en su hombro—. Dios. Y acabo de sacar la basura, como, dos minutos antes. Quienquiera que fuese, estaba observándome. Estamos perdiendo tiempo. Tenemos que llamar a la policía, —dije otra vez. Me aleje de Patrick y traté de marcar en el teléfono que estaba todavía sosteniendo. Mis dedos todavía temblaban, y cuando había conseguido pulsar el 9, Patrick me sacó el teléfono gentilmente.

—¿Acababas de sacar la basura? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Creo que se quién es, —dijo, poniendo una mano sobre mi hombro.

—¿Quién? —Él no parecía para nada preocupado. ¿Cómo? Era normal que en el vecindario las personas vayan por ahí tratando de derribar las puertas de otras personas. Hizo anillos con sus manos y las sostuvo sobre sus ojos como binoculares. ¿Estaba sugiriendo que algunos picaros pájaros observadores estaban sueltos? Seriamente no tenía tiempo para jugar charadas.

—Mapaches, —explicó finalmente. Su abuelo asintió detrás de él.

—Ellos son malos en esta época del año, —el abuelo acudió—. Se han estado escondiendo la mayor parte del invierno, pero ahora es temporada de apareamiento. Están hambrientos. Si pones tu basura afuera sin un soga a prueba de mapaches, ellos entrarán. Sin duda.

—Pero, no creo que entiendan, —dije, alcanzando el teléfono de vuelta—. Quienquiera que fuera, estaba justo afuera de la puerta golpeándola. Vi sus ojos.

—Tienen sogas a prueba de mapaches en Winner's Hardware a cinco noventa y nueve, —dijo el abuelo de Patrick, como si no me hubiera oído—. Cerca de la caja

registradora. Pero si no las puedes encontrar, el chico al que le tienes que preguntar se llama Johnny.

—Pero la persona estaba respirando. Respirando pesadamente, —dije fuertemente, enunciando cada palabra—. Y gruñendo también. Toda la puerta estaba templando. —Hice un movimiento de agitación con mis manos—. En las bisagras.

—Oh, claro. Los mapaches hacen eso también. —El Señor Connor asintió otra vez—. Tienen que estar lo suficientemente hambrientos como para hacer eso, los mapaches de por aquí definitivamente harían eso. —Él se sacó sus lentes, metiéndolos en el bolsillo de su bata—. Bueno, eso es todo. Buenas noches, jovencita. Patrick, te veo en la mañana. —El empezó a subir las escaleras, como si no hubiera nada más para decir. En la mitad de su camino, se dio la vuelta—. ¿Entonces estas segura de que no necesitas esos pepinillos? —Preguntó.

—No, —respondí—. Sin pepinillos. Gracias.

—Correcto-ooo, entonces. Patrick, ve que Elyse llegue a su casa sana, ¿lo harás?

Patrick asintió.

—Patrick, —dije con urgencia, tan pronto como su abuelo se dio vuelta otra vez—. Tienes que creerme. Este no era ningún mapache. —Agarré sus brazos, apretándolo tan fuerte que probablemente le habría cortado su circulación.

—Okay. Te creo. —El apretó mi otro brazo gentilmente a cambio—. Iré a ver. No te preocupes. —Se puso sus botas—. Quédate aquí.

—De ninguna manera, —dije—. Iré contigo. ¿Qué pasa si sigue ahí? ¿Que si tiene un arma? ¿O está loco? ¿O está armado y loco? Tendrías que haber visto sus ojos. Eran salvajes.

—Con más razón tienes que quedarte aquí, —dijo, poniéndose su abrigo.

Si era honesta, realmente no quería ir a ningún lugar cerca de quien sea—o lo que sea— que haya tratado de abrir mi puerta trasera, pero no podía dejar que Patrick lo enfrentara solo, tampoco. No podría dormir si algo le llegara a pasar a él.

—Tengo el teléfono, —dije, sosteniéndolo en lo alto—. Puedo llamar al 911 si lo necesitamos.

—Okay, —respondió—, siempre y cuando te mantengas a los lados de la casa. —Asentí, aceptando el compromiso—. Pero necesitas un abrigo. Y zapatos.

Mis medias cubiertas de nieve empezaban a dejar charcos en las baldosas del hall, y — no me había dado cuenta hasta ese momento— pero mis pies estaban comenzando a quemarse por el frío. El sacó una chaqueta azul y un par de Nikes del closet y me los puse. Las mangas del abrigo colgaban por encima de mis manos, y los zapatos eran casi nueve talles más grandes. Con el primer paso que di, estuve a punto de tropezar con los dedos de los pies y caer sobre la barandilla. Patrick extendió su brazo y lo tomé para mantenerme parada.

—¿Estas lista? —Preguntó. Asentí. Agarró una linterna del closet y nos asomamos por la puerta.

Cuando alcanzamos la callejuela entre nuestras casas hizo una seña para que me detenga. Apoyé mi espalda contra la pared de mi casa, mi corazón latiendo, mientras lo miraba abrir la puerta.

—Ten cuidado, —susurré. Por unos segundos, pude oír el chirrido de sus botas contra la nieve.

Luego nada.

Un camión pasó. Un perro ladró. Metí las manos dentro de la chaqueta azul de Patrick y volteeé el cuello sobre mi cara para no temblar. Olía familiar y reconfortante. Inhalé otra vez. Como a Patrick: A café, aserrín y a grasa de motor.

Un minuto pasó. Luego dos. —¿Patrick? —susurré. Ninguna respuesta—. ¿Patrick? Sacando coraje, di un paso hacia el patio trasero. Pude escuchar el gruñido otra vez, y la respiración pesada—. ¿Patrick? —susurré más fuerte. Algo estaba mal. Solo lo sabía. Saqué mi mano de la manga del abrigo y marqué los dos primeros números: 9-1. Luego, con mi dedo posado en el 1, abrí lentamente la puerta trasera.

—¿Patrick? —dije otra vez.

Di dos pasos más. Crash. Un ruido de golpes metálicos lleno el aire.

—¡Hyaaaaaa! —Alguien gritó, al estilo Ninja. Salté enderezándome, dejando caer el teléfono en la nieve, e instintivamente alcé mis brazos a mi cara para protegerme. Un segundo más tarde, miré. Estaba Patrick, parado en el medio de mi patio, sosteniendo dos tapas de botes de basura viejas como platillos.

Sonríó cuando me vio.

—No te preocupes. Los espante, —dijo orgulloso.

—Los... —Miré alrededor frenéticamente, justo a tiempo para lograr ver dos tupidas colas desapareciendo por un hueco debajo de la cobertura.

—Sí. Eran mapaches, ¿estás bien? Se llevaron tu basura. —Seguí su mirada. La basura estaba esparcida por todo el patio. El recipiente de desechos orgánicos estaba apoyado contra la puerta en un ángulo extraño, estaba vacío.

Apenas era capaz de respirar.

—¿No crees que podrías haberme avisado antes de hacer eso? —Señalé las tapas de los botes de basura.

La mirada orgullosa cayó de su cara.

—¿Te asusté?

Mi corazón estaba latiendo tan rápido que pensé que me iba a desmayar.

—Sí. Puedes decir eso. —Caí de rodillas y empecé a cavar en la nieve en busca del teléfono, agradecida por la excusa de no mirarlo a los ojos. Incluso en el frío, mis mejillas estaban ardiendo de vergüenza. Obviamente solo habían sido los mapaches. Si tan solo hubiera abierto la puerta trasera, lo hubiera visto yo misma. Era tan cobarde; tan idiota de haber corrido a los brazos de Patrick como una pequeña niña asustada. Primero el tema de la calefacción, luego lo de la tienda, y ahora esto. Pensaba que era inteligente e independiente y luego en el momento que mi madre se fue, fui derecho hacia algún chico para pedir ayuda. A un chico que apenas conocía. A un chico que estaba siendo amable conmigo solo porque le gustaba mi mejor amiga.

Un segundo después, Patrick estaba al lado mío de rodillas, ayudándome a cavar. El encontró el teléfono, lo sacó, y presionó el botón de “talk”. Incluso desde donde yo estaba sentada, a dos pies de distancia, podía decir que no tenía tono.

—Oh hombre, —dijo—. Perdón. Esta roto. —El presionó el botón de talk unas veces más para estar completamente seguro, luego examinó el teléfono cuidadosamente—. Puedo tratar de arreglarlo si quieres. Estoy muy seguro de que mi abuelo tiene un destornillador que lo podrá abrir. Tengo una B+ en la clase de electrónica.

—No —dije, sacándoselo—. Está bien. Yo puedo hacerlo. —Excepto que sabía que no podía. No sabía nada acerca del arreglo de teléfonos.

—Bueno, por lo menos déjame ayudarte a juntar esta basura.

—No, realmente. —Me levanté, sacudiendo la nieve de mis rodillas. Había lágrimas en mis ojos, y no quería que las viera—. Yo lo haré. Es mi basura. —*Mi estúpido error*, pensé, mi responsabilidad—. No tienes que ayudarme siempre. —Cogí una lata de sopa de la nieve y la arrojé nuevamente en el contenedor de reciclaje, luego me agaché para recoger un frasco de mayonesa—. Y no tienes que ser tan amable conmigo siempre.

—Es que me gusta ayudarte —dijo, poniendo sus manos en sus bolsillos mientras me miraba trabajar—. Y ser amable contigo. ¿Somos amigos, cierto?

—Sí, seguro, somos amigos. Pero tú ni siquiera me conoces tanto. Soy solo una chica que se mudó al lado tuyo. —Recogí dos cajas aplastadas de cereales y una caja de huevos—. En serio, puedo limpiar esto sola. No es tu responsabilidad. Nada de esto. No te preocupes por eso.

—Estas llorando —dijo de repente—. ¿Que anda mal?

¿Qué, anda mal? ¿Cómo podía explicarle cuando apenas yo lo entendía? Estaba avergonzada, y triste, y muy muy hambrienta. Detrás de las bromas que hice y de mi apariencia fuerte, me sentía asustada y sola la mayor parte del tiempo —pero ahora incluso más—. En el momento en el que necesitaba más a mis amigos, parecía que no podía dejar entrar a nadie.

Lo que estaba mal era que la última vez que abrí mi corazón y admití que necesitaba a alguien, él se había dado vuelta y aplastado mi corazón. Lo que estaba mal era que mi nueva mejor amiga, quien se merecía toda la felicidad del mundo, estaba a punto de conseguirla, y eso me estaba haciendo a mí, miserable. Lo que estaba mal, me di cuenta completamente en shock, era que me había totalmente vuelto a enamorar... Otra vez de alguien que no me amaba, y estaba aterrorizada. Mas aterrorizada de lo que nunca estuve en mi vida.

Mire a Patrick. Sus ojos estaban muy abiertos, y preocupados.

—Nada anda mal, —dije, agachándome para recoger más basura—. Solo... Me lastimé la mano con la tapa de una lata. Eso es todo.

—¿Quieres que le eché un vistazo? —dijo, viniendo hacia mí—. Puedo conseguirte una curita o algo.

—No —dije. No podía soportar ni un minuto más de su amabilidad. No quería su curita. No podía aceptar su mano extendida. Si me apoyaba en él, solo me defraudaría con el tiempo. Enamorarte era el primer paso para conseguir un corazón roto. Sabía eso. Y no solo eso, si le admitía que me estaba enamorando de él, significaría traicionar mi única y verdadera amiga. Dina se merecía algo mejor que eso.

Mucho mejor. Patrick había tenido un flechazo por mí antes, pero era una historia antigua ahora. Él quería estar con Dina, y ella quería estar con él. Lo que me dejaba sola, exactamente como dije que quería estar.

—Ve adentro, Patrick. No quiero tu ayuda. —Agarré la pala de nieve y empecé a apilar la basura orgánica dentro del contenedor. Patrick solo permaneció ahí—. Dije que voyas adentro. Puedo hacer esto sola. Solo déjame sola. Solo no te me acerques.

—Seguro —dijo. Pude verlo mordiéndose el labio, confuso. Retrocedió lentamente, dándome el espacio —como si fuera alguna especie de animal asustado—. Okay, Elyse. Buenas noches.

No le respondí. En vez de eso cerré la tapa del cubo de basura, accidentalmente pellizqué mi dedo. Grité, luego tiré la pala en la nieve con frustración. Con las lágrimas todavía corriendo por mi cara, fui hasta las escaleras y entré en mi solitaria casa.

Capítulo 15

Traducido por sooi.luuli

Corregido por majo2340

Al segundo que cerré la puerta detrás de mí, cubrí mi cara y me hice un ovillo sobre el piso de la cocina, dejando a mis lágrimas empapar las mangas de la chaqueta azul de Patrick. Unos pocos minutos más tarde, cuando los sollozos habían seguido su camino fuera de mi cuerpo, pateé el par de Nikes extra grandes, que él me había prestado. Mis medias estaban húmedas y mis pies helados, pero no me importaba. Me lo merecía. Había actuado como una idiota.

Patrick debe haber pensado que estaba demente. Él sólo había estado intentando ayudarme y se lo había devuelto en la cara. Y la peor parte era que tendría que verlo al día siguiente para nuestra lección de conducir, y en el trabajo, y cerca de la casa. Inspiré y sequé mis ojos, intentando calmarme. Tal vez no era el fin del mundo. Él realmente era un lindo chico, ¿cierto? Sólo tendría que disculparme con él de alguna manera y explicar —sin revelar el enamoramiento de Dina o mis sentimientos por él— por qué me había comportado como la idiota más grande del mundo. Después de todo, un chico que te compró un batido después de acabar de haber estrellado su auto no era el tipo que guarda un rencor.

E incluso si —en el peor de los casos— él nunca quisiera ser mi amigo de nuevo, por lo menos, tenía que suavizar las cosas lo bastante para ser cortés el uno con el otro, especialmente desde que él iba a terminar saliendo con Dina. No podía permitirme el lujo de perderla también.

Sólo había arrastrado mis pies cuando escuché otro ruido fuerte golpeando. Luego, más respiraciones y gruñidos. Los mapaches estaban de vuelta pero esta vez no estaba asustada. Me lancé hacia la puerta abierta.

—¡Vamos! —grité a uno que estaba a medio camino de las escaleras del porche, arrastrando un paquete de galletitas vacío detrás. Se sentó sobre sus gruesas patas traseras, mirándome burlonamente antes de volver enseguida a las migas de galletitas con chips de chocolate—. ¡Fuera! —grité, ahuyentándolo con mis brazos. El segundo sacó la cabeza del bote de basura orgánica para ver lo que estaba pasando, decidió que no era digna de su atención, y se volvió a roer en algunos restos de chuletas de cerdo gruesas y viejas—. Ok, está bien entonces. —Levanté mis manos—. Disfruten su cena. —Cerré de un portazo de nuevo. Me levantaría temprano para limpiar el desorden otra vez antes de que los camiones de basura llegasen. No tenía la energía para quedarme en guardia toda la noche de cualquier manera, una ventaja, claramente no estarían asustados de mí.

Pero a la mañana siguiente, cuando me arrastré fuera de la cama a tiempo para hacer la limpieza y llevar el cubo de basura a la acera, el jardín estaba impecable. De hecho, si no fuera por las grandes hendiduras de los contenedores que estaban hechos en la nieve y el apenas visible camino de migas de galletitas llevando escaleras abajo, casi podría haber sido capaz de convencerme que todo el hecho nunca había ocurrido.

¿Las hadas de la basura habían pagado una visita por la noche? De alguna manera lo dudaba. Había sólo una posible explicación para este buen hecho. Me dirigí a la puerta para conseguir una vista de la casa de Patrick, pero nadie estaba en la acera y las cortinas estaban todas cerradas. Aferrando mi bata de baño cerca de mí, caminé hasta la parte principal de la casa y miré afuera detenidamente. Estaban nuestros compartimentos, ordenadamente arreglados en el final de nuestra entrada —nuestra entrada de autos perfectamente libre de nieve—.

¿Cuán temprano debe Patrick haberse tenido que despertar para hacer todo esto en secreto? ¿Y por qué se había tomado las molestias después de que había sido tan despreciable con él?

Bueno, tendría la oportunidad de preguntarle cuando me disculpase esta tarde antes de nuestra lección de conducir. Hasta entonces, no había mucho que pudiera hacer. Tenía que estar lista para la escuela.

Durante todo el largo día, puse lo mejor de mí para concentrarme en la teoría de cinética molecular y las funciones de logarítmica, pero mi mente se mantenía vagando de regreso a Patrick... Su torcida sonrisa y su pelo rizado, su bondad infinita, y su increíble optimismo en el aspecto de mis horribles habilidades de conducir. Pero, más que todo, la expresión de confusión y de shock en su cara cuando le había dicho la noche anterior que no quería su ayuda. No sabía que, exactamente, decirle. Todavía me encontraba contando las horas hasta que pudiera verlo de nuevo y pusieramos las cosas en buenos términos.

—¿Estás bien? —preguntó Dina finalmente mientras nos conducíamos hasta el centro comercial esta tarde. Sabía que había estado callada y distante todo el día en la escuela, pero no había modo de decirle lo que había ocurrido sin revelarle mis sentimientos por Patrick.

—Sí. Seguro, —mentí—. Sólo extraño a mi mamá, supongo. Y tal vez estoy nerviosa acerca de mi examen de conducir.

—No estoy sorprendida, —dijo Dina—. Tú y tu mamá son realmente cercanas, ¿verdad? Ella estará pronto en casa, sin embargo. Y, en serio, si lo que Patrick me dice es verdad, tú realmente no tienes que preocuparte sobre pasar tu examen de conducir mañana. Dice que eres una conductora impresionante.

—¿Estuviste hablando con él? —pregunté—. ¿Hoy? ¿Él te llamó? —pude escuchar la desesperación en mi propia voz y silenciosamente rogué que Dina no notara eso.

—Oh. No, —dijo ella—. No he hablado con él desde que estuvo en la tienda ayer. ¿Sabías que él compró tarjetas suficientes para conseguir un muñeco de Cupido? ¿A quién piensas que se la va a dar?

—No estoy segura, —respondí, mirándola significativamente—, pero tengo una muy buena idea.

Una amplia sonrisa rompió a través de su cara justo cuando su teléfono comenzó a zumbar. Estacionamos dentro de un aparcamiento y ella se agachó, sacando su mochila.

—En serio, —dijo ella con un exagerado suspiro cuando la miré interrogante, esperando que fuera Patrick. Ella arrojó el teléfono cerrado—. Mi mamá se mantiene mandándome mensajes todo el largo día. —Pero ella no se veía como si estuviera perdiendo la cabeza por eso. En todo caso, parecía positivamente contenta. Suponía que cuando el chico por el que habías estado cayendo gustaba de ti lo suficiente para darte una cursi muñeca cantante, tendía a poner cosas como una prepotente madre en perspectiva.

El tiempo pasaba lentamente en el trabajo ese día. Pero cuando las 17:45 finalmente llegaron, me quedé en el pasillo de lapiceras a esperar. Teníamos un nuevo envío de geles ultra líquidos, y ya los había probado. Eran firmes y suaves y a bolilla, sin un indicio de deformidad. Si eso no hacía a Patrick perdonarme, me imaginé que nada lo haría. Pero las 18:15 no había rastro de él.

—¿Patrick te llamó? —Le pregunté a Dina, que había estado ocupada mandando mensajes en su celular—. ¿Puedes verificar si no hay algún mensaje?

No había.

Esperé en la tienda otros quince minutos, luego me dirigí a la cerrajería. Tal vez él había perdido la noción del tiempo.

Un gran y musculoso chico con un tatuaje de una ballena asesina en su brazo estaba ocupado trabajando en la máquina duplicadora de llaves. Tuve que decir tres veces antes de que él pudiera escucharme por encima del alto ruido de la máquina.

—Estoy buscando a Patrick.

—¿Huh?

—Patrick.

—¿Quién?

—PATRICK.

Él apagó la máquina, y entregó una brillante llave dorada a una mujer usando una chaqueta de cuero.

—Oh, —dijo él mientras hacía un cambio para la mujer—. Debes ser Elyse. —Lo miré en sorpresa—. Perdón. Se suponía que iba a buscarte, pero ha estado tan ocupado que no ha tenido ni una oportunidad. Patrick quería que te dé esto. —Se agachó debajo del mostrador y sacó una caja. En un lado estaba una foto de un teléfono inalámbrico con dos auriculares. Se veía todo elegante y futurista y parecía tener alrededor de diez millones de funciones. No había modo de que pudiera haber sido barato.

—No puedo tomarlo, —dije inmediatamente.

—Sí. Él dijo que dirías eso, —respondió el chico. Luego, extendió su mano—. Soy Jax, por cierto.

—Es bueno conocerte. —Sacudí mi mano—. Soy Elyse. Pero, bueno, ya sabías eso.

Él sacó un pedazo de papel doblado de su bolsillo y comenzó a leerlo.

—Ok. Él dijo que te diga que el teléfono no puede devolverlo. La ventaja de cualquier manera, perdió el recibo, —suspiré—. También dice que tiene que cancelar tus lecciones de conducir porque tiene escorbuto. Probablemente estará enfermo toda la semana, al menos, pero dice que no te preocupes, no lo necesitas más, de todos modos. Porque eres una impresionante conductora.

—Dame eso, —dije, tomando el papel de Jax. Estaba escrito en forma de punta, con suave tinta negra, estaban más o menos las exactas cosas que Jax acababa de leerme — con una excepción. En la parte inferior, subrayado tres veces, estaba la palabra “Perdón.”

—¿Dijo algo más? —Pregunté, aunque no sabía qué estaba esperando exactamente.

—No, —contestó Jax—. Pero, entre tú y yo, él está mintiendo acerca del escorbuto. Sólo te está evitando.

Bueno, eso al menos, era un tipo de obviedad.

—Gracias, —dije, agarrando el teléfono y depositándolo debajo de mi brazo—. Si tú lo ves, podrías decirle...

—Uh-uh. Perdón, —me interrumpió Jax. Señaló el símbolo delante de él. The Keyhole. —Hago llaves. No llevo mensajes. —Asentí—. No te lo tomes personal, o algo así. Sólo sé mejor lo que es involucrarse en una pelea de enamorados.

—Cierto. De todos modos, gracias. —Me volví y me fui. Él obviamente no podía ayudarme, así que no había ninguna forma de explicarle a él eso, para ser una pelea de enamorados necesitarías a dos personas enamoradas.

Se sentía raro tomar el autobús por mí misma, y más extraño aún volver a casa y pasar por la casa de Patrick. El auto rojo estaba aparcado en la entrada, así que sabía que estaba ahí, pero las cortinas todavía estaban cerradas herméticamente.

Arrojé mi mochila en las escaleras de entrada, colocando el teléfono inalámbrico al lado, y caminé de regreso hasta la parte trasera de la entrada de autos para recoger los contenedores de basura. Y ahí fue cuando me di cuenta de ellos: negras correas de nylon, sujetadas en la parte superior de cada contenedor con pestillos que se abrían y cerraban. Diminutas imágenes de mapuches se extendían a lo largo de toda su longitud. Las hadas de Patrick habían atacado de nuevo.

Después de esa noche, cuando bajé al sótano para hacer una desesperada y necesaria carga de ropa, descubrí una muy buena acción: el enorme y pesado armario, que se había caído sobre mi mamá, estaba parado, empujado contra la pared. Patrick había devuelto mi llave días atrás. Así que obviamente él había hecho esto cuando había guardado los comestibles. ¿Pero cómo? Mi mamá y yo habíamos concordado en que no podíamos levantar esa cosa. Y luego recordé que Patrick había ido a recoger a Jax ese día. Él debe de haber pedido a Jax que lo ayude con el armario, desde ya que estaba claro que su amigo y compañero de trabajo no compartía su irritantemente excesiva amabilidad.

Abrí y cerré la puerta del armario, notando cómo la madera agrietada había sido pegada de vuelta, luego suspiré. Sabiendo que Patrick estaba enamorado de Dina, y especialmente después del modo en que lo traté, cada cosa linda que él hacía, me hacía sentir como un diminuto cuchillo atravesando mi corazón. ¿Por qué él no sólo se detenía ya?

Pero no paraba. La siguiente mañana, la entrada había sido mágicamente excavada de vuelta, y una fina capa de sal, había sido esparcida sobre la hiedra congelada. Para alguien que vivía en la puerta de al lado y trabajaba en el mismo centro comercial, continuaba evitándome de un modo verdaderamente espectacular. Dos veces fui a hurtadillas, mientras Dina cubría la caja, esperando verlo en Keyhole, pero en ambas veces Jax me dijo que sólo no había ido.

Dina juraba que no lo había visto ni escuchado.

—Oh, no. Espero que no esté enfermo de nuevo, —se preocupó—. ¿Crees que aún aparecerá para la fiesta panda? —Considerando el modo en que él se sentía por ella, pensaba que era una apuesta segura que incluso su falso escorbuto no lo mantendría lejos y —cuando se aparezca para ver a Dina— intentaré estar allí para hablar con él. No podíamos seguir así por siempre, después de todo. Él tendría que enfrentarme el Día de San Valentín.

Podía esperar.

O, al menos, pensaba que podía esperar... Hasta ese jueves, después de otro día que Patrick había pasado evitándome. Estaba justo terminando mi turno y empezando a sacar el dinero cuando escuché una voz familiar.

—Elyse. —Alcé la vista—. Estaba de camino a mi casa desde el hospital, y tenía que entrar y decirte gracias. —Mi clienta favorita, Mrs. Conchetti, estaba parada cerca del mostrador con lágrimas en sus ojos—. El pequeño Nolan lo logró a través de su cirugía de corazón. Los doctores dicen que va a estar bien.

—Oh, Mrs. Conchetti. Eso es un alivio. —Incluso di la vuelta al mostrador y la abracé. No era algo que haría con algún otro cliente, pero alrededor de los últimos meses había conseguido entenderla y había escuchado tanto acerca de su familia. La ocasión justo parecía llamarlo.

—Acabamos de escuchar las buenas noticias del doctor cuando ese chico de pelo rizado del delivery de los tuyos llegó. Y tengo que decirte, su consideración significó el mundo para mí. Y para mi hijo y mi nuera.

¿Mi chico de pelo rizado del delivery?

—Al segundo que vi el muñeco de Cupido, supe que era de tu parte. Lo pusimos del lado derecho de la cuna de Nolan, así que él lo vio tan pronto como se despertó. Aún tan débil, el pobre. Pero creo que casi sonrió cuando comenzó a cantar. —Mrs. Conchetti se agarró de mí de nuevo, apretándome con fuerza contra su amplio pecho. Luego, me soltó antes de darme dos sonoros besos de estilo italiano —uno en cada mejilla—. Eres una hermosa chica, —me dijo—. Hermosa por dentro y fuera.

Antes de que tuviera una oportunidad para corregirla o preguntarle de que estaba hablando, echó un vistazo a su reloj.

—Debería irme. Mi hijo y mi nuera están pasando la noche en el hospital. Les dije que llevaría la cena. No puedes comer nada de lo que sirven allí en la cafetería. Todo sabe cómo pegamento. —Ella hasta pellizcó mis mejillas.

—Gracias, —dije de nuevo, y luego se fue.

Dejé caer las monedas que había estado contando de vuelta en la caja y me senté, intentando poner las piezas juntas. ¿Un chico de pelo rizado del delivery? ¿Un muñeco de Cupido? Recordé cómo Patrick había estado parado al lado del mostrador cuando Mrs. Conchetti había vuelto a contarme las noticias sobre el bebé...

Cómo había dicho que desearía que hubiera algo que pudiera hacer... Cómo Patrick inmediatamente había comprado once corazones con todo el dinero que él tenía, consiguiendo su tarjeta de fidelidad de cliente estampada, luego volviendo de vuelta por cuatro más al día siguiente. Quince en total —pero no eran para quince chicas—. Eso era mucho más claro ahora. Tenía todo el sentido... Excepto que también no lo tenía.

Hasta los últimos días, parecía como si todas las lindas cosas fueran hechas y diseñadas para impresionar a Dina. ¿Pero llevando el muñeco de Cupido al hospital? ¿Excavando mi entrada? ¿Las correas a prueba de mapache? ¿Por qué Patrick era tan lindo conmigo?

Había estado equivocada sobre él. El muñeco de Cupido había hecho eso muy claro. Él no era un jugador ni un cerdo. Era dulce, generoso, y genuino —el escurridizo dos por ciento—. Tan diferente de Matt Love que los dos apenas pertenecían a la misma categoría de humanos. Pero entonces, de nuevo, Patrick podría haber sido un santo oficial en toda regla y no habría importado. Ya le había dicho que no quería un novio. También, él había hecho claro que su enamoramiento por mí era historia, y que estaba interesado en Dina.

¿Lo cual me llevaba de vuelta a mi pregunta original de por qué él estaba siendo tan lindo conmigo? ¿Todavía pensaba que podría ayudarlo a conseguir puntos con Dina? ¿O, si eso no lo fuera, él tenía algún tipo de trastorno extraordinario? No escorbuto, obviamente, pero ¿alguna enfermedad genética del cerebro que llevaba a una amabilidad crónica? ¿O estaba sólo intentando volverme loca de culpa por haber sido tan mezquina con él?

De cualquier manera la explicación era, que esto no podía ocurrir. Necesitaba averiguar qué estaba mal, y no podía esperar hasta el Día de San Valentín para hacerlo tampoco.

Capítulo 16

Traducido por rihano

Corregido por Aldebarán

Lo primero que hice cuando llegué a casa del trabajo ese día fue ir a la cocina a buscar la chaqueta que Patrick me había prestado la noche de los mapaches. También recogí los Nikes, colocándolos en una bolsa de plástico. Luego agarré un puñado de galletas con queso —ya era bastante malo tener que enfrentarme a Patrick y hacerlo con el estómago vacío—. Luego subí para asegurarme de que no había pedacitos de queso atrapado entre mis dientes y para ponerme algo de brillo de labios. Até mi pelo en una coleta y me miré desde diferentes ángulos en el espejo. Entonces decidí que la cola de caballo hacía que mi cara se vea demasiado puntiaguda, quité el elástico, y dejé caer mi pelo. Luego revisé mis dientes de nuevo, sólo para estar segura.

Luego fui derecho a la puerta principal como una chica en una misión. Estaba a mitad de camino por el sendero delantero, pisando la nieve, cuando recordé que había olvidado algo: el pendiente de ópalo. Cada día, desde la tarde que había descubierto que pertenecía a la abuela de Patrick, había estado tomando notas mentales para devolverlo. Y, cada día, por una razón u otra, me había convencido de que no era el momento adecuado. La noche que le grité a Patrick en el patio trasero, lo había colocado cuidadosamente en una pequeña caja de madera que guardaba en el cajón de mi escritorio, enrollando la cadena con cuidado antes de cerrar la tapa. Ahora me encontré regresando por las escaleras en mis botas, dejando nieve a través de la madera para recuperarlo.

Un minuto después, estaba de vuelta en la puerta de Patrick. Tomando una respiración profunda, agarré la aldaba y golpeé tres veces. El coche rojo, todavía en el camino de entrada, estaba cubierto por una fina capa de nieve. Patrick tenía que estar en casa. Volví a llamar. El sonido hizo eco en toda la calle vacía, y todavía nadie respondía. Volví por el camino y miré hacia las ventanas de arriba, esperando ver el parpadeo de una cortina cerrándose. Sabía que Patrick estaba dentro, pero él estaba empeñado en evitarme. Bueno, mala suerte, pensé.

Levanté la aldaba de nuevo. Me quedaría allí toda la noche si fuera necesario. Llamaría hasta que todos los demás vecinos se quejaran del ruido. Golpearía esa puerta hasta que mis dedos se entumecieran y mi nariz empezara a chorrear por el frío y con nieve acumulada a mí alrededor. Llamaría hasta que el sol...

—Oh. Elyse. Es bueno verte de nuevo. —La puerta se abrió y el abuelo de Patrick se asomó—. Has regresado por los encurtidos. —Sonrió y deslizó sus gafas de lectura en el bolsillo, indicándome que entrara—. Están muy crujientes. No estarás decepcionada. —Sacudí la nieve de las botas y me metí en la casa. Una vez adentro busqué signos de que estuviera Patrick.

—Oh, no. Estoy segura de que están realmente crujientes —dije tan pacientemente como pude—. Pero yo sólo vine a hablar con Patrick sobre algo. —Mi corazón estaba latiendo rápido y mis manos estaban sudando, sólo de estar en su casa, preguntándome cómo demonios iba a comenzar esta conversación imposible.

—Bueno, ahora. —El viejo miró su reloj—. Patrick ha salido con un amigo a practicar su música. No espero que vuelva pronto.

—¿Pero no es ese su coche en el frente? —No quise que las palabras salieran en el tono acusador en que lo hicieron, pero si Patrick estaba escondido arriba, y si su abuelo me estaba mintiendo, tenía que averiguarlo.

El Sr. Connor fue a la ventana del frente y miró hacia el camino de entrada.

—Ese es —dijo, asintiendo con la cabeza—. Debe de haber caminado. Jax no vive muy lejos de aquí.

—Oh. —Tragué saliva, sintiéndome como un idiota una vez más. ¿Qué tipo de persona acusa a un dulce anciano de mentirle a la cara? Una persona como yo, al parecer.

—Correcto. Entonces me voy. Siento haberlo molestado.

—Muy bien —dijo el Sr. Connor, arrastrando los pies hacia la cocina—. No me has molestado en absoluto. En realidad, me alegro que pasaras por aquí. Estaba a punto de poner el agua a hervir. ¿Te quedarías a tomar una taza de té?

—Oh, no. En serio. Gracias. Debo irme.

—Maravilloso —dijo el Sr. Connor—, ¿Earl Grey¹³ u Orange pekoe¹⁴? —Claramente él no tenía su audífono, una vez más—. Ahora, espero que no tomes con miel, porque me temo que no tenemos. Pero guardo una bolsa de galletas de mantequilla ocultas en

¹³ **Earl Grey:** Es una mezcla (blend) de té negro aromatizado con aceite de bergamota. Sin embargo, hoy en día el término se aplica en general a cualquier mezcla de té aromatizada con bergamota.

¹⁴ **Orange Pekoe:** Es una clasificación del té negro basado en el origen de la hoja. Para ser clasificado como pekoe, el té debe estar compuesto puramente de los nuevos rubores —siendo el rubor, el brote de flor cortado con las dos hojas más jóvenes (cualquier otra hoja produce tés de calidad inferior.), con sus apreciadas hojas recolectadas de los brotes terminales de sus ramas, que en inglés la llaman doradas, “golden-tips”, por el color que toman una vez desecadas, amarillas anaranjadas y según la proporción de golden-tips.

el cajón de verduras donde Patrick no las pueda ver. Siempre está preocupándose por el colesterol, pero sólo tomo una de vez en cuando.

—Yo... —Empecé, queriendo decir mis disculpas con una voz mucho más fuerte, pero luego me detuve. Después de todo, ¿qué tenía de malo en tomar una taza de té con el abuelo de Patrick? No era como si tuviera algo importante que hacer en casa, a excepción de obsesionarme con lo nerviosa que estaba sobre mi examen de conducir al día siguiente, y lo ansiosa que estaba por lo que iba a decirle a Patrick cuando finalmente lo consiguiera—. Me encantan las galletas de mantequilla —concluí, en su lugar—. Y Earl Grey es genial, si lo tiene. —Me quité las botas, colgué el abrigo de Patrick en el armario, y arrojé la bolsa con las zapatillas Nike cerca de las escaleras antes de seguir al Sr. Connor a la cocina.

Unos minutos más tarde, frente a una humeante taza de Earl Grey, el Sr. Connor se aclaró la garganta.

—Ahora —dijo, deslizando la placa de frías, compradas en una tienda, galletas de mantequilla hacia mí y sentándose con cuidado en una silla de la cocina—, Elyse. Estoy seguro que tú me puedes decir. ¿Qué es un subwoofer¹⁵?

—Ah... —Evadí, tomada por sorpresa. Había estado pensando que podríamos hablar del tiempo, o bien intercambiar historias sobre la gente que sabíamos que tenían enfermedades. ¿No era eso lo que a la gente de edad le gustaba hacer?

—Suena como algo para hacer con un submarino, o algo sobre un perro —continuó el abuelo de Patrick—, pero eso no puede estar bien.

—Es una cosa de música —le dije—. Una especie de altavoz, creo.

Él golpeó la mesa.

—Eso sería. Los nombres que las personas jóvenes piensan en estos días. —Él negó con la cabeza—. Subwoofer. Eso es en lo que Patrick y Jax estaban trabajando. Para un encuentro. Probando el subwoofer. Tiene algo que ver con una pequeña canción que ha estado ensayando, sobre una chica con ojos marrones. —Tragué y me enderecé. Su canción era a cerca de Dina. Dina y sus grandes ojos castaños. Traté de no dejar que el dolor que estaba sintiendo se mostrara en mi cara—. Ves, él piensa que siempre tengo mi audífono apagado. —El viejo tiró de un lóbulo de la oreja—. Pero no lo echó mucho de menos.

¹⁵ **Subwoofer:** es un subtipo de altavoz activo de vía única diseñado para reproducir, aproximadamente, las dos primeras octavas (las más graves, normalmente entre 20 y 80 Hz) del total de 10 que conforman el espectro completo de audiofrecuencias. Los subwoofer pretenden, por tanto, complementar los altavoces convencionales de dos vías que nunca cubren la primera octava (de 20 a 40 Hz) y con frecuencia sólo alcanzan a reproducir los componentes más agudos de la segunda (de 40 a 80 Hz).

—¿Sr. Connor? —pregunté, inclinándome hacia adelante. Tenía que averiguar lo que estaba pasando.

—Oh. Frank. Llámame Frank.

—Está bien. ¿Frank? —Me sentí rara diciéndolo—. ¿Puedo preguntarle algo? ¿Patrick es bueno con todos?

—Bueno. Supongo que...

—No quiero decir simplemente bueno. Sino, sabes, ¿realmente bueno? ¿Sobre la cima de bueno? El paleó la entrada de mi casa dos veces esta semana. Y él me compró esas correas a prueba de mapache, además de un nuevo teléfono a pesar de que fue mi culpa que el teléfono viejo se rompiera en primer lugar. Y eso es apenas el principio de la lista. Están las clases de conducir gratis, y me horneó galletas, y trajo a mi casa los comestibles, además de que reparó mi horno y nuestro armario roto.

—Bueno. Si él ha estado haciendo todo eso, eso lo explica —dijo Frank.

—¿Explica qué?

—Por qué ha estado cantando en la ducha en las últimas semanas. Patrick es como su abuela. Mi difunta esposa, Jeannie. Nunca he visto a nadie ponerse a ayudar a los demás como ella lo hacía. Comprarle joyas o llevarla a un restaurante de lujo y ella te agradecía amablemente, pero le daban para planificar una venta de pasteles, o liderar una tropa de chicas Scouts, o un gato callejero para cuidar hasta ponerlo saludable y entonces la veías en su elemento. Su rostro se iluminaba. Todo su punto de vista cambiaba. Pero, así somos todos nosotros de alguna manera, supongo —dijo filosóficamente, soplando el té para enfriarlo—. Todo el mundo necesita ser necesario. Incluso un hombre viejo como yo.

Apreté mi taza, dejando que el calor se filtrara en mis dedos. *Todo el mundo necesita ser necesario*. Nunca había pensado lo suficiente en eso de esa manera antes.

—Ahora, toma a Patrick por ejemplo —continuó Frank—. Cuando murió mi mujer, perdí mi timón por un tiempo. ¿Quién no, después de cincuenta y cinco años de matrimonio? Pero tengo algunos ánimos en mí todavía. Puedo palear el camino de entrada y obtener mis propios alimentos. Lo hago, a veces, pero otras veces, dejo a Patrick cuidarme. ¿Sabes por qué? —preguntó. Yo estaba bastante segura de saber la respuesta, pero lo dejé continuar—. En primer lugar, porque me gusta la compañía. Cuando uno se hace viejo como yo, no quiero estar solo viendo ¡*Jeopardy*¹⁶! todo el día.

¹⁶ **Jeopardy**: es un concurso de televisión, emitido en los Estados Unidos, con preguntas sobre historia, literatura, las bellas artes, cultura popular, ciencia, deportes, geografía, juegos de palabras, y mucho más. El programa tiene un

Por un lado, comienzas a ver repeticiones, por lo que te sabes todas las respuestas, pero eso no es lo peor. Lo peor de todo es la calma en la casa. Sólo lo largo de los días. Pero también me gusta tener a Patrick aquí porque le gusta estar aquí. Hay algo que decir a favor de hacer todo tú mismo, es ser independiente. La pérdida de esa independencia es lo más difícil de la vejez, pero entonces de nuevo, a veces el mejor regalo que puedes darle a alguien es aceptar lo que sea que tengan para ofrecerte. —Alcanzó una galleta de mantequilla y la mordió un poco, dejando que las migajas cayeran a su plato—. Algo de su música es terrible y fuerte, te cuento, —agregó—. Incluso cuando no tengo mi audífono conectado. Pero eso es un precio pequeño a pagar.

Tomé otra galleta, preguntándome qué hacer con todo eso. Así, que a Patrick le gustaba ayudar a la gente. ¿Pero eso era lo que hacía conmigo? ¿Sólo algún caso, desesperado y desvalido, de caridad como un conductor discapacitado que había decidido tomar? Porque si eso era lo que pensaba de mí, no me importaba si nunca lo volvía a ver.

—Es igual que Jeannie. Es extraño, la verdad. No creo que jamás haya visto a mi mujer tan feliz como el tiempo al principio de nuestro matrimonio, cuando me caí del techo y me rompí las dos piernas. —El abuelo de Patrick se echó a reír al recordarlo—. Por una vez, no tuve más remedio que dejarla desvivirse por mí. Pero fue lo mejor dejarla hacer las cosas por mí, mientras pasaban los años. ¿Ves esas fotos por ahí? —Señaló a la pared del fondo, donde tres pequeños paisajes colgaban, uno al lado del otro. Uno de ellos era una pintura de un lago. Otro era un árbol frente a una puesta de sol, y el tercero era un campo con un molino de viento en el mismo.

—Jeannie los recogió en una tienda de regalos una vez cuando viajamos hacia el oeste. Me los dio por mi cumpleaños. ¿Ha notado algo acerca de ellos?

Me puse de pie y caminé hacia las pinturas. Estaban cada uno en un pesado marco de borde dorado, pero además de eso, no había nada especialmente destacable en ellos. Era el tipo de arte que por lo general es visto en salas de espera mal decoradas, o casas de ancianos. De hecho, podía recordar a mi abuela teniendo algunos cuadros prácticamente idénticos en su pasillo.

—Están muy bien, —mentí, no quería herir los sentimientos del Sr. Connor.

—Ellos lo son, ¿no? Pero están torcidos. Eso es lo que no puedo dejar de ver. Jeannie los colgó ella misma. Yo era un ebanista antes de retirarme, así que sé sobre hacer cosas niveladas. Pero ella me compró esas y las coló en su maleta. Las colgó la noche antes de mi cumpleaños para sorprenderme, y estaba tan orgullosa de sí misma, nunca

formato único de "respuesta y pregunta", en el cual a los concursantes se les presentan pistas en forma de respuestas, y deben dar sus respuestas en forma de una pregunta.

tuve el corazón de enderezarlas. Así que solo se han quedado ahí. Por, oh, no lo sé. Los últimos quince años. Torcidos.

Miró con cariño a los horribles paisajes desalineados y yo seguí su mirada. Ahora que lo mencionaba, podía verlo con claridad. El de la izquierda estaba casi una pulgada completa más arriba en la pared que los otros dos. Y el de en medio ligeramente inclinado hacia la derecha. Tendrías que amar realmente a alguien, pensé, para continuar durante quince años fingiendo que no te dabas cuenta de algo así.

Lo que me recuerda... Deslicé una mano en el bolsillo y saqué el colgante, poniéndolo sobre la mesa frente a él. Me senté de nuevo. —Casi se me olvidaba. He encontrado esto, —dije—. He tenido la intención de traerlo. —Él tomó el collar y puso el colgante en la palma de su mano—. Pensé que podría ser suyo. O, quiero decir, de Jeannie.

—Bueno. Será. —El abuelo de Patrick lo miró más de cerca.

—Hay una inscripción en el reverso —dije, en caso de que se hubiera olvidado o la escritura fuera demasiado pequeña para que la viera—. Dice, “MBW tomó AC 23-03-1917”.

—¿Dónde encontraste esto? —preguntó.

—En nuestro ático. Mi mamá lo encontró entre algunas tablas del piso, y luego la primera vez que estuve aquí, me di cuenta de que su esposa llevaba uno igual en la foto de la boda.

—MBW. Mabel Beth Wain. Esa fue mi madre. Y AC. Arthur Connor. Mi padre.

Así se explicaban las fechas. Perteneció a la tatarabuela de Patrick. En realidad tenía casi un centenar de años.

—Mi padre se lo dio a mi madre en el momento de su compromiso. Cuando ella lo aceptó para ser su esposo. Jeannie lo llevaba el día de nuestra boda. Estoy seguro que has oído hablar de la tradición. ¿Cuál es esta ahora? Algo de oro, algo azul...

—Algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul. —Le ayudé. Había visto suficientes comedias románticas con mi madre para saberlo.

—Eso es. Este era tres de los cuatro. Antiguo, azul y prestado. Se suponía que tenía que devolvérselo a mi madre después de la boda, pero ella lo perdió. Jeannie se sintió horrible por eso, lo recuerdo.

—¿Cómo cree que terminó en nuestro ático?

—Nos casamos en esa casa. ¿Patrick te dijo eso? —negué con la cabeza—. Mi padre la construyó, y Jeannie y yo vivimos allí hasta que murieron mis padres, momento en el cual la vendimos y nos trasladamos de nuevo a la vieja casa. Tuvimos nuestro servicio de bodas justo afuera, en el patio trasero, debajo del árbol de cerezo japonés.

Así que hubo un cerezo japonés. Pero era un árbol, no un arbusto, y fue en nuestro patio trasero, no el jardín delantero de Patrick. ¡Y no lo había aplastado en un montón de ramas con el coche!

Miré hacia el señor Connor mientras giraba suavemente la cadena alrededor de su mano picada de viruelas. Me imaginé a la abuela de Patrick, Jeannie en su vestido de novia de encaje, descendiendo nuestra escalera a su encuentro, alcanzando su mano para mantener el equilibrio en sus tacones altos. Vi al señor Connor mirarla, en la forma en que estaba mirando el collar ahora, con ternura, los ojos nublados, mientras estaban a punto de embarcarse en una vida juntos.

—Gracias —dijo, cerrando la mano alrededor de él—. No me imaginé que alguna vez vería esto de nuevo.

—No —dije, poniendo mi taza en el fregadero y aclarando ambos platos de galletas—. Gracias a usted. —Aunque no estaba exactamente segura por lo que le estaba agradeciendo... El té, tal vez, o las galletas, o simplemente por pasar el tiempo, sentado ahí hablando conmigo—. Debería ponerme en marcha —le dije, mirando el anticuado reloj en la pared—. Tengo mi examen de conducir mañana. Cuando Patrick llegue a casa, ¿podría decirle que estuve aquí? —pregunté.

—Por supuesto, que haré eso —dijo Frank, levantándose de la silla—. No soy bueno para mucho en estos días, pero puede pasar un mensaje. —Y ahí fue cuando me di cuenta de la jarra, colocada en la esquina al lado de la nevera.

—Oiga —le dije con ansiedad—. ¿Estaría bien si cambio de opinión sobre los encurtidos?

El rostro del señor Connor se iluminó. Y no creo que fuera mi imaginación: Se paró un poco más erguido.

—Creo que eso estaría muy bien —respondió. Me acerqué y cogí la jarra. Debe de haber pesado diez kilos. ¿Qué diablos iba a hacer con diez kilos de encurtidos?— Si los rebanas, puedes ponerlos en un emparedado de rosbif —dijo el abuelo de Patrick, como si leyera mi mente—. O puedes picarlos. Ponerlos en una ensalada de atún. Jeannie solía hacer eso.

—Mmmmm —dije—. Gracias. Muchas gracias. —Abracé la enorme jarra en mi pecho. ¿Encurtidos y atún? Me pareció repugnante. Pero, de nuevo, apenas importaba. Salí a la nieve con las palabras del Sr. Connor resonando en mi cabeza: *A veces el mejor regalo que puedes dar a alguien es aceptar lo que sea que tengan para ofrecerte.*

Ahora sabía exactamente lo que tenía que hacer para hacer las cosas bien.

Capítulo 17

Traducido por majo2340

Corregido por Aldebaran y kuami

Pasé esa noche cubierta en un polvo fino de harina y azúcar glasé. Empecé con las galletas de molinetes¹⁷, estirando la masa con el rodillo y poniéndola en la nevera para que se enfriara, luego trasladé la tarta de queso negro-blanco. Una vez que la puse en el horno, estaba lista para hacer frente a mi nuevo proyecto, súper secreto. Acabé de sacar las galletas del horno antes de derrumbarme en la cama para despertarme a la mañana siguiente para a hacer la decoración. Por suerte, me había tomado el día libre en el trabajo y de la escuela para mi examen de conducir, que era hoy por la tarde.

Para el momento en que todo estaba frío y dentro los envases de Tupperware, yo estaba agotada de nuevo, pero, en cierto modo, era algo bueno. Mi locura por hornear había conseguido mantener mi mente alejada de la prueba, por no mencionar del hecho de que era el día de San Valentín, exactamente un año después que mi corazón se había roto en mil pedazos. De hecho, apenas tuve tiempo para pensar en cualquiera de esas cosas, hasta que mi madre me llamó desde los servicios telefónicos de la habitación junto a la piscina para recordarme que mi tía Sara iba a estar allí para recogerme para mi examen de conducir a la una y media, como si pudiera haberme olvidado.

—¿Estás lista, cariño? —me preguntó. En algún lugar al fondo, una banda en directo estaba tocando una mala imitación de Elvis Presley *"Can't Help Falling in Love"*. El cantante tenía un marcado acento español.

—Claro —suspiré—. ¿Por qué no? —Estaba tan preparada como nunca lo estaré.

Y resultó que ni siquiera estaba mintiendo. De alguna manera, pensé, mientras me sentaba frente a la casa de Dina esa noche en el coche, buscando el coraje para entrar, las cosas volvían al punto de partida. Aquí estaba, el Día de San Valentín de nuevo. Y a punto de conseguir que mi corazón se rompiera, una vez más. Dina y Patrick se gustaban. Yo estaba segura de eso. Esta noche sería la noche en que él se lo diría, a través de una canción.

Y estúpidamente dejaba ir a Patrick. Así que, una vez más, estaba a punto de perder el hombre que amaba y mi mejor amigo. Pero había una diferencia esta vez, y era una grande. Esta vez, lo estaba perdiendo por alguien que realmente se lo merecía. Giré las llaves, tirando de ellas para sacarlas del contacto con un pequeño resoplido.

¹⁷ **Galletas de molinete:** Es una galleta de mantequilla en forma de espiral con un relleno de chocolate y vainilla, que se parece a un molinillo girando y de ahí le viene el nombre.

Además, no había salido de la experiencia con las manos vacías. Gracias a Patrick, yo era una conductora con licencia. Con la excepción de decir que me había estacionado "demasiado cerca de la acera", el instructor me habría dado una puntuación perfecta.

Eso no había cambiado el hecho de que era un manojito de nervios al conducir sola por primera vez, por supuesto, o el hecho de que resultó que no tenía ningún sentido de la orientación. En el momento en que realmente logré encontrar la casa de Dina, a la que yo había ido antes un montón de veces en autobús, eran las 8,30. La fiesta había comenzado hacía más de una hora. Me dirigí hasta la puerta, llevando mi caja de cartón con los pandas de peluche y los envases de Tupperware con las galletas en blanco y negro, en un precario equilibrio. Podía oír la música que vibraba a través de las paredes. Patrick y Jax habían hecho, obviamente, un buen trabajo con el subwoofer.

La puerta estaba entreabierta y la empujé con el pie. Para ser una fiesta dedicada a una especie en peligro de extinción, me sorprendió lo que encontré en el interior, que era decididamente raro. Chicos y chicas (La mayoría de los cuales me di cuenta eran de la escuela) estaban apiñados en grupos, los chicos todos vestidos de negro, mientras que las chicas vestían bonitos trajes en blanco y negro. De repente me sentí demasiado casual en mis pantalones negros lisos —por lo general parte de mi uniforme Gifts & Stationery de Goodman— y una ajustada camiseta blanca. La sala de estar, donde la mayoría de la gente parecía estar, estaba decorada con globos de helio en blanco y negro, serpentinas blancas y con las luces atenuadas, dándole una apariencia agradable y sofisticada.

La música sonaba fuerte y unos chicos estaban jugando a ponerle la cola al panda en el comedor. Ellos daban vueltas a una chica con los ojos vendados muy rápido, que temí por la seguridad de la porcelana China de los padres de Dina, pero todo el mundo se reía, incluyendo la chica. No podía ver a Patrick en el lugar, pero reconocí a una chica de mi clase de química, Erin. —Oye —le dije, tratando de mirar alrededor de mi pila de cajas y de los Tupperware—. ¿Sabes dónde está Dina?

—Lo siento —dijo—. Acabo de llegar aquí. ¿No la he visto?

—Ella está en la cocina —dijo la voz de un hombre desde el otro lado. Moví mis cajas, tratando de ver quién era, y cuando me las arreglé para conseguir echar un vistazo desde detrás del Tupperware, estuve a punto de dejar caer diez horas de cocción. Sus hombros eran más amplios que cuando me encontré con él en las vacaciones de Navidad. Su rostro tenía más barba, pero tenía la misma absurda sonrisa tonta.

—¿Damien? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es bueno verte de nuevo, también. —Él se rió. Bueno, obviamente, él me tomó por sorpresa. No me las había arreglado para ocultar el desdén en mi voz. Pero ¿qué quería que hiciera después de que él hubiera roto mi corazón y el de mi mejor amiga antes de salir corriendo a la fiesta Universitaria de Chicas y Cervezas? ¿Abrazarlo?

—Aquí, dame eso. —Tomó la tarta de queso y otros dos recipientes Tupperware, dejándome con la caja de animales de peluche—. Vamos —dijo, abriendo el camino a través de la gente reunida en el pasillo y en la cocina.

—Oye, nena —dijo, interrumpiendo a Dina, que estaba llenando una cesta con cintas de orejas de panda para ponernos en la cabeza. Se veía hermosa, con su vestido negro brillante, ceñido a la cintura con un cinturón blanco—. Elyse está aquí con la comida. —Ella se volvió y me miró. Las orejas de panda que llevaba en su cabeza, sorprendentemente sólo añadían a su mirada, más inocencia.

—Elyse, —dijo—. Hola. Um. ¡Damien está aquí!

Como no me había fijado.

—Traje los pandas —le dije rotundamente, dejando la caja de cartón abajo sobre el suelo de la cocina—. No sé dónde los quieres.

—Oh. Impresionante —dijo Dina—. Damián, Elyse trajo pandas de peluche. —Yo estaba segura de que era consciente. Después de todo, él estaba de pie detrás de mí—. ¿Te importaría ponerlos fuera?

—¿Ponerlos dónde?

—Sólo fuera. Por ahí. Alrededor. —Ella agarró la caja, empujándola con sus brazos hacía él—. Gracias. Eres el mejor. —Tan pronto como se fue se volvió hacia mí—. Está bien. No sabía que iba a venir —dijo—. Él sólo... se presentó.

—¿Y lo dejaste entrar? —dije con incredulidad—. Sabes, algunas personas llamarían a eso simplemente allanamiento de la propiedad privada. Si quieres que le diga que se vaya, lo haré. O puedo pedirle a Ron Stevenson y otros chicos del equipo de fútbol que le muestren la puerta. Si aun así no se quiere ir, podemos llamar a la policía.

—No. Elyse. —Se mordió el labio—. En realidad estoy más o menos... feliz de verlo.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿Es necesario que te recuerde cómo te trata?

—Ya lo sé. —Dina abrió un Tupperware y comenzó a organizar las galletas molinete en un plato blanco—. Pero la cosa es, creo que ha cambiado.

Suspiré. ¿Dina aprenderá alguna vez? Los tipos como él nunca cambian. —¿Y qué te hace pensar eso?

—¿Te acuerdas de aquel día en que él no me devolvió el texto hasta dieciséis horas más tarde? —¿Cómo podría olvidarlo? —Bueno, cuando finalmente, él me lo devolvió y yo no le respondí durante dos días, se dio cuenta de algo.

—¿Que es un idiota? —dije.

—Que me perdió —dijo, todavía centrada en las galletas en vez de mirarme a los ojos—. Él se disculpó, y nos hemos escrito mensajes de texto desde entonces.

—¿Qué? —dije otra vez. Todos los mensajes de texto que supuestamente eran de su madre recién conocedora de la tecnología, de repente tenía sentido—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque lo odias —respondió ella—. Y porque realmente querías emparejarme con Patrick. No quería decepcionarte.

—¿Quieres decir que no te gusta Patrick? —mis preocupaciones acerca de Damien de repente pasaron a segundo plano.

—Él es genial, Elyse. Honestamente. Es un buen tipo. Pero no siento esa chispa con él, ¿sabes?

—Pensé que habías dicho que podías verte con él dentro de cinco años. Dijiste que tenías sentimientos de verdad hacia él.

—Estaba tratando de tenerlos. Creo que decía esas cosas para convencerme, porque quería sentirme de esa manera. Para hacerte feliz. —Casi me reí en voz alta. Si ella supiera lo mal que me hacía pensar en ellos juntos—. Damien realmente se lamenta por la forma que me trató —dijo ella, alejándose de las galletas para mirarme—. Sabes, creo que sólo llegué a la universidad y se abrumó por todo. Toda la libertad.

—Y todas las chicas —agregué bruscamente.

—Por favor no te enojas con él, Elyse —suplicó Dina. Parecía que estaba a punto de llorar, pero no pude evitarlo. Quería sacudirla. Si esta era la opción que estaba haciendo, ella no iba a conseguir un final feliz. Además, yo estaba furiosa porque me había mentado. Pensé que éramos buenas amigas, las mejores amigas. Pensé que confiaba en mí lo suficiente como para decirme la verdad—. Realmente aprecio todo lo que hiciste para tratar de emparejarme con Patrick —dijo Dina—. Espero que encuentre a la chica adecuada para él, pero Damián es el hombre para mí. No puedo cambiar eso, Elyse, y no quiero pelearme con él nunca más. Así que por favor. Por favor, no te enojas conmigo.

Tragué saliva. Por otra parte, no había sido exactamente honesta con Dina, ¿qué pensaba? Además, ¿qué sabía yo de chicos? Esperaba que Patrick fuera igual que el resto de ellos, y había comprobado que me había equivocado. ¿Quién dice que no estoy equivocada acerca de Damien? Por el cariño que le tengo a Dina, esperaba haberme equivocado.

Di un paso hacia ella y suspiré. —¿Cómo podría estar enfadada contigo? —Puse una mano en su hombro—. Estás vestida como un oso panda. —Ajusté sus orejas—. Tendría que ser algún tipo de monstruo para estar enojada con un oso panda. Además, eres mi mejor amiga. Lo que tú quieras, incluso si se trata de Damián, es lo que quiero para ti. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y ella se lanzó sobre mí, apretándome con fuerza.

Me abracé a su espalda.

—Pero, Dina —dije, apartándola de repente, dándome cuenta de que no todas cosas estaban bien, sin embargo—. ¿Patrick está aquí?

—Está arriba con Jax, ensayando.

—¡Oh, no! —Me mordí el labio—. Le gustas, Dina. Quiero decir que realmente le gustas. Mucho. ¿Sabes que canción va a cantar esta noche? ¿Delante de todos? Es sobre ti. —Ella puso una mano sobre su boca.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. Él no puede hacer eso. Va a sentirse muy avergonzado.

—Tienes razón —dije—. Él no puede hacer eso. Tenemos que detenerlo.

Un momento después, la música se desvaneció. Una voz familiar comenzó a hacerse eco de más de un micrófono. —Probando. Uno, dos. ¿Todos pueden oírme?

—Oh no —Dina y yo dijimos al mismo tiempo. Corrimos hacia la sala de estar. El pasillo estaba lleno de gente, sin embargo, en el momento en que llegamos allí, era demasiado tarde. Patrick, obviamente, no era uno de esos músicos que se tomaba dos horas para hacer una prueba de sonido. Había comenzado.

—Gracias a todos por venir esta noche para celebrar el Día de San Valentín y salvar a los pandas —dijo—. Somos los *Duotangs*. —Hubo un puñado de aplausos—. Voy a empezar por cantar una canción que me encanta. Él dio un acorde en su guitarra. Incluso a través de mi pánico, me di cuenta de lo guapo que parecía con la camisa blanca abotonada y pantalón negro—. Este es Jax, mi hombre en el bajo, —dijo. Todos aplaudieron de nuevo—. Y esto es de Van Morrison "*Brown Eyed Girl*".

Dina y yo suspiramos de alivio cuando Patrick empezó a tocar la familiar melodía. Obviamente, se había acobardado. Tal vez había visto a Dina y Damien juntos y decidió no cantar la canción que él escribió. Cualquiera que fuera la razón, no importaba. Todos habían oído alguna vez "*Brown Eyed Girl*". Y aunque él estaba cantando sobre Dina, con sus grandes ojos marrones, nadie podría adivinar.

Además, otra de las razones para sentirse aliviada: Era que Patrick era bueno. Muy bueno. No tenía nada de qué avergonzarse. Su voz era profunda y constante.

Y cuando llegaron a la parte "sha-la-la-la-la" él y Jax cerraron los ojos y dieron con todo lo que tenían. Su pelo rizado rebotaba cuando él movía la cabeza para seleccionar los acordes en su guitarra. Las orejas de panda que llevaba (Dina había llegado, obviamente, a él antes) hacían que se viera ridículo, pero de alguna manera me hizo adorarlo aún más. Yo sabía que él estaba cantando para Dina, pero me hubiera gustado que mis ojos fueran marrones.

Una a una, las parejas se levantaron a bailar, y todo el mundo se unió para cantar el coro. Incluso Dina y yo cantábamos abrazadas y balanceándonos. Luego, cuando la canción terminó todo el mundo se volvió loco, gritando y aplaudiendo.

—Gracias. Gracias —dijo Patrick y Jax, agitando los aplausos. De repente no estaba tan preocupada por Patrick. Incluso si él estaba a punto de que su corazón fuera roto por Dina. Después de oírle cantar, todas las chicas en la fiesta incluida ella misma se arrojarían a sus pies.

Él no tendría necesidad de los quince de regalos de San Valentín que había comprado. Y, aún si, ya lo había perdido por actuar como un idiota la otra noche, de ninguna manera me gustaría aferrarme a mi lugar en el número doce.

—Me alegro de que les haya gustado mi calentamiento —dijo Patrick cuando los aplausos se habían calmado un poco—. Ahora me gustaría continuar con algo más relajado y hacer un número acústico. —Él rasgó la guitarra de nuevo—. Escribí esto yo mismo.

—¡No, no, no! —grité, saltando.

—¡Hola, Elyse! —dijo, sonriendo y entornando los ojos por las luces del escenario, él y Jax se habían levantado.

Todo el mundo me estaba mirando ahora. —Hola —dije sin convicción, saludando a la sala en general—. Umm, hola. —Quería decirle que no tenía que seguir adelante con nuestra "intensa composición", que él sólo iba a humillarse delante de toda esta habitación llena de gente, pero ahora, con todo el mundo mirándonos, me di cuenta que sería aún más humillante detenerle. Iba a ser como ver un accidente de tren, pero no había nada más que pudiera hacer.

—¿Has dicho algo? —me preguntó.

—Oh. No —le respondí, buscando a tientas las palabras—. Quiero decir. Sí. —dije—, la nieve. Nieve. Nieve, nieve. —Señalé la ventana del frente, donde, afortunadamente, grandes copos blancos habían empezado a caer—. Es romántico, ¿verdad? ¿Toda esta nieve? Feliz Día de San Valentín, para todo el mundo —dije, sintiéndome como una idiota.

Patrick tocaba la guitarra de nuevo. —Sí —dijo—. Tiene que gustarte que nieve. Ocurre todos los inviernos.

Todo el mundo se rió, estaba bien. Me lo merecía. Me hundí más en mi silla. Dina me agarró de la mano.

—De todas formas, un amigo mío me dijo una vez. —Patrick continuó— que si te gusta alguien, debes decírselo con tus propias palabras. —Él me miró, lo que sólo me hizo sentir como más perdedora—. Así que escribí esta canción. Es para alguien que, en poco tiempo, se ha hecho muy especial para mí, más de lo que jamás podría haber pensado. —Él tocó otro acorde—. Jax aquí me acompañara con un kazoo y las llaves del coche. —Todo el mundo se echó a reír de nuevo cuando Jax levantó un juego de llaves y comenzó a agitarlas rítmicamente—. Llamo a esto "*Número Uno de San Valentín.*" —Hubo un silencio en la sala, cuando empezó a tocar.

Una docena de rosas, una docena de países, una docena de decepcionantes San Valentín.

Puedes ver que ella se siente triste, pero sabes que nunca se lo dirías.

Ella está esperando el autobús, no sabe mi nombre.

Deseo que esos ojos marrones miren hacia mí.

Sí, la chica de las gafas es mi número uno de San Valentín.

Jax comenzó un solo con el kazoo¹⁸. Todo el mundo se balanceaba. Algunas personas incluso agitaban sus pantallas iluminadas de los teléfonos móviles en la sala de estar, al igual que lo harían en un concierto. Pero yo estaba paralizada en el lugar, mirando directamente a Patrick, que estaba mirando directamente hacia mí.

Una docena de rosas, una docena de percances,

una docena de decepcionantes romances.

Puedes notar que está triste, pero sabes que lo esconde.

Ella espera el autobús, y no conoce mi nombre.

Deseo que sus ojos castaños miren hacia aquí

Sí, la chica con las gafas es la que quiero para mí.

Jax comenzó a tocar un solo de kazoo. Todos se movían al ritmo de la música. Algunas personas movían las pantallas iluminadas de sus teléfonos celulares de un lado a otro en el cuarto oscurecido, como lo harían en un concierto. Pero yo estaba congelada en mi lugar, mirando directamente a Patrick, quien me miraba fijamente a mí.

Un corazón de galleta, un corazón frío,

El corazón que ella sostiene es simplemente el mío.

Aunque parece estar tan cerca, está también muy distante.

Ves, ella no cree que ya no soy el de antes.

No rompería su corazón, no me iría jamás de aquí.

Sí, la chica con las gafas es la que quiero para mí.

¹⁸ Es un instrumento musical que consiste en un tubo pequeño y abierto con un agujero superior cubierto por una membrana, como de papel, que vibra para dar una calidad animada a los tonos zumbados a través del tubo

Patrick aún no me había quitado los ojos de encima, y para entonces las personas ya lo habían notado. Todos los que no miraban fijamente a Patrick se habían girado para mirarme. Algunas de las chicas lo señalaban con su mirada y les daban un codazo a sus novios. Una estúpida persona en el fondo seguía repitiendo: "Awwww. Eso es tan dulce". Miré sobre mi hombro, tratando de callarlos con mis ojos.

*Un último intento, una última canción,
una última oportunidad de mostrarle mi corazón.*

Quiero que sepa cuán enamorado estoy.

Si me rechaza será una pena, pero debo decírselo, debo hacerlo hoy.

Porque la chica con las gafas es la que quiero para mí.

Ella tiene las llaves de mi corazón, ella es la chica que quiero para mí.

Él tocó tres acordes, mirándome profundamente a los ojos a través de toda la sala, como si nadie más estuviera allí.

Ella no va en el doce, es mi número uno de San Valentín.

Cuando él acabó de tocar el último acorde, la sala quedó en silencio. Todo el mundo, y me refiero a todos, lo miraban, y me miraban. O veían que yo lo observaba, esperando ver qué íbamos a hacer a continuación. Patrick levantó la correa de la guitarra sobre la cabeza y suavemente le entregó el instrumento a Jax. Él dio un sólo paso hacia mí.

Me puse de pie. —Disculpa —le dije empujando a una muchacha, casi derramándole el vaso de refresco que sostenía—. Disculpa —le dije otra vez. Podía sentir las lágrimas corriendo bajo mis mejillas, pero no tenía tiempo para limpiarlas—. ¡Fuera de mi camino! —le grité a un tipo que no se movía lo suficientemente rápido. Podía sentir los ojos de Patrick, los de todos, aún en mí y no podía respirar. Simplemente no podía respirar. Mi único pensamiento era que tenía que llegar hasta la puerta.

Capítulo 18

Traducido por masi

Corregido por Aldebarán

En el momento en que él extendió su mano hacia mí, yo ya estaba buscando a tientas las llaves.

—¡Elyse! —dijo Patrick—. Espera.

—No —respondí, consiguiendo finalmente abrir la puerta del coche.

—Por favor. Sólo escúchame un minuto.

Me giré hacia él. Mi voz sonó temblorosa y furiosa.

—Se supone que te gusta Dina —dije, las lágrimas todavía derramándose por mi rostro.

—¿A mí? —dijo.

—Sí —le acusé—. Compraste su tarjeta de San Valentín favorita con el estúpido cachorrito con sombrero en ella. Tú la ayudaste con la música para la fiesta como una excusa para conseguir su número. Me dijiste que era bonita. Incluso me preguntaste si estaba soltera. —Señalé hacia el salón donde él acababa de sorprenderme en frente de toda la fiesta panda—. ¿Qué demonios fue eso?

—Esa fue una canción que escribí. Para ti. —Como si no fuera evidente. Como si todas las personas de la fiesta no lo supieran cómo se sentía él ahora—. Pensé que sería romántico.

¿Romántico? ¿Prueba con abrumador? ¿Prueba con alucinante? Sabía que lo que había hecho, era dulce, por no hablar de valiente. Debería haber estado feliz, supuse, y lo estaba, pero también estaba avergonzada, y confundida. No había tenido tiempo para aclarar todo en mi mente, todavía.

—Jax dijo que pensaba que a cualquier chica le gustaría —se justificó Patrick. Luego suspiró, dejando caer sus hombros. Él se pasó la mano por la frente como si quisiera darme a entender que le estaba dando un gran dolor de cabeza—. Pero, de nuevo, Jax tiene diecinueve años, y él nunca ha tenido novia, así que... Dios, lo siento, Elyse. Apesto en este tipo de cosas. Sé que te dije una vez en el coche que había tenido un

montón de novias en Toronto, pero eso no era exactamente así. Más bien dos. O, bueno, dos y media si contamos a esta chica con la que compartí un helado en el campamento de verano, cuando tenía doce años. Además, soy totalmente estúpido. Ya me lo dijiste ese día en el coche: No te sientes de la misma forma que yo. Sólo pensé que tal vez no perdía nada por intentarlo una última vez. He estado tratando de ser sólo tu amigo, pero no he sido capaz de sacarte de mi mente.

Metió la mano en el bolsillo de atrás.

—Y por lo todo lo que vale la pena, te conseguí esto. —Él me pasó un sobre. Lo agarré y lo abrí. Dentro estaba mi tarjeta de San Valentín favorita de Goodman's Gifts & Stationery —la tarjeta blanca con el corazón rojo sobre un fondo plateado. La abrí. En el interior estaban los versos de la canción que había cantado sólo para mí—. La escribí yo mismo, y en realidad rima —añadió tristemente—. Pensé que te gustaría eso.

Levanté la mirada hacia él.

La farola capturaba los copos de nieve de su pelo, haciéndolo brillar. Era tan guapo y tan dulce, todo al mismo tiempo.

—Oh, sí —dijo, sin entender mi mirada. Levantó la mano y se quitó su diadema de orejas de panda—. Y aquí estoy, confesando mi amor mientras llevó puestas unas orejas de panda. Sólo añádelo a mi lista de movimientos en falso.

—¿De qué estás hablando?

—¿Qué crees que estoy hablando? Cada vez que trato de hacer algo agradable por ti, meto la pata. —Comenzó a hacer una lista de las cosas con los dedos—. Te asusté con una lección de estacionamiento en paralelo, al decirte que mataste el cerezo japonés favorito de mi abuelo que estaba floreciendo, te horneé galletas no comestibles, te di flores muertas, bromeé contigo, accidentalmente, sobre apagar tu horno, te di un susto de muerte por golpear las tapas de basura entre ellas, hice que rompieras tu teléfono... —Su voz decayó poco a poco—... Y, oh sí, ahora resulta que te he inducido a creer que me sentía atraído por tu amiga, además de que te avergoncé en frente de una sala llena de gente. Estoy seguro de que te estás muriendo por salir conmigo. ¿Quién no lo estaría? Patrick Connor está aquí —gritó, lo suficientemente fuerte como para que toda la calle escuchara—. ¡Un imbécil total! —Él se puso las orejas de panda de nuevo—. Sólo esta noche, viene con orejas de oso panda idiota.

—Cállate —dije en voz baja.

¿Honestamente él creía que me preocupaba algo de eso? ¿No se daba cuenta de que yo había sido mucho peor, alejándolo cada vez que trataba de ayudarme, suponiendo constantemente que, sólo porque era un chico, era un cerdo como Matt Love cuando, realmente, era totalmente lo contrario? ¿No sabía lo mucho que deseaba poder haber aceptado lo que él estaba ofreciendo, los gestos considerados y las cosas románticas y cursis, sin sentir que yo estaba, justamente, entregando mi corazón para ser aplastado?

—Así que después de que te enfadaras conmigo, sólo traté de hacer cosas para ti en secreto, porque al menos entonces no estarías decepcionada si lo arruinaba. Pero, conociéndome, probablemente lo arruiné de todas formas. Al igual que el camino de entrada —probablemente tú no querías que lo quitara con la pala—. Y el muñeco de Cupido. Probablemente se la di al niño enfermo equivocado. Y entonces, después de todo el asunto estúpido con la enfermedad de Lyme, fui y mentí acerca de tener el escorbuto¹⁹, la cual es una verdadera enfermedad provocada por una falta de vitamina, sabes. No es algo sobre lo que bromear.

—Cállate —dije otra vez.

—Cierto. Me callo. —Se dio la vuelta, pero puse una mano en su hombro, deteniéndolo en seco. Antes de que pudiera haber sabido lo que estaba sucediendo, y antes incluso de que tuviera la oportunidad de pensar en ello, estaba delante de él. Y lo estaba besando. Al principio debe haberse quedado sorprendido. Sus brazos colgaban inertes a sus costados, pero un segundo después, sentí una de sus manos en mi espalda, y a continuación, subiendo hacia mis hombros. Sus dedos rozaron mi nuca ligeramente. Pensé que iba a pasar sus dedos por mi pelo —todo apasionado y romántico— pero un segundo después, sentí lo que estaba haciendo en realidad: deslizando sus orejas de panda en mi cabeza. Me aparté y levanté la mirada, riéndome.

—Gracias —dije, enderezándolas.

—De nada —dijo Patrick, obviamente tratando de evaluar la situación. Estábamos de pie allí, mirándonos a los ojos del otro—. ¿Puedo entender lo que acaba de pasar como que no me odias?

—No te odio —contesté.

—Está bien. —Vaciló—. ¿Puedo entenderlo como que te gusto?

—Me gustas —le dije.

—¿En serio? Tú me gustas, también —respondió.

¹⁹ **Escorbuto:** Es una avitaminosis producida por la deficiencia de vitamina C

—Sí. Algo así me imaginé —dije—. Sobre la canción...

—¿Y Dina? Ella es agradable. Y sí, incluso bonita, pero no me siento atraído por ella de esa manera. La estaba ayudando con la música como una forma de estar más cerca de ti. La razón por la que te pregunté si estaba soltera... era por Jax.

Él miró hacia la ventana de la parte delantera de la casa de Dina. En el interior, pude ver al compañero de trabajo de Patrick, Jax, enrollando diferentes cables.

—Realmente está comprometido con la defensa de las ballenas —explicó Patrick. Recordé el tatuaje de la ballena asesina que había visto en su brazo, el día que había ido a buscar a Patrick en el Keyhole—. Pensé que tal vez se llevarían bien. No lo sé. Combinar fuerzas y salvar a un nuevo animal. Caballitos de Mar, o algo así. Nunca vi a nadie defenderlos. Pero parece que ella está interesada en ese tipo mayor que apareció. Así que...

—Es una pena para los caballitos de mar —argumenté. Jax parecía un tipo muy agradable. No tenía ninguna duda de que al menos, habría tratado mejor a Dina de lo que Damien había hecho. Pero, ¿qué se podría hacer?

—Sí. Mala suerte para los caballitos de mar. —Patrick se quedó callado—. Así que, ¿te gusta? —Me preguntó de nuevo, como si todavía no creyera lo que estaba diciendo.

—Sí —respondí, riendo—. Me gustas. Ven aquí. —Agarré su mano y lo llevé hacia la parte trasera del coche—. Te hice un regalo. —Abrí el maletero y levanté la tapa de una caja de cartón.

—¿Hiciste esto? —preguntó, inclinándose para mirar la enorme tarta que había hecho. La parte superior estaba decorada con pequeñas carreteras de hielo. Edificios y casas hechas de galletas bizcochadas alineadas por calles, y coches en miniatura colocados a lo largo de las carreteras.

—Esto de aquí es un Audi A4 —dije, señalando un coche—. Para ti alrededor de unos cuarenta mil dólares. Y aquí está el BMW Serie 7. Ochenta mil como mínimo. —Él se sonrojó—. Y aquí estoy yo —señalé un coche rojo pequeño entre ellos—, aparcamiento en paralelo extremo entre ellos, y pasando mi examen de conducir con una puntuación casi perfecta.

—¿Lo hiciste de verdad? —preguntó él, sonriendo de alegría.

—De verdad que lo hice. —Él me abrazó—. Y aquí —dije, volviendo a la tarta y señalando las letras en la parte inferior—, es donde dice: “Gracias, Patrick porque me

di cuenta que nunca te lo he dicho a ti en persona”. No sinceramente, de todos modos. Y debería haberlo hecho. Incluso si hubiera suspendido mi examen de conducir, todavía debí agradecerte mucho simplemente por creer en mí y negarte a darte por vencido, incluso cuando yo no era siempre, exactamente, agradable contigo. No soy tan buena aceptando la ayuda de la gente —admití—. O tratar con grandes gestos románticos. Supongo que estoy, de alguna forma, trabajando en eso.

Él sonrió y metió su dedo en la escarcha, luego lo chupo para dejarlo limpio.

—¿Puedo comerlo? —preguntó después del hecho.

—Bueno, sí. Ahora que lo lamiste.

—Impresionante. ¿Podemos llevarlo dentro primero? Mis pies están a punto de congelarse. —Miré hacia abajo y me di cuenta por primera vez que había salido corriendo con tanta prisa detrás de mí que ni siquiera se había puesto sus botas.

Metí las manos al interior del maletero para coger la tarta.

—Dame —dijo Patrick, poniéndose frente a mí—. Yo lo llevaré.

—Yo puedo... —comencé a decir, entonces me detuve. Di un paso atrás—. Gracias —dije, dejando que él lo levantara.

Cerré el maletero, me incliné sobre la caja de la tarta que estaba sosteniendo, y lo besé de nuevo, suavemente en los labios. Fue un beso largo, lento y persistente, pero al momento alejé mis labios, y él corrió por el camino, deteniéndose a la mitad saltando frenéticamente sobre los dedos de sus pies mientras esperaba a que le alcanzara. Tenía una enorme sonrisa en su rostro, y era difícil saber si estaba dando saltos así, porque tenía los pies fríos, o porque era feliz... pero si sabía cómo yo me sentía estaba dispuesta a apostar que tenía más que ver con la segunda opción.

Epílogo

Traducido por Pimienta

Corregido por majo2340

Un año y medio más tarde...

—¡Patrick! —grité, asomándome por la ventana de mi dormitorio—. ¡Jax! ¿Quieres apagar esa cosa e ir a prepararte?

Mi hermoso novio, de pelo rizado me miró desde el patio trasero, sonriendo.

—Pero casi hemos hecho que funcione perfectamente. Mira. —Se volvió hacia su amigo que, ahora, era también mi amigo—. Bien, Jax. Realmente métete en el personaje. Sé un mapache.

Jax hizo anillos con los dedos y los mantuvo alrededor de sus ojos, agachándose y pasando furtivamente a través del patio. Se acercó a los contenedores de basura, olfateando el aire como si oliese deliciosamente a cosas podridas. Pero cuando fue a levantar la tapa del cubo de basura orgánica, un proyector de luz de doscientos vatios de encendió de inmediato, un sistema de rociadores automáticos y música increíblemente alta llenó el aire —Celine Dion “*My Heart Will Go On*”— Patrick no tenía ninguna prueba real, pero estaba convencido de que esa canción en particular, echaría a los dos mapaches que habían construido un nido en el techo de nuestra casa dando a luz a seis pequeños. Habían aprendido por sí mismos a desatar las correas de basura a prueba de mapaches en primavera, después de que Patrick las hubiera instalado para mí y, desde entonces, mi madre, Patrick y yo habíamos estado teniendo una épica batalla con ellos.

Jax gritó falsamente y salió corriendo, con la ropa chorreando agua por los aspersores. No pude evitar que una risa se escapara de mis labios, pero la sofoqué rápidamente.

—¡Apágalo! —grité sobre la música—. ¡Chicos, han conseguido mojar la hierba! ¡La ceremonia es dentro de una hora!

Un pequeño círculo de sillas estaba colocado en el otro extremo del patio, cerca del cerezo japonés que estaba en plena floración.

—Oh. Cierto —dijo Patrick—. ¡Lo siento! —Apagó la regadera—. ¿Entonces? —Retrocedió—. ¿Qué te parece?

—Es impresionante —contesté—. Es genial, de verdad. Lo adoro. —Hubo un golpe en mi puerta—. Ahora váyanse.

Ahuyenté a Patrick y a Jax. —Vístanse.

—Nos vamos... —contestó Patrick—. Te veré pronto, mapache. —Me sopló un beso, el cual yo fingí ignorar.

—Estoy decente. Entra —grité hacia mi puerta, imaginando que sería mi madre, o quizá Dina llegando temprano para mostrarme su vestido. Como ella y Damien finalmente habían terminado el mes pasado —algo que se veía venir desde hace mucho tiempo, si me preguntas a mí— ella había estado planeando su vestimenta para este día, esperando lucir tan sexy que Jax se vería forzado a verla como más que sólo una amiga. Yo tenía el presentimiento que ella no tendría problemas en lograrlo. Él llevaba años prendado de ella. Pero aunque hacía mucho que ya no estaba enojada conmigo por intentar unirla a Patrick cuando yo lo quería para mí misma, ella se negaba a permitir que intercediera de cualquier manera para arreglarla con su mejor amigo.

—Sin ánimo de ofender —me dijo—, pero tus habilidades de casamentera son peores de lo que lo eran tus habilidades de conducción.

Estaba en lo cierto, y no me lo tomé como algo personal.

Pero no era Dina quien estaba en la puerta. —¿Qué es eso? No te oigo —respondió una voz familiar. Me deslicé desde la ventana cerrada y crucé la habitación.

—¡Señor Connor! Quiero decir, Frank. —Estaba más que un poco sorprendida de ver al abuelo de Patrick de pie en el pasillo fuera de mi dormitorio vestido con su traje. Dado que Patrick y yo habíamos empezado a salir, nuestras familias se habían hecho más cercanas, y a menudo se detenía a tomar el té conmigo y con mi madre.

Pero su artritis estaba empeorando. Él no solía subir nuestras empinadas escaleras si podía evitarlo.

—Oh, bueno —dijo él, encantándose—. No te ves hermosa, Elyse. Di un paso para dejarlo entrar, disfrutando de la forma en que mi largo vestido de seda se rizaba en mis tobillos.

—Yo sólo quería traerte esto. —Él presionó algo en mi mano. Miré hacia abajo, al pequeño colgante en forma de corazón—. Algo viejo. Algo azul. Algo prestado. Ha pasado mucho tiempo desde que ha habido una boda en esta casa —dijo.

—Gracias. —Lo abracé con fuerza.

Después de ayudar al señor Connor a bajar las escaleras, volví y me senté en mi cama, sosteniendo el colgante con la mano y maravillada de cuánto había cambiado desde el día de San Valentín de hace un año y medio atrás.

Por un lado, Dina y yo habíamos sido despedidas. Ocurrió el día después de la fiesta de Dina, cuando el señor Goodman descubrió una caja de bombones vacía en el almacén y habló con algunos clientes. Estaba muy decepcionado de nosotras, incluso después de que le explicáramos que nosotras habíamos robado los bombones para el

bien mayor de los osos que habitaban en el bosque de China. Y aunque él no nos hizo pagarlo, —entre eso y la fiesta, Dina consiguió suficiente dinero para adoptar a Oreo y a su hermana Domino— él dijo que no podía tolerar nuestro comportamiento y que si nos mantenía estaría enviando un mensaje equivocado al resto del personal.

Era molesto al principio, pero a la larga funcionó. Dina tiene un trabajo de media jornada limpiando jaulas y coordinando las adopciones en Cerditos en Crisis, una organización local de rescate de cerdos. Y, en cuanto a mí, me encontré con una mujer en nuestra área que dirigía un negocio de pastelería y necesitaba ayuda por las tardes para hacer pasteles y llevar entregas.

Yo amaba el trabajo, por no hablar de los pasteles gratis que traía a casa de vez en cuando, y los clientes eran geniales, también. La señora Conchetti incluso pidió un pastel con forma de corazón el pasado febrero, para celebrar el primer cumpleaños de su nieto.

Y luego estaba mi novio... mi dulce, leal y amoroso Patrick, que cuando no estaba ocupado construyendo mis sistemas de disuasión de mapaches, por lo general se encontraba ayudando a mi madre a cambiar el aceite del coche, o pasaba por Cerditos en Crisis con una nueva carga de astillas de madera para Dina. A pesar de que se había graduado en secundaria y estaba más ocupado que nunca haciendo un curso de carpintero, nunca dejaba pasar una oportunidad de ayudar a cualquier persona con cualquier cosa. Además, nunca dejaba de intentar conseguir hacer cosas románticas de forma correcta: una cena con velas en casa con pollo a la King, para mi cumpleaños —yo fingía no darme cuenta de que estaba casi demasiado seco para poder comerlo—, tarjetas sorpresa, flores sin motivo alguno y picnics en el parque. Aunque yo lo decía que no era necesario, lo cierto es que lo era, era tan feliz haciendo eso por mí que casi crecí para gustarle.

Incluso su habilidad para extralimitarse me parecía encantadora la mayor parte del tiempo esos días, pero no era extraño cuando me hacía suspirar de exasperación. Al igual que el mes pasado, cuando un día tan “amablemente” se detuvo en mi casa a la hora de su almuerzo y comprobó nuestro correo, luego se dirigió a la otra mitad de la ciudad para encontrarme en la escuela, interrumpiendo una sesión de estudio de última hora antes de mi examen de cálculo.

—¡Elyse! —me dijo, besándome en la mejilla antes de deslizarse sobre el banco de la mesa de la cafetería con tanto entusiasmo que casi me tira al suelo—. Está aquí. Ábrelo. Ábrelo ahora mismo.

Levanté un dedo, terminé con cuidado la ecuación que había estado trabajando en mi libro de cálculo antes.

—¡Por favor! —me dijo, rebotando como un niño esperando para abrir un regalo de cumpleaños—. Me estás matando. Ábrelo.

Lo miré con temor. Después de todo, el contenido de ese sobre podría cambiarlo todo fácilmente y no necesariamente para mejor.

—Ábrelo tú —le dije, y luego hice una mueca cuando rompió el papel. El ruido de la carta desplegándose de alguna manera parecía magnificado, incluso en la ruidosa cafetería.

—Hmm. —Él arrugó la frente mientras leía—. Bueno...

—¡Dame eso! —Lo arranqué de él.

—Lo lograste. —Una sonrisa se extendió por su rostro—. Una beca completa.

Entonces él me puso de pie y me abrazó levantándose y girando conmigo—. ¡Mi novia es la persona más inteligente del mundo entero! —gritó a toda la cafetería.

Desde entonces, Patrick me había ayudado a prepararme de una docena de formas diferentes: visitó el campus conmigo, estudiando detenidamente los calendarios, por supuesto, llamando por teléfono para buscar un piso de estudiantes, reservando un camión de mudanzas.

Pero nada de lo que él pudiera hacer podría prepararnos a la realidad a la que tendríamos que hacer frente dentro de sólo unos pocos meses. Yo estaría yendo a la universidad en el estado de Nueva York. Él estaría en Middleford, continuando con su aprendizaje y cuidando de su abuelo. Nos veríamos en verano, y durante las vacaciones, por supuesto. Pero no podía imaginar que fuera suficiente. Habíamos pasado apenas un día separados en el último año y medio. Por otra parte, decidí, que tendría que ser suficiente, porque no podría soportar la idea de perderlo. Amaba a Patrick más de lo que siempre había creído posible.

—¿Elyse? —Otro golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos—. ¿Puedo entrar?

Mi madre no esperó respuesta. Entró en la habitación. Tenía el pelo arreglado en cuidados rizos y se veía más hermosa de lo que la había visto nunca. Como todas las heroínas de las comedias románticas y cursis, ella se veía radiante y llena de esperanza, lista para disfrutar de su “felices para siempre”.

—Oh, mamá. —Me puse de pie.

Ella hizo girar su vestido de encaje antiguo, con una especie de vergüenza. —Gracias cariño.

—Tengo algo para ti de parte del señor Connor —dije abriendo mi mano para mostrarle el collar—. Algo viejo, azul y prestado. Date la vuelta. —Levanté sus rizos y cerré el broche del colgante alrededor de su cuello, luego, di un paso atrás para tomar la imagen completa. Ella se veía espectacular con el vestido color crema, y el color aqua iridiscente del colgante destacaba las manchas azules en sus ojos, al igual que lo hacía las veces que yo lo llevaba—. ¿Estás nerviosa? —le pregunté.

—No tan nerviosa como Valter —dijo ella riendo.

Al final resultó que lo que sucedió en México no se quedaba en México. No a la larga. Al principio me molestaba con Valter. La forma en la que él había intentado ser mi amigo ofreciéndome helado —como si yo fuera una niña de cinco años—, mientras que por la noche, él y mi madre se quedaban a bailar como si fueran adolescentes y, aún peor, las veces que pasaba la noche en casa y me despertaba para encontrarlo en nuestra cocina, sirviéndose un plato de cereal “como Pedro por su casa²⁰”.

Pero, con el tiempo, no le hice caso. Si Valter Bigaskis hacía feliz a mi madre, y él así lo hacía, entonces, ¿quién era para interponerme en su camino?

Miré el reloj. —Está bien. ¿Estás lista?

—Tan lista como pueda llegar a estarlo —contestó mi madre. Nos abrazamos una vez y luego comenzó a bajar las escaleras.

—Ahí vienen. —Oí decir a Patrick cuando nuestros pies golpearon la chirriante escalera en la parte superior.

—¿Qué? —preguntó el abuelo de Patrick en voz alta—. ¿Quieres un chicle?

Pero luego nos vio y sus ojos adquirieron una mirada lejana. —Bueno, ahora puedo decir que he visto a las dos novias más hermosas del mundo bajar por las escaleras —dijo a mi madre. Ella se sonrojó.

Cuando mi madre le pidió al abuelo de Patrick que la llevara al altar, había estado muy contento, pero cuando ella le dijo que diría los votos con Valter bajo las mismas flores de cerezo japonés que el de él y Jeannie, había estado tan conmovido que casi había llorado.

—Vamos, ¿Michelle? —Mi madre cogió el brazo de Frank y él la llevó a la cocina.

Patrick se acercó a mi lado, me tomó de la mano, y dio la vuelta a mí alrededor. —Te ves muy hermosa —dijo.

Le sonreí al mirarlo con su traje. —No te ves tan mal —le respondí, besándolo suavemente en los labios.

—Ya sabes, Elyse... —vaciló, tirando de vuelta y dándome una mirada seria—. Todavía no es demasiado tarde para que lo reconsideres.

Me dirigí al espejo del pasillo para enderezar la cadena de mi collar de perlas, un pequeño colgante que Patrick me había dado en nuestro primer aniversario el Día de

²⁰ “**Como Pedro por su casa**”: Frase utilizada cuando se llega a un sitio nuevo o desconocido y sin embargo enseguida se mueve por él como si lo conociera perfectamente. También se usa cuando alguien tiene mucha confianza y se comporta con toda naturalidad.

San Valentín. Él vino detrás de mí, entrelazando sus brazos alrededor de mi cintura y mirando por encima de mi hombro.

—Elyse Gran-beso-culo²¹.

Hice una mueca.

—Encantada de conocerte. —Extendí una mano hacia el espejo—. Soy un Gran-beso-culo.

Patrick resopló cubriendo su boca. Afortunadamente, mi madre en la cocina, quejándose de su ramo, no podía oírlo.

—Hmmm. —Patrick hizo una mueca de dolor.

—Sí —asentí.

—Pues bien, Elyse Ulrich —dijo extendiendo el brazo le la misma manera que su abuelo se lo había ofrecido a mi madre—. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, Patrick Connor, creo que lo estamos —le contesté. Luego cogidos del brazo salimos hacia la luz del sol, donde los invitados esperaban.

FÍN

²¹ **Gran-beso-culo:** Está jugando con el apellido de Valter Bigaskis=Big-Ass-Kiss.

Acercas de la autora:



Nací en 1979 en Sudbury, Ontario, y me trasladé a Ottawa.

Fue una suerte para mí, sobre todo porque significaba que, cuando cumplí 14 años, podría audicionar para Canterbury Arts High School. Es una de las escuelas secundarias más especiales en el país, y el hogar de uno de los dos programas de escritura creativa para estudiantes de secundaria en Canadá.

Cuando me gradué, ya sabía que quería trabajar con palabras, pero me habían hecho creer que los escritores tenían que comer atún cada noche y vivían en cajas de zapatos. Así que, armada con el deseo de escribir de todos modos, y una fuerte aversión a las conservas de pescado, me gradué cuatro años más tarde la Universidad de York en Toronto con una práctica Licenciatura en Inglés, así como de Centennial College con un certificado en libros y revistas de publicación.

A partir de ahí, intenté algunos puestos de trabajo en los cuales utilizaba las habilidades de la escritura... —la persona de marketing para una organización de la poesía, en las comunicaciones de las Guías Scouts del Canadá, la edición de una web-zine para las niñas adolescentes—... Y aunque todas esas cosas eran buenas, ninguno de ellos bastante lo era para mí. Algunos años más tarde, después de que mi hija nació, y renuncié a mi trabajo para quedarme en casa con ella y al trabajo como escritora y editora independiente... y, en cualquier momento libre que pude encontrar, trabajé para mi gran sueño: la publicación de un libro.

Ese sueño se hizo realidad en el verano de 2008 cuando, tras un extraño y en cierto modo una increíble serie de acontecimientos, un agente accedió a representarme y, dentro del mes, se vendió *“Misión” (Un) populares* de Disney / Hyperion Books for Children.

Desde entonces, la vida se ha llenado con las revisiones, la escritura de mi segundo libro, que en realidad salió primero (*“Rimas con Cupido”*, publicado por HarperTeen), el trabajo en un tercio de adultos jóvenes libro de ficción, el trabajo independiente, las tardes de verano en la piscina infantil con mis hijos, y la necesidad de pellizcarme de vez en cuando para recordarme a mí misma que esta es mi vida... Realmente llegué a ser escritora (más, para tu información, que ni siquiera viven en una caja de zapatos!)

Traducido, Corregido y
Diseñado en el foro:

Purple Rose

<http://purplerose1.activoforo.com/forum>

¡Visítanos!
¡Te Esperamos!